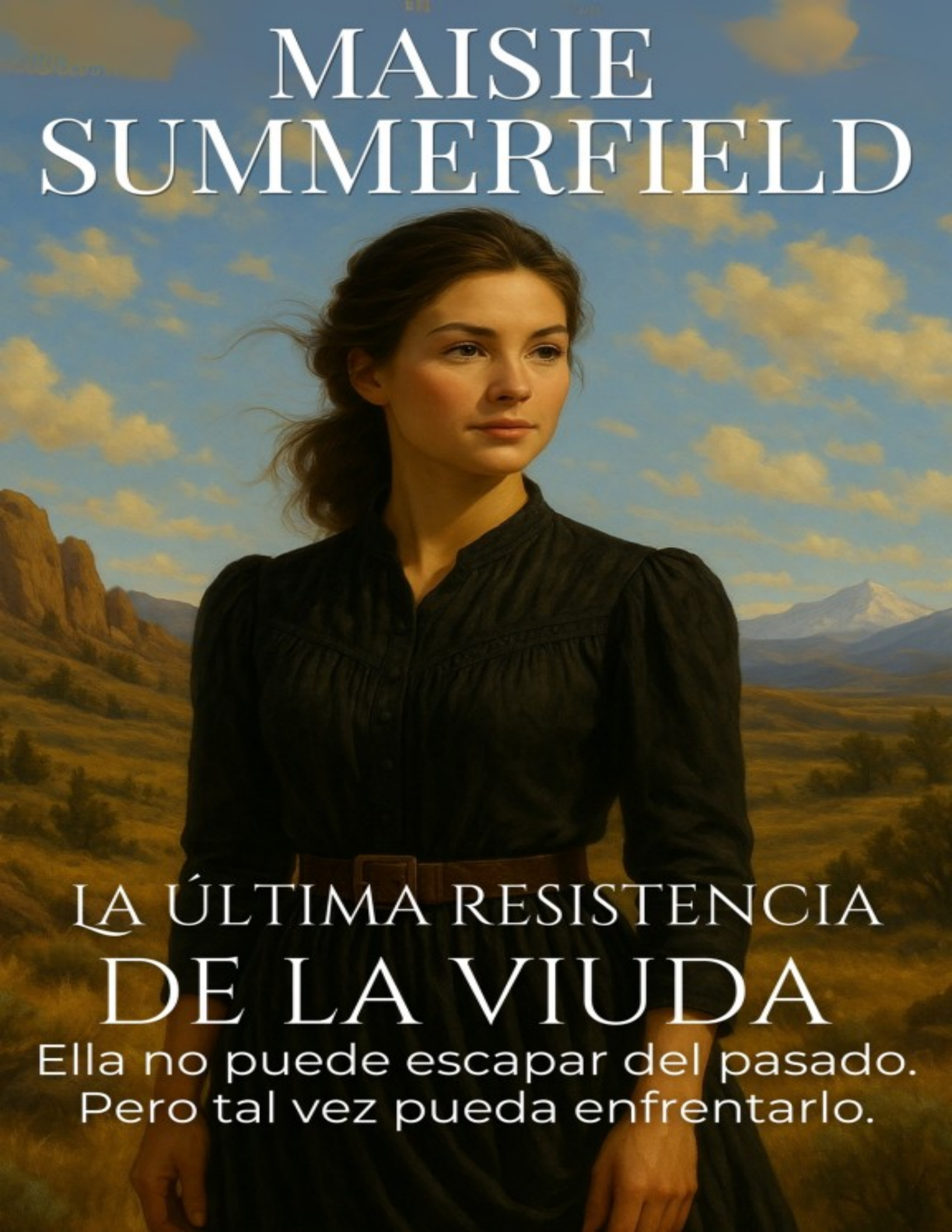
MAISIE SUMMERFIELD



LA ÚLTIMA RESISTENCIA DE LA VIUDA

Ella no puede escapar del pasado.
Pero tal vez pueda enfrentarlo.

LA ÚLTIMA RESISTENCIA DE LA VIUDA



MAISIE SUMMERFIELD

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Epílogo

Otros títulos de Maisie Summerfield

CAPÍTULO 1



Las ruedas del carruaje traqueteaban contra los adoquines mientras Eleanor Bell cruzaba las puertas del cementerio de Mount Auburn. Su vestido negro estaba rígido por el almidón y los guantes le apretaban unas manos que no dejaban de temblar. Se quedó mirando por la ventanilla el cielo gris de noviembre e intentó obligarse a sentir algo que no fuera miedo.

Hoy enterraría a su marido. Benjamin llevaba tres días muerto.

El carruaje se detuvo cerca de un grupo de personas vestidas con abrigos oscuros. Eleanor reconoció a la mayoría. Los amigos de negocios de Benjamin. Sus esposas. El abogado de la familia. El doctor Morrison, que había firmado el certificado de defunción. Todos permanecían con la cabeza inclinada, esperándola.

Víctor Raines se adelantó cuando Eleanor bajó del carruaje. Era el socio de Benjamin. Tenía el cabello negro perfectamente peinado y su traje oscuro desprendía un aire de sofisticación que gritaba dinero. La cogió del codo con un agarre que parecía más control que consuelo.

—Eleanor —dijo con voz baja—. Siento mucho tu pérdida.

Eleanor asintió pero no dijo nada. Había algo en Victor que siempre la había hecho sentir incómoda. La forma en que observaba a la gente. La forma en que sonreía sin que sus ojos cambiaran jamás. Hoy, de pie junto a la tumba de Benjamin, no mostraba emoción alguna.

El predicador abrió su libro de oraciones y empezó a hablar. Eleanor intentó escuchar, pero su mente no dejaba de divagar. Recorrió con la mirada los rostros de los presentes. Víctor cruzó su mirada con la de ella y asintió una vez. A su lado, el señor Hartwell, el abogado de la familia, cambiaba el peso del cuerpo de un pie a otro. El doctor Morrison miraba fijamente al suelo.

Sin duda, algo no marchaba bien, y al darse cuenta a Eleanor se le dio un vuelco el estómago de la preocupación.

—Señor, encomendamos a Benjamin Bell a tu cuidado —dijo el predicador—. Que encuentre la paz en tu reino.

La vecina de Eleanor, la señora Camden, se inclinó hacia ella y le susurró: —Ha sido una bendición que la fiebre se lo llevara rápido. No ha sufrido.

Eleanor asintió cortésmente, pero las palabras de la señora Camden solo empeoraron su temor. Benjamin no había mostrado signos de fiebre apenas tres días antes. Estaba cansado, sí. Preocupado por algo. Pero no enfermo. No moribundo.

La noche antes de su muerte, Benjamin se había acostado tarde. Eleanor estaba medio dormida cuando él se sentó en el borde de la cama y le cogió la mano.

—Eleanor —había susurrado—. He cometido un error terrible. Si me pasara algo...

Pero entonces dejó de hablar. Le apretó la mano y dijo que no era nada. Que solo estaba cansado del trabajo.

A la mañana siguiente, lo encontró muerto en el sillón de su despacho.

Ahora, mientras el predicador terminaba su oración y la gente empezaba a alejarse de la tumba, Eleanor se preguntaba qué habría intentado decirle Benjamin. ¿Qué error había cometido? ¿Y por qué Víctor Raines parecía un hombre que acababa de resolver un problema en lugar de un hombre que había perdido a su socio?

Los demás asistentes le ofrecieron el pésame y se fueron alejando en pequeños grupos. Víctor se quedó al lado de Eleanor hasta que se marchó la última persona.

—Te acompañaré a casa —dijo él.

—Es muy amable, pero puedo apañármelas sola.

—Insisto. —Su mano se apretó en el brazo de ella—. Tenemos asuntos que tratar. Respecto a las gestiones de Benjamin.

El corazón de Eleanor empezó a latir con más fuerza. —¿Qué clase de asuntos?

—Nada que no pueda esperar a que hayas tenido tiempo de guardar el luto como es debido —dijo Víctor. Pero sus ojos estaban fríos—. Hablaremos mañana.

La ayudó a subir al carruaje y le dio la dirección al conductor. Mientras recorrían las calles de la ciudad, Eleanor miraba por la ventanilla e intentaba calmar su respiración. Siempre había sabido que Benjamin y Víctor eran socios en el negocio del transporte marítimo. Lo que no sabía era la naturaleza exacta de los negocios en los que andaban metidos.

Esta noche, lo descubriría.

Eleanor pasó el resto de la tarde recibiendo visitas que acudían a presentar sus respetos. Varias señoras de su iglesia trajeron guisos y le ofrecieron sus condolencias. Hombres del trabajo de Benjamin le estrecharon la mano y le dijeron qué buen hombre había sido su marido. Ella sirvió té y bizcocho e intentó sonreír en los momentos oportunos.

Pero no podía dejar de pensar en la voz de Benjamin en la oscuridad: —He cometido un error terrible.

Al caer la tarde y marcharse el último visitante, Eleanor por fin tuvo la casa para ella sola. Caminó por las habitaciones, tocando las cosas que Benjamin había tocado. Su abrigo aún colgaba junto a la puerta. Su periódico yacía doblado en la mesa auxiliar donde lo había dejado aquella última mañana.

Dejó su despacho para el final.

La habitación olía al tabaco de pipa de Benjamin y al cuero de su sillón. Su escritorio estaba pulcro y ordenado, tal como él lo mantenía siempre. Eleanor se quedó en el umbral un largo rato, armándose de valor.

Luego caminó hacia el escritorio y se sentó en la silla de Benjamin.

Si Benjamin hubiera tenido algún tipo de problema, si hubiera cometido el error que mencionó, podría haber pruebas aquí. Eleanor nunca antes había revuelto entre los papeles de Benjamin. Él siempre se había encargado de la parte comercial de su vida. Pero ahora necesitaba saber qué le había asustado tanto en sus últimos días. Fue probando los cajones del escritorio uno a uno. La mayoría estaban abiertos y contenían nimiedades ordinarias. Facturas. Cartas de clientes. Recibos de gastos del hogar. Pero el cajón inferior del lado derecho estaba cerrado con llave.

Eleanor recordó el llavero de latón de Benjamin. Lo había guardado en la cajita con sus otros efectos personales. Fue a buscarlo al dormitorio y probó cada llave hasta que una encajó.

El cajón se abrió con un suave clic.

Dentro, Eleanor encontró más papeles. Libros de contabilidad con columnas de números. Cartas de bancos. Nada que pareciera inusual a primera vista. Pero al mirar con más atención, notó algo extraño.

Algunas de las anotaciones en los libros estaban escritas en una especie de código. En lugar de nombres de empresas, había símbolos e iniciales. En lugar de transacciones comerciales normales, había grandes pagos a personas identificadas solo por letras y números.

A Eleanor le empezaron a temblar las manos mientras estudiaba las páginas. Algunos de los pagos eran enormes. Miles de dólares entrando y saliendo de cuentas de las que nunca había oído hablar. Empresas con nombres que parecían falsos. Personas sin nombres reales.

¿En qué se había metido Benjamin?

Siguió buscando en el cajón y, al apartar un pesado fardo envuelto en tela, sus dedos tocaron un papel doblado debajo de este. El corazón le latía con fuerza cuando desdobló el papel con dedos trémulos. En su mano sostenía un testamento. Pero no era la última voluntad que el señor Hartwell, el abogado de la familia, le había leído después del funeral. Este testamento era más reciente, fechado solo una semana antes de la muerte de Benjamin. Y era completamente diferente del documento oficial.

Eleanor lo leyó con atención, con el corazón martilleándole cada vez más fuerte con cada línea.

En el testamento oficial que el señor Hartwell le había leído, Benjamin había dejado la mayor parte de su patrimonio para ser administrado por Víctor Raines. Eleanor recibiría una pequeña asignación mensual, pero Víctor controlaría el negocio, la casa y todo el dinero.

Pero este nuevo testamento contaba una historia distinta. Se lo dejaba todo únicamente a Eleanor. La casa. El negocio. Todo el dinero. Todo.

No se mencionaba a Víctor Raines por ninguna parte en el documento. El testamento estaba firmado con la letra de Benjamin, pero no había sido presenciado por un abogado ni ante notario. Eso significaba que no era legal. Pero mostraba las verdaderas intenciones de Benjamin en sus últimos días.

Eleanor se hundió en el sillón, con la mente dándole vueltas. Si Victor hubiera visto este testamento, si hubiera sabido que Benjamin planeaba excluirlo de la herencia, habría tenido todos los motivos para querer a Benjamin muerto.

Pensó en los ojos fríos de Víctor en el funeral. Su falta de emoción. La forma en que había insistido en acompañarla a casa y hablar de negocios.

Benjamin no había muerto de fiebre. Alguien lo había matado. Y Eleanor estaba segura de saber quién. Recogió los papeles y el testamento. Tendría que esconderlos en un lugar seguro. Si Víctor sospechaba que ella había encontrado pruebas de su crimen, su propia vida podría estar en peligro. Pero primero necesitaba pensar. Planear. Averiguar cómo demostrar lo que Víctor había hecho sin morir ella misma en el proceso.

Eleanor hizo un paquete con los objetos y los subió a su dormitorio. Escondió el fardo en el fondo de su baúl, bajo su ropa de invierno. Luego se sentó en el borde de la cama e intentó decidir qué hacer a continuación.

No podía ir a la policía. Víctor tenía buenos contactos en la sociedad de Boston. Tenía dinero e influencia. ¿Quién creería la palabra de una viuda desconsolada frente a la de un respetado hombre de negocios?

No podía enfrentarse a Víctor directamente. Él ya había matado una vez para proteger sus secretos. No dudaría en volver a hacerlo.

Y no podía simplemente huir. Tenía muy poco dinero propio y Víctor controlaba el patrimonio de Benjamin. Si intentaba salir de la ciudad, él se enteraría en cuestión de horas.

Eleanor se puso las manos en el vientre, donde crecía el hijo de Benjamin. Aún no le había contado a nadie lo del bebé. Era demasiado pronto, y con la muerte de Benjamin, no había habido tiempo de compartir la noticia. Pero ahora se alegraba de haber guardado el secreto. El bebé le daba un motivo para luchar, un motivo para sobrevivir a lo que fuera que viniera.

Tendría que ser muy cuidadosa. Muy inteligente. Y muy valiente.

Víctor Raines había cometido un error. La había dejado vivir.

Eleanor tenía la intención de asegurarse de que se arrepintiera de ello.

Fuera de su ventana, las farolas de gas parpadeaban bajo el viento de noviembre. Boston se preparaba para pasar la noche, ajena a que, en una pequeña casa de Beacon Hill, una mujer acababa de descubrir que la muerte de su marido era un asesinato.

Y que ella podría ser la siguiente.

Eleanor apagó la vela de su mesilla y se acostó en la oscuridad. Necesitaría dormir un poco. Mañana vendría Victor a hablar de negocios. Y ella tendría que fingir que no sabía nada sobre los papeles del escritorio ni sobre el testamento que podría destruirlo.

Tendría que fingir no ser más que una viuda afligida que necesitaba su protección.

Pero bajo su dolor y su miedo, crecía un sentimiento nuevo. Rabia. Una rabia fría y afilada que atravesaba su conmoción como una cuchilla. Benjamin había sido un buen hombre que se había visto envuelto en algo turbio. Víctor Raines lo había matado por ello. Y ahora Víctor creía que podía controlar a Eleanor de la misma manera que había controlado a su marido.

Se equivocaba.

Eleanor Bell era más fuerte de lo que parecía. Y estaba a punto de demostrarlo.

CAPÍTULO 2



A la mañana siguiente, Eleanor se despertó con un propósito claro. Había pasado la noche dando vueltas a las últimas palabras de Benjamin y al gélido comportamiento de Victor en el funeral. Si quería protegerse a sí misma y al hijo que esperaba, necesitaba saber exactamente en qué andaba metido su marido.

Se vistió en silencio y bajó al despacho de Benjamin. La estancia parecía distinta a la luz del día. Menos aterradora, pero aún cargada de secretos. Eleanor caminó hacia el escritorio de Benjamin y sacó el llavero que había recogido de sus efectos personales. La noche anterior había intentado abrir el cajón cerrado, pero, dado su estado emocional, no había sido lo bastante minuciosa. Hoy registraría cada palmo de aquel mueble.

La llave de latón giró sin dificultad en la cerradura del cajón inferior. Eleanor lo abrió y empezó a sacar papeles uno por uno. Al principio, todo parecía normal. Recibos domésticos. Cartas del banco. Facturas del carbón y de la compra.

Pero, al profundizar, encontró los libros de contabilidad. Había visto a Benjamin trabajar en ellos en muchas ocasiones, pero nunca se

había detenido a mirarlos de cerca. Ahora, al abrir el primer libro, comprendió el motivo.

Los asientos no tenían sentido.

En lugar de nombres de empresas, había símbolos. Estrellas. Círculos. Letras y números que no significaban nada para ella. En vez de los importes habituales de gastos de envío o tasas de almacén, había sumas enormes de dinero moviéndose entre cuentas con nombres en clave.

Eleanor recorrió una página con el dedo, tratando de comprender qué tenía ante sus ojos. Una entrada mostraba cinco mil dólares destinados a algo llamado «Star Company». Otra indicaba ocho mil dólares provenientes de «Circle Partners». Pero Eleanor jamás le había oído mencionar a Benjamin ningún negocio con esos nombres.

Pasó página tras página con las mismas anotaciones extrañas. Las cantidades aumentaban a medida que las fechas eran más recientes. En los últimos meses antes de la muerte de Benjamin, alguien había estado moviendo decenas de miles de dólares a través de esas empresas ficticias.

A Eleanor le empezaron a temblar las manos al asimilar la realidad. Benjamin no solo se había dedicado al negocio naviero convencional. Había formado parte de algo ilegal. Algo que requería códigos y nombres falsos, y enormes cantidades de dinero oculto.

Dejó el libro a un lado y siguió registrando el cajón. En el fondo del todo, se topó con el objeto pesado envuelto en tela que había encontrado sobre el testamento más reciente de Benjamin la noche anterior. Lo sacó con cuidado y lo desenvolvió.

Era un revólver.

Eleanor soltó un grito ahogado y por poco se le cayó el arma. Nunca había visto una pistola en su casa. Benjamin había sido un hombre apacible que prefería los libros a la violencia. La idea de que escondiera un arma cargada en su escritorio resultaba chocante. Examinó la pistola con manos trémulas. Estaba bien cuidada y totalmente cargada. Alguien la había dejado lista para su uso. Pero ¿por qué había sentido Benjamin la necesidad de armarse? ¿A qué le tenía tanto miedo?

Eleanor volvió a envolver el arma en la tela y la apartó. Siguió registrando el cajón, pasando las manos por los laterales y el fondo para asegurarse de que no se le había pasado nada por alto.

Fue entonces cuando lo sintió. Un ligero hundimiento en la madera de un lateral del cajón. Presionó y escuchó un suave clic.

Un doble fondo.

El corazón de Eleanor se aceleró mientras levantaba el panel oculto. Dentro encontró más papeles. Pero estos eran distintos a los libros cifrados.

El primer documento era una carta dirigida a «The Boston Harbor Group» de puño y letra de Benjamin, pero los términos no eran los que su marido solía emplear.

—Los cargamentos de Liverpool siguen llegando según lo previsto —decía la carta—. Los funcionarios de aduanas han recibido sus pagos de acuerdo con lo acordado. Podemos garantizar el paso seguro de cualquier mercancía que cumpla nuestros requisitos.

Eleanor leyó la carta dos veces antes de comprender su significado. Benjamin estaba implicado en el contrabando. Había estado pagando sobornos a funcionarios de aduanas para permitir la

entrada de mercancía ilegal en el puerto de Boston. Los libros cifrados no eran solo registros de dinero. Eran registros de delitos.

Apartó la carta y cogió el siguiente documento, que simplemente enumeraba nombres y cantidades. Reconoció algunos nombres de destacados empresarios de Boston. Otros eran completos desconocidos. Pero todos estaban vinculados a pagos que oscilaban entre cientos y miles de dólares.

Dinero de chantaje, comprendió Eleanor. Alguien había estado cobrando a esas personas, probablemente para que no revelaran su implicación en la operación de contrabando.

Eleanor se dejó caer en la silla de Benjamin, con la mente aturdida por las implicaciones de lo que había hallado. Su marido había formado parte de una organización criminal. Había estado implicado en el contrabando, el soborno y, probablemente, el chantaje. Pero en su última semana de vida, había intentado dejar a Victor fuera de su herencia por completo.

Si Victor hubiera descubierto aquel nuevo testamento, habría tenido todos los motivos del mundo para querer a Benjamin muerto. No solo la muerte de Benjamin protegería a Victor de ser desenmascarado como un criminal, sino que también le aseguraría heredar todo según el testamento antiguo.

Eleanor recordó el comportamiento de Victor en el funeral. Su falta de emoción. Su agarre posesivo en el brazo de ella. El modo en que insistió en hablar de negocios tan pronto después del entierro de Benjamin.

Él había matado a Benjamin. Ahora estaba segura.

Pero saber la verdad y demostrarla eran dos cosas muy distintas. Victor era un miembro respetado de la sociedad de Boston. Tenía dinero, influencia y amigos poderosos. Eleanor no era más que una viuda sin posición legal y sin nadie que la protegiera.

Peor aún: si Victor sospechaba que ella había encontrado aquellas pruebas, su propia vida correría peligro.

Eleanor recogió con cuidado todos los papeles y el arma, con la mente a mil por hora. Tenía que esconderlos en un lugar seguro. Un sitio donde a Victor nunca se le ocurriera mirar. Entonces se detuvo. No tenía ningún deseo de esconder el revólver. Podía quedarse oculto donde su difunto marido lo había dejado.

Subió las pruebas a su dormitorio y abrió el baúl de la ropa. En el fondo del todo, bajo sus vestidos de invierno y la ropa interior, ocultó los documentos encima del testamento que había guardado allí la noche anterior. Para que el escondite fuera aún más seguro, envolvió todas las nuevas pruebas en un viejo chal y las enterró lo más profundamente posible.

Después regresó al despacho de Benjamin y lo dejó todo exactamente como estaba antes. Volvió a poner los papeles normales en el cajón y lo cerró con llave. Si Victor venía a registrar, no encontraría nada inusual.

Eleanor se acercó a la ventana y miró a la calle. Había un carruaje estacionado frente a su casa. No alcanzaba a ver quién estaba dentro, pero tenía la clara sensación de que alguien la observaba.

Victor ya había empezado a vigilarla.

Eleanor se llevó la mano al vientre en un gesto de silencioso reconocimiento, consciente de que ahora tenía dos vidas que proteger. La suya propia y la del hijo de Benjamin.

Ya había sopesado sus opciones y decidió que no podía acudir a la policía, que nunca aceptaría su palabra frente a la de Victor. No podía enfrentarse a él directamente; ya había matado una vez y no dudaría en hacerlo de nuevo. Tampoco podía simplemente esperar a que él diera su siguiente paso.

Eleanor pensó en las sumas de los libros de contabilidad. Si las actividades delictivas de Benjamin habían generado tanto efectivo, tenía que haber dinero real escondido en alguna parte. Dinero que le pertenecía a ella según el verdadero testamento de su esposo.

También pensó en la lista de nombres que había encontrado. Si esos hombres estaban siendo chantajeados, quizá estuvieran dispuestos a ayudarla a desenmascarar a Victor a cambio de su propia libertad.

Pero primero necesitaba comprender exactamente el alcance del peligro al que se enfrentaba.

Aquella tarde, Eleanor se puso sus ropas de luto y caminó hasta el mercado. Tenía que comprar comida, pero también quería comprobar si la seguían.

Efectivamente.

El mismo carruaje que había visto por la mañana la seguía a distancia. Cuando se detuvo a comprar verduras, un hombre con un abrigo oscuro merodeó cerca de allí, fingiendo leer el periódico. Cuando entró en la panadería, él esperó fuera, vigilando la puerta.

Eleanor terminó sus compras con rapidez y regresó a casa por una ruta distinta. El carruaje la siguió durante todo el trayecto.

Victor la tenía vigilada sin asomo de duda. Pero ¿por qué? Si planeaba matarla, ¿por qué no hacerlo de inmediato? ¿A qué esperaba?

La respuesta le vino a la mente mientras guardaba la compra en la cocina. Victor necesitaba averiguar qué sabía ella antes de actuar. Si había descubierto pruebas de sus crímenes, tendría que recuperarlas antes de eliminarla. Si era inocente y no sospechaba nada, tal vez podría controlarla sin recurrir al asesinato.

Eleanor comprendió que su comportamiento de los próximos días determinaría si vivía o moría. Tendría que esmerarse mucho para aparentar que no era más que una viuda afligida que no sabía nada de los negocios de su marido. Pero mientras interpretaba ese papel, también planearía su huida.

Aquella noche, Eleanor se sentó junto al fuego de la sala y se puso a bordar. Había aprendido de niña, y el movimiento familiar de la aguja la ayudaba a calmar los nervios.

Mientras trabajaba, volvió a sopesar sus opciones.

Podía intentar reunir más pruebas contra Victor. Pero aquello sería peligroso y podría alertarle de sus sospechas.

Podía intentar contactar con las autoridades de otra ciudad. Alguien ajeno a la influencia de Victor que estuviera dispuesto a investigar sus crímenes.

O podía desaparecer por completo. Coger las pruebas que había encontrado y esfumarse antes de que Victor se diera cuenta de lo que ella sabía.

La tercera opción era la más aterradora, pero también la que tenía más visos de prosperar. Eleanor tenía muy poco dinero propio, pero poseía joyas que podía vender. También tenía el testamento sin firmar, que podría ser valioso para la persona adecuada.

Lo más importante: tenía lo que Victor desconocía. El bebé que llevaba dentro.

Si lograba alejarse lo suficiente, si encontraba un lugar seguro donde empezar de cero, tal vez podría forjarse una nueva vida para ella y para su hijo.

Pero tendría que actuar rápido. Y tendría que ser muy cuidadosa para no dar a Victor ningún motivo para sospechar de sus planes.

Eleanor dejó el bordado y se acercó a la ventana. El carruaje seguía allí aparcado. Bajo la luz de las farolas, divisó la silueta de un hombre sentado en el interior, vigilando su casa. Dejó caer la cortina y se dio la vuelta. Mañana empezaría a planificar su huida.

Esta noche, lloraría a su marido debidamente por primera vez desde su fallecimiento. No solo por el hombre que había amado, sino por el que creía que era. Benjamin había tomado decisiones terribles que le habían costado la vida. Pero, al final, había intentado hacer lo correcto por ella. El testamento extraoficial demostraba que había querido protegerla de la codicia de Victor.

Ahora dependía de Eleanor protegerse a sí misma y a su hijo.

Apagó las velas y subió a acostarse. Mientras yacía en la oscuridad, atenta a cualquier sonido inusual de la calle, Eleanor susurró una promesa al bebé que crecía en su interior.

—Te mantendré a salvo —dijo—. Cueste lo que cueste, encontraré un lugar para que empecemos de nuevo. En algún sitio donde Victor Raines nunca nos encuentre.

Fuera, el viento sacudía las ventanas y las farolas de gas parpadeaban en la noche. Pero Eleanor ya no temía a la oscuridad.

Estaba planeando el amanecer.

CAPÍTULO 3



La tarde siguiente, Eleanor estaba arreglando unas flores en el salón cuando oyó que llamaban a la puerta principal. Posó el jarrón y se alisó el vestido negro de luto, tratando de calmar sus nervios. Había estado esperando esta visita desde el funeral.

Cuando abrió la puerta, Victor Raines estaba en el umbral. Iba vestido de forma impecable con un abrigo de lana oscura y llevaba su bastón con empuñadura de plata. Su sonrisa era educada, pero sus ojos eran fríos como el invierno.

—Eleanor —dijo él, quitándose el sombrero—. Espero no presentarme demasiado pronto. He pensado que deberíamos hablar de los asuntos de Benjamin.

—Por supuesto —respondió Eleanor, echándose a un lado para dejarle entrar—. Por favor, pase al salón.

Victor entró en la estancia como si fuera el dueño. Paseó la mirada por el mobiliario, los cuadros y la fina porcelana expuesta en la vitrina. Eleanor se fijó en cómo su vista se demoraba en cada objeto, como si ya estuviera catalogando lo que pronto le pertenecería.

—Una casa encantadora —dijo él, acomodándose en el sillón preferido de Benjamin sin haber sido invitado—. Benjamin siempre estuvo orgulloso de lo que había construido aquí.

Eleanor se sentó frente a él, entrelazando las manos en el regazo para evitar que le temblaran. —Sí, lo estaba. ¿Puedo ofrecerle un té?

—Sería muy amable.

Mientras Eleanor preparaba el servicio de té, Victor siguió hablando con su voz suave y ensayada.

—Me he estado reuniendo con el señor Hartwell para tratar lo del patrimonio —dijo—. Hay muchos detalles que organizar, pero quiero que sepas que no tienes que preocuparte por nada. Como socio de Benjamin y albacea de su testamento, yo me encargaré de todos los asuntos complicados.

Eleanor le entregó la taza y el plato. —Se lo agradezco mucho, Victor. Confieso que sé muy poco sobre los negocios de Benjamin.

Victor sonrió y tomó un sorbo de té. Pero la sonrisa permaneció en su rostro demasiado tiempo, y Eleanor sintió que se le encogía el estómago por la inquietud.

—Seguro que es así —dijo él—. Benjamin siempre te protegió de los aspectos más difíciles de su trabajo. Consideraba que tales asuntos eran demasiado preocupantes para que una dama se ocupara de ellos.

Hubo algo en la forma en que pronunció la palabra «preocupantes» que hizo que el pulso de Eleanor se acelerara.

—¿Has tenido ocasión de revisar los papeles de Benjamin? —preguntó Victor con naturalidad—. A veces hay cartas personales o documentos que a las viudas les resulta reconfortante leer.

Eleanor sostuvo su mirada con firmeza. —Aún no me he sentido preparada para ello. El dolor está todavía demasiado reciente.

—Desde luego —asintió Victor con fingida compasión—. Pero cuando te sientas con ánimos, espero que me hagas saber si encuentras algo confuso o... preocupante. A veces, los registros comerciales de Benjamin pueden resultar difíciles de entender. No

me gustaría que te preocuparas innecesariamente por cualquier aspecto perfectamente normal.

El corazón de Eleanor empezó a latir con fuerza. Estaba tanteando el terreno. Quería saber si ella había descubierto algo en el despacho de Benjamin.

—No puedo imaginar qué podría encontrar que pudiera confundirme —dijo ella con cautela—. Benjamin siempre mantuvo separados sus negocios de su vida personal.

La sonrisa de Victor se ensanchó. —Qué sabio por tu parte. Y qué afortunado para ti.

Dejó la taza en la mesa y se levantó, caminando lentamente por la estancia. Eleanor observó cómo pasaba el dedo por el borde del escritorio de Benjamin, el mismo escritorio en el que ella había encontrado el compartimento oculto.

—Es una pieza hermosa —dijo Victor, golpeando la madera con la yema del dedo—. Benjamin pasaba muchas horas aquí, trabajando hasta altas horas de la noche. Me pregunto ahora qué pensamientos ocuparían su mente durante esas largas veladas.

El corazón de Eleanor le golpeaba el pecho. ¿Sabía que ella había abierto el cajón secreto? ¿La estaba poniendo a prueba para ver cómo reaccionaba?

—Benjamin siempre fue muy dedicado a su trabajo —logró decir ella.

—En efecto, lo era. —Victor se dio la vuelta para mirarla, estudiando su expresión con sus ojos oscuros—. Quizá demasiado dedicado. A veces, cuando un hombre trabaja demasiado duro, empieza a dudar de sus elecciones. Incluso podría considerar hacer cambios que podrían ser... poco prudentes.

Eleanor sintió un escalofrío recorriéndole la espalda. Victor estaba hablando de la decisión de Benjamin de cambiar su testamento.

Puede que no supiera nada del documento sin legitimar ante notario que ella había encontrado, pero sospechaba que Benjamin había estado planeando algo.

—No estoy segura de entender a qué se refiere —dijo Eleanor.

Victor regresó a su silla y se sentó, inclinándose ligeramente hacia delante mientras hablaba.

—A lo que me refiero, mi querida Eleanor, es a que las viudas que hacen demasiadas preguntas sobre los negocios de sus maridos a menudo se ven en situaciones difíciles. Los asuntos testamentarios son muy complejos. Hay abogados, jueces y funcionarios involucrados. Una mujer que parece... excesivamente curiosa... podría encontrarse con que la gente empieza a cuestionar su reputación.

La amenaza era sutil pero clara. Si Eleanor empezaba a investigar los asuntos de Benjamin, Victor se encargaría de destruir su buen nombre.

—Ya veo —dijo Eleanor en voz baja.

—Sabía que lo entenderías. —La voz de Victor se volvió amable, casi paternal—. Eres una mujer sensata, Eleanor. Por eso confío en que podamos colaborar para asegurar que el patrimonio de Benjamin se gestione adecuadamente. Mientras confiemos el uno en el otro, no hay razón para que haya ningún desagrado.

Se levantó de nuevo y caminó hacia la ventana, mirando a la calle donde esperaba su carruaje.

—Los negocios de Benjamin generaban ingresos sustanciales —continuó—, pero también había gastos sustanciales. Y algunas deudas que habrá que liquidar antes de que se pueda repartir ningún activo. Es muy posible que, una vez que todo esté aclarado, quede muy poco para la herencia.

Eleanor sintió que la rabia estallaba en su interior, pero mantuvo la voz calmada. —Comprendo.

—Me alegra que estemos siendo tan francos el uno con el otro —dijo Victor, volviéndose hacia ella—. No debe haber sorpresas ni...

malentendidos... que puedan complicar las cosas. Creo que eso es de suma importancia.

Caminó de vuelta hasta donde ella estaba sentada y se detuvo justo delante de su silla. Durante un momento, se limitó a mirarla desde arriba con aquellos ojos fríos y calculadores.

Entonces, ante la conmoción y el horror de Eleanor, alargó la mano y la puso sobre el vientre de ella.

—Sería una verdadera lástima —dijo en voz baja— que este pequeño creciera sin nada, ¿verdad? Los niños necesitan seguridad. Necesitan un hogar estable y una madre que tome decisiones sabias.

La sangre de Eleanor se heló. Victor sabía lo del bebé. Y no solo la estaba amenazando a ella, sino también a su hijo no nacido.

Se obligó a no apartarse de su contacto, aunque todos sus instintos le gritaban que huyera.

—Sí —susurró—. Sería una lástima.

Victor sonrió y retiró la mano. —Me alegra mucho que nos entendamos. Creo que a Benjamin le complacería saber que tú y yo podemos trabajar juntos para proteger su legado.

Recogió su sombrero y su bastón de la mesa auxiliar.

—Me pondré en contacto contigo pronto sobre los trámites legales —dijo—. Entretanto, no dudes en avisarme si tienes alguna pregunta o inquietud. Cualquier pregunta.

Eleanor le acompañó hasta la puerta; sentía las piernas inestables debajo de ella.

—Buenos días, Eleanor —dijo Victor, poniéndose el sombrero—. Cuídate. Y recuerda lo que hemos hablado sobre hacer demasiadas preguntas.

Después de que se marchara, Eleanor cerró la puerta y se apoyó en ella, con todo el cuerpo temblando. La visita de Victor había

confirmado sus peores temores. Sabía que estaba embarazada y estaba dispuesto a utilizar a su hijo como moneda de cambio para mantenerla callada.

Pero peor que sus amenazas era la seguridad en su voz cuando hablaba de la herencia.

Victor no solo planeaba robar el dinero de Benjamin. Planeaba quedárselo todo y dejar a Eleanor sin nada.

Aquella noche, después de que el sol se pusiera y la calle estuviera en silencio, Eleanor regresó a hurtadillas al despacho de Benjamin. Tenía que comprobar si Victor había descubierto que ella había registrado el escritorio. Encendió una sola vela y se acercó al mueble con cautela. A primera vista, todo parecía exactamente como lo había dejado. Pero al examinar los cajones más de cerca, notó sutiles diferencias. Los papeles estaban apilados de forma ligeramente distinta. Una pluma no estaba en su sitio.

Victor había revisado el contenido del escritorio.

A Eleanor le temblaron las manos al abrir el cajón cerrado con la llave de Benjamin. Los papeles normales seguían allí, pero habían sido movidos y reorganizados. Victor, sin duda, lo había registrado todo.

Buscó con los dedos el panel oculto en el lateral del cajón. Se le cayó el alma a los pies al darse cuenta de que estaba ligeramente entreabierto. Victor había encontrado el compartimento secreto. Eleanor abrió el doble fondo y miró dentro. Los libros de contabilidad cifrados seguían allí. Pero faltaba algo; eso era más que evidente.

El revólver había desaparecido.

Eleanor se dejó caer en la silla de Benjamin, con la mente dándole vueltas. Victor se había llevado el arma. Era su forma de enviarle un mensaje. Podía entrar en su casa siempre que quisiera. Podía llevarse lo que le pluguiera. Y si ella intentaba detenerle o denunciarle, él tenía los medios para silenciarla permanentemente.

Recogió los libros de contabilidad y todo lo que quedaba en el compartimento secreto, envolviéndolo en el paño como la vez anterior. No podía dejarlos más tiempo en el escritorio. Victor ya conocía el escondite.

Llevó las pruebas a su dormitorio y Eleanor se dio cuenta de que se le acababa el tiempo. Victor había dejado claras sus intenciones. Planeaba controlarla mediante el miedo y las amenazas. Y si eso no funcionaba, usaría el arma que había robado para resolver su problema de una vez por todas.

Eleanor escondió los papeles en su baúl con el resto, enterrándolos bajo su ropa. Luego se sentó en el borde de la cama e intentó pensar con claridad sobre su situación.

La policía no era una opción. Victor tenía demasiados contactos y era muy respetado. No podía luchar contra él en los tribunales; él controlaba el patrimonio de Benjamin y tenía la ventaja legal. No podía simplemente esperar y confiar en que la dejaría en paz. Sus amenazas habían sido demasiado específicas y demasiado inquietantes.

Eso dejaba solo una opción. Tenía que desaparecer.

Eleanor se llevó la mano al vientre, imaginando la pequeña vida que crecía en su interior. El hijo de Benjamin nunca conocería a su padre. Pero si Eleanor era astuta y valiente, el bebé aún podría tener una oportunidad de vivir y ser libre.

Necesitaría ayuda. Necesitaría dinero. Y tendría que moverse rápido antes de que Victor se diera cuenta de que planeaba huir.

Mañana empezaría a hacer los preparativos para su escape.

Eleanor apagó la única vela y se tumbó en la oscuridad. Tras la ventana, oyó el sonido de un carruaje avanzando lentamente por la calle. Los hombres de Victor seguían vigilando su casa. Pero no estarían vigilando mucho más tiempo. Para cuando Victor se diera cuenta de que Eleanor Bell se había ido, ella estaría lejos de Boston y fuera de su alcance.

Al menos, eso era lo que esperaba.

Eleanor cerró los ojos e intentó dormir, pero cada pequeño ruido hacía que se le acelerara el corazón. El crujido de la casa asentándose. El silbido del viento entre los árboles. El distante ritmo de los cascos de los caballos sobre los adoquines.

Victor le había dejado claro que tenía los días contados. Ahora tenía que averiguar cómo aprovechar al máximo el tiempo que le quedara. El bebé se movió en su vientre, y Eleanor susurró una promesa a la oscuridad.

—Nos sacaré de aquí —dijo—. Encontraré un lugar seguro para nosotros. Un lugar donde a Victor Raines nunca se le ocurra buscar.

Afuera, Boston seguía durmiendo, ajeno a que en una casita de Beacon Hill, una mujer estaba planeando la jugada más peligrosa de su vida.

CAPÍTULO 4



La mañana siguiente a la amenazante visita de Victor, Eleanor supo que necesitaba ayuda. Pero ¿en quién podía confiar en Boston? La mayoría de sus amistades eran esposas de los socios comerciales de Benjamin. Jamás creerían que Victor Raines era un asesino. Y si intentaba contárselo, la noticia llegaría a oídos de Victor en cuestión de horas.

Solo había una persona que podría escucharla. La señora Iris Camden.

Iris era una viuda adinerada de unos sesenta años que vivía en una majestuosa casa en la avenida Commonwealth. Se había quedado viuda joven y nunca se había vuelto a casar, optando en su lugar por usar su dinero para apoyar causas que la mayor parte de la sociedad de Boston consideraba escandalosas. Los derechos de las mujeres. La reforma penitenciaria. Ayuda para las familias inmigrantes.

Eleanor había conocido a Iris a través de las obras de caridad de la iglesia. Mientras otras damas organizaban refinadas meriendas y círculos de costura, Iris visitaba personalmente las casas de vecindad y hablaba con las mujeres pobres sobre sus problemas. Era el tipo

de persona que hacía preguntas incómodas y no temía las respuestas incómodas.

Si alguien iba a creer la historia de Eleanor, esa sería Iris Camden. Eleanor se vistió con esmero con sus ropas de luto y caminó hasta la avenida Commonwealth. Se decía a sí misma que simplemente estaba haciendo una visita de cortesía para hablar de labores benéficas. Si alguien la vigilaba, eso es lo que parecería.

El mayordomo de Iris condujo a Eleanor al elegante salón donde la señora Camden estaba sentada leyendo un libro junto a la ventana. Era una mujer menuda de mirada perspicaz, con el cabello plateado y un costoso vestido negro. Al ver a Eleanor, dejó el libro a un lado y sonrió con calidez.

—¡Eleanor, querida! Qué grata sorpresa. Por favor, siéntate. Pareces cansada.

Eleanor tomó asiento en el sofá de terciopelo, con las manos fuertemente entrelazadas en el regazo. —Espero no molestarla, señora Camden. Quería hablar con usted sobre... sobre algunos asuntos de caridad.

Iris estudió el rostro de Eleanor con atención. Siempre se le había dado bien calar a las personas, y Eleanor pudo notar que presentía que algo iba mal.

—Por supuesto —dijo Iris—. Pero antes, déjame pedir que traigan el té. Se diría que te hace falta uno.

Mientras esperaban el servicio de té, Iris hizo preguntas de cortesía sobre el funeral y sobre cómo lo estaba llevando Eleanor. Sin embargo, no apartó los ojos del rostro de Eleanor en ningún momento, y esta se dio cuenta de que aguardaba el verdadero motivo de la visita.

Cuando la criada sirvió el té y las dejó a solas, Iris se inclinó hacia delante y habló en voz baja.

—Y bien, Eleanor. ¿Qué es lo que te inquieta de verdad? Y no me digas que es el trabajo de caridad. He visto antes esa expresión en mujeres que se encuentran en graves apuros.

La compostura de Eleanor se quebró. La tensión de los últimos días, sumada al trato amable pero directo de Iris, derrumbó los muros que tan cuidadosamente había mantenido.

—Oh, Iris —susurró—. Creo que corro un peligro terrible. Creo que Victor Raines asesinó a mi marido, y ahora me está amenazando a mí y al hijo que espero.

Iris no pareció escandalizada. Se limitó a asentir y le sirvió a Eleanor otra taza de té.

—Cuéntamelo todo —dijo con calma—. Empieza por el principio y no omitas ningún detalle.

Eleanor le relató la historia completa. El extraño comportamiento de Benjamin antes de su muerte. Los libros de contabilidad cifrados y el testamento que nunca tuvo testigos. Las amenazas de Victor y el revólver desaparecido. Cuando terminó, Iris se recostó en su silla y guardó silencio durante un largo rato.

—Tienes motivos para estar asustada —dijo Iris finalmente—. Victor Raines es un hombre peligroso. He oído rumores sobre sus tratos comerciales durante años, pero nadie ha sido capaz de demostrar nada.

Eleanor sintió un torrente de alivio. Alguien la creía.

—¿Qué debería hacer? —preguntó—. No puedo ir a la policía. No puedo luchar contra él en los tribunales. No tengo ni el dinero ni los derechos legales.

Iris se levantó y caminó hacia su escritorio. Abrió un cajón y sacó un sobre pequeño.

—Necesitas desaparecer —dijo—. Por completo. Antes de que Victor se dé cuenta de que planeas huir.

Le entregó el sobre a Eleanor. Dentro había un documento de aspecto oficial que pertenecía a una tal Eleanor Gray.

—Eleanor Gray —explicó Iris—. Una viuda de Filadelfia. He encargado a un falsificador muy hábil, que ayuda a mujeres en situaciones difíciles, que elabore este certificado de nacimiento. Para todo el mundo, Eleanor Bell habrá muerto discretamente de pena poco después del funeral de su marido. Eleanor Gray viaja hacia el oeste para empezar una nueva vida.

Eleanor observó los papeles falsificados con asombro. —¿Cómo ha podido...? ¿Cuánto tiempo lleva planeando esto?

—Llevo tiempo observando a Victor Raines —dijo Iris—. Sospechaba que estaba involucrado en actividades criminales, pero nunca pude probarlo. Cuando Benjamin murió tan repentinamente, me pregunté si Victor no habría tenido algo que ver. Mandé preparar estos papeles por si llegabas a necesitarlos.

Iris regresó a su escritorio y sacó un librito encuadernado en cuero. Se lo entregó a Eleanor.

—Esta es la biblia familiar de Eleanor Gray. La biblia de la familia de su difunto marido, para ser precisos. En ella está documentado el matrimonio de Eleanor con la familia Gray, así como la muerte de su esposo. Esta es toda la prueba que necesitas para demostrar que eres quien dices ser. Si aceptas el ofrecimiento de asumir esta identidad, claro está.

Eleanor aceptó la biblia de la familia Gray y la abrió por las páginas con anotaciones manuscritas. Todos los registros estaban escritos, evidentemente, con caligrafías y plumillas distintas. Estaba muy impresionada con el nivel de detalle de todo aquello.

Iris le entregó un fajo de periódicos, que Eleanor cogió desconcertada. —*The Matrimonial Times* —dijo Iris—. Es un periódico que publica anuncios de hombres que buscan esposa en los territorios del oeste. Muchas mujeres lo utilizan como un medio viable para escapar de situaciones difíciles.

Eleanor abrió el fajo y vio página tras página de pequeños anuncios. —Rancho en Montana busca esposa trabajadora para la vida en la frontera. —Hombre de negocios en Colorado busca dama culta para compartir un hogar confortable. —Granjero en Wyoming necesita compañera para ayudar a construir una nueva vida.

—Esto es absurdo —dijo Eleanor—. No puedo casarme con un extraño así como así.

—Puedes si eso te salva la vida —replicó Iris—. Y la vida de tu hijo.

Eleanor pasó más páginas, leyendo los diversos anuncios. La mayoría parecían ser de hombres que buscaban más una sirvienta que una esposa. Otros sonaban desesperados o groseros. Estaba a punto de cerrar el periódico cuando un pequeño aviso le llamó la atención.

Era diferente a los demás. Más corto. Más honesto.

Busco esposa para construir un futuro en tierras salvajes. Debe ser amable, honesta y valiente. No me importa de dónde venga, solo hacia dónde se dirija. Jed Lassiter, Winding Rock, Wyoming.

Eleanor leyó el anuncio de nuevo. Había algo en esas sencillas palabras que la conmovió. El hombre no prometía lujos ni comodidades. No hacía grandes afirmaciones sobre lo que podía ofrecer. Solo pedía una compañera para ayudar a construir algo nuevo.

—Este —dijo, mostrándole la página a Iris.

Iris leyó el anuncio y asintió con aprobación. —Buena elección. Wyoming está lo bastante lejos de Boston como para que a Victor jamás se le ocurra buscar allí. Y este Jed Lassiter parece un hombre honrado.

—Pero no sé nada de él —protestó Eleanor—. Podría ser cualquiera.

—Podría serlo —convino Iris—. Pero difícilmente será peor que Victor Raines. Y al menos con este hombre tendrás la oportunidad de empezar de cero.

Eleanor volvió a mirar el anuncio. Las palabras «No me importa de dónde venga, solo hacia dónde se dirija» parecían hablar directamente de su situación.

—¿Cómo podría ponerme en contacto con él? —preguntó.

—Escribe una carta —explicó Iris—. Dile que estás interesada en su propuesta. Sé sincera sobre tu condición de viuda, pero no menciones a Benjamin, ni a Victor, ni tu situación en Boston. Di simplemente que estás sola y dispuesta a trabajar duro para construir una nueva vida.

Aquella noche, Eleanor se sentó ante su pequeño escritorio con una hoja de papel en blanco frente a ella. Llevaba más de una hora contemplando el papel, tratando de decidir qué decir.

Finalmente, mojó la pluma en la tinta y comenzó a escribir.

Estimado Sr. Lassiter:

Le escribo en respuesta a su anuncio en The Matrimonial Times. He enviudado recientemente, tengo veinticinco años, estoy sola y busco un nuevo comienzo. No tengo vínculos familiares que me retengan en el este y estoy dispuesta a viajar al oeste para construir una vida junto a un hombre honrado.

No busco lujos ni comodidades. Entiendo que la vida en la frontera requiere trabajo duro y sacrificio. Estoy preparada para ambas cosas. Sé cocinar, coser, llevar una casa y aprender cualquier otra tarea que sea necesaria.

No puedo ofrecerle riqueza ni conexiones sociales. Lo que puedo ofrecer es lealtad, honestidad y la voluntad de ser una verdadera compañera en cualquier vida que podamos construir juntos.

Si cree que podríamos encajar el uno con el otro, por favor escríbame a la dirección que figura abajo.

Atentamente, Eleanor Gray.

Eleanor selló la carta y puso la dirección de Jed Lassiter en Winding Rock, Wyoming. Mañana le pediría a Iris que la enviara por ella. No podía arriesgarse a que la carta fuera rastreada hasta su domicilio. Había dado la dirección de Iris para la correspondencia. Estaba segura de que a Iris no le importaría lo más mínimo que la hubiera incluido en el plan.

Cuando se preparaba para acostarse, Eleanor sintió una extraña mezcla de miedo y esperanza. Estaba a punto de apostar su vida y el futuro de su hijo no nacido por un hombre al que nunca había visto. Pero ¿qué otra opción tenía? Victor Raines había dejado claro que pretendía controlarla o destruirla.

Al menos con Jed Lassiter tendría una oportunidad de libertad.

Quince días después, Iris Camden le mandó recado de que había recibido respuesta. Eleanor corrió a la avenida Commonwealth con el corazón palpitándole de puro nerviosismo.

Iris le entregó un sobre dirigido a Eleanor Gray. Dentro había una carta escrita con una letra masculina y cuidada.

Estimada Srta. Gray:

Gracias por su carta. Su sinceridad y su carácter práctico son exactamente lo que esperaba encontrar en una corresponsal.

Poseo un rancho de ganado a unas veinte millas del pueblo de Winding Rock, en el Territorio de Wyoming. No es una vida fácil, pero es una buena vida para personas dispuestas a trabajar duro y afrontar los desafíos juntas.

Tengo treinta y tres años y llevo viviendo en Wyoming cinco años. Vine al oeste buscando una oportunidad y he construido lo que creo que es una base sólida para una familia.

Si está segura de su decisión de venir al oeste, le enviaré dinero para cubrir el billete de tren. El viaje durará varios días y no será cómodo. Si cambia de opinión, lo entenderé.

Pero si viene, le prometo que será tratada con respeto y amabilidad. Nos tomaremos tiempo para conocernos antes de contraer compromisos permanentes.

Deme a conocer su decisión.

Jed Lassiter.

Eleanor leyó la carta dos veces, estudiando cada palabra. Al igual que su anuncio, la carta de Jed era sencilla y directa. No hacía falsas promesas, pero tampoco profería amenazas ni ofrecía manipulación alguna. Después de tratar con Victor Raines, la diferencia era asombrosa.

—Parece un hombre decente —dijo Iris, leyendo por encima del hombro de Eleanor.

—Eso espero —respondió Eleanor—. Porque voy a aceptar su oferta.

Apenas unos días antes de cumplirse el mes, Eleanor recibió otro sobre de Iris. Este contenía dinero suficiente para un billete de tren a Wyoming y una breve nota de Jed Lassiter.

Dígale a Eleanor Gray que estaré en la estación. —decía la nota.

Eleanor se quedó mirando el dinero y el horario de trenes que Iris había incluido. En tres días abandonaría Boston para siempre. Se convertiría en Eleanor Gray y viajaría a un lugar que nunca había visto para casarse con un hombre al que nunca había conocido.

Era lo más espantoso que se había planteado hacer jamás. También era su única oportunidad de supervivencia. Eleanor dobló el dinero con cuidado y lo guardó en su retículo. Luego caminó hacia la ventana y miró a la calle, donde el carruaje de Victor seguía esperando, vigilando su casa.

—Tres días más —susurró para sí—. Solo tres días más y seré libre.

Fuera, empezó a nevar sobre las calles de Boston. Pero Eleanor ya estaba imaginando los cielos inmensos y los espacios abiertos del Territorio de Wyoming, donde una mujer llamada Eleanor Gray podría construir una nueva vida con un hombre que se preocupaba más por el futuro que por el pasado.

Se puso la mano sobre el vientre y le hizo una promesa silenciosa a su hijo no nacido.

—Vamos a estar a salvo —dijo—. Vamos a ser libres. Y vamos a tener una oportunidad de ser felices.

Por primera vez desde la muerte de Benjamin, Eleanor creyó que aquella promesa podría hacerse realidad.

CAPÍTULO 5



Eleanor se despertó antes del amanecer el día de su huida. Había pasado la noche escuchando cada sonido de la casa, cada crujido de los tablones del suelo, cada traqueteo de las ventanas. Los vigilantes de Victor seguían fuera, pero no estarían allí mucho más tiempo.

Hoy, Eleanor Bell desaparecería para siempre.

Se vistió con cuidado con su vestido más sencillo y recogió sus pocas pertenencias personales. Todo lo que poseía ahora tenía que caber en una pequeña bolsa de viaje, junto con la Biblia de la familia Gray. El dinero de Jed Lassiter estaba escondido en un bolsillo secreto que Iris había cosido en el forro de la bolsa. La partida de nacimiento falsificada estaba a buen recaudo dentro de su abrigo.

Antes de marcharse, Eleanor necesitaba hacer un último intento para conseguir algo de su propio dinero. Benjamin siempre había mantenido una cuenta doméstica para los gastos diarios. Seguramente Victor no habría podido hacerse con el control de todo tan rápido.

A las nueve en punto, Eleanor caminó hasta el Boston & Providence Bank en State Street. Había sido clienta allí durante años y conocía

personalmente al señor Harlan, el director. Él la ayudaría a acceder a su propio dinero.

El banco estaba animado con la actividad de la mañana. Eleanor esperó en la cola detrás de otros clientes, tratando de parecer calmada y normal. Cuando llegó su turno, se acercó a la mesa del señor Harlan con lo que esperaba que fuera una sonrisa de confianza.

—Buenos días, señor Harlan —dijo—. Me gustaría retirar algunos fondos de la cuenta doméstica.

El señor Harlan levantó la vista de su papeleo y su expresión mostró de inmediato su incomodidad. —Señora Bell. Por favor, siéntese.

Eleanor sintió que se le encogía el estómago, pero mantuvo la voz firme. —¿Hay algún problema?

—Me temo que sí —dijo el señor Harlan con cautela—. El patrimonio de Benjamin está ahora en proceso testamentario, y el control financiero ha pasado al señor Victor Raines como albacea. Se me ha dado la instrucción de que, sin la aprobación del tribunal, nadie más está autorizado a acceder a ninguno de los activos restantes.

Eleanor lo miró fijamente. —¿Quiere decir que no puedo retirar dinero de mi propia cuenta doméstica?

—Lo lamento mucho, señora Bell. Hasta que el tribunal de sucesiones dicte su resolución final, todos los activos de Benjamin están congelados. Eso incluye la cuenta doméstica, que estaba a su nombre.

Eleanor sintió que la rabia y la desesperación la invadían a partes iguales. Victor se había movido incluso más rápido de lo que ella esperaba. Ahora controlaba cada centavo que una vez había pertenecido a su marido.

—Entiendo —dijo en voz baja—. Gracias por explicarme la situación.

Salió del banco con la cabeza alta, pero por dentro estaba conmocionada. Había esperado tener al menos algo de su propio dinero para el viaje al oeste. Ahora tendría que depender enteramente de la generosidad de Jed Lassiter y de la pequeña cantidad que pudiera reunir vendiendo sus posesiones personales.

Eleanor caminó despacio por Tremont Street hasta que encontró lo que buscaba. Una casa de empeños pequeña y discreta, encajada entre una panadería y una mercería. El tipo de establecimiento en el que las damas adineradas podían vender discretamente sus joyas cuando los tiempos se volvían difíciles. El local era sombrío y desordenado, lleno de instrumentos musicales, candelabros de plata y vitrinas con joyas que otras personas desesperadas habían vendido. El anciano prestamista levantó la vista cuando Eleanor entró, evaluando de inmediato con sus ojos penetrantes su ropa y sus modales.

—Buenos días, señora —saludó cortésmente—. ¿En qué puedo ayudarla?

Eleanor respiró hondo y se quitó la alianza de boda. La sencilla banda de oro captó la luz de la única ventana de la tienda.

—Necesito vender esto —dijo.

El prestamista examinó el anillo con cuidado con una pequeña lupa. —Oro de buena calidad —dijo—. Puedo ofrecerle quince dólares.

Quince dólares por el anillo que Benjamin le había puesto en el dedo siete años atrás. Eleanor se obligó a no pensar en los recuerdos ligados a la joya.

—También tengo esto —dijo, sacando el guardapelo de perlas de su madre. Era su posesión más valiosa, una herencia familiar que había pasado de generación en generación durante tres décadas.

El prestamista estudió el guardapelo con interés. —Preciosa factura. Estas perlas son auténticas. Puedo darle veinticinco dólares por esta

pieza.

Cuarenta dólares en total. No era mucho, pero combinado con el dinero para el viaje de Jed, sería suficiente para llegar sana y salva a Wyoming.

—Acepto su oferta —dijo Eleanor.

El prestamista contó el dinero en billetes pequeños, que Eleanor dobló cuidadosamente y escondió en el dobladillo de su bolsa, tal como Iris le había enseñado.

Después de regresar a casa, Eleanor hizo un último viaje al despacho de Benjamin. Abrió el compartimento secreto de su escritorio y retiró con cuidado los libros de contabilidad cifrados, y luego los llevó a su baúl, de donde extrajo el testamento sin notario y el fardo oculto. Estos eran la suma de las pruebas que tenía de los crímenes de Victor. Si alguna vez iba a conseguir justicia por el asesinato de Benjamin, necesitaría estos documentos.

Envolvió los papeles en hule para protegerlos de la humedad y los aseguró en el fondo de su bolsa de viaje, bajo capas de ropa. Las pruebas se irían con ella a Wyoming. Algún día, cuando estuviera a salvo, encontraría la manera de usarlas contra Victor Raines.

Antes de abandonar la casa para siempre, Eleanor caminó por el pasillo de la planta superior hasta la pequeña habitación que había estado preparando como cuarto para el bebé. Todavía estaba casi vacía a excepción de una sola mecedora que había comprado poco después de enterarse del embarazo. Había pasado muchas tardes sentada en esa silla, planeando la vida que construiría con el hijo de Benjamin.

Eleanor puso su mano sobre su vientre creciente y le habló en voz baja al bebé.

—Lo dejamos todo atrás —susurró—. Te mantendré a salvo. Te lo prometo.

Se dio la vuelta y se alejó sin mirar atrás. Todo lo que había construido con Benjamin se quedaba en Boston. Eleanor Bell estaba a punto de desaparecer, y Eleanor Gray ocuparía su lugar.

Mientras el crepúsculo caía sobre Boston, Eleanor se vistió con su capa de viaje y su sombrero marrón más sencillos. Parecía cualquier otra mujer trabajadora regresando a casa tras un largo día. Nada en su apariencia sugería que fuera una viuda adinerada huyendo para salvar la vida.

Salió por la puerta trasera de la casa y tomó una ruta larga y sinuosa hacia la estación de tren. En lugar de alquilar un carruaje, caminó por las estrechas calles laterales y callejones para que los vigilantes de Victor no tuvieran oportunidad de verla. Eleanor había estudiado la ruta cuidadosamente. Sabía exactamente cómo evitar las calles principales donde los hombres de Victor podrían estar vigilando. Tardó casi una hora en llegar a la estación de tren, pero lo hizo sin ser seguida.

La estación estaba llena de viajeros nocturnos. Eleanor compró su billete usando el nombre de Eleanor Gray y mantuvo a mano su partida de nacimiento falsificada por si se la pedían. El empleado le entregó el billete sin ninguna duda acerca de su identidad.

Mientras esperaba en el andén, Eleanor divisó una cara familiar entre la multitud. Uno de los socios de Victor estaba escudriñando a los pasajeros, buscando a alguien. Buscándola a ella.

Eleanor se bajó más el sombrero sobre la cara y se movió hacia la parte trasera del andén, manteniendo a otros pasajeros entre ella y el hombre. El corazón le latía con fuerza mientras lo veía recorrer con la mirada la multitud sistemáticamente.

Cuando el tren llegó y los pasajeros empezaron a embarcar, Eleanor esperó hasta que el hombre de Victor dio la espalda para examinar otra sección del andén. Entonces se movió rápidamente hacia la parte trasera del tren y se coló a bordo por la entrada del vagón de carga.

Avanzó por los vagones hasta que encontró la sección de tercera clase donde su billete le permitía sentarse. El alojamiento era estrecho e incómodo, pero a Eleanor no le importaba. Había logrado subir al tren sin ser vista.

Mientras el tren se alejaba de la estación, Eleanor apretó la cara contra la ventana manchada de hollín y vio cómo Boston desaparecía en la oscuridad. Estaba dejando atrás todo lo que había conocido. Su hogar, sus amigos, su vida pasada, su propia identidad.

Pero también estaba dejando tras de sí a Victor Raines y sus amenazas.

Por delante la esperaba un hombre llamado Jed Lassiter, un pueblo llamado Winding Rock, y cualquier futuro que pudiera luchar por reclamar para ella y su hijo no nacido.

Eleanor se acomodó en su asiento y cerró los ojos. El tren estaba ganando velocidad, llevándola hacia el oeste a través de la noche. Cada milla la alejaba más del alcance de Victor y la acercaba a la nueva vida que estaba decidida a construir.

Pensó en las cartas de Jed y en sus palabras sencillas y honestas. —No me importa de dónde viene, solo hacia dónde va.

Eleanor sonrió por primera vez en días. Se dirigía hacia la libertad. Se dirigía hacia la esperanza. Y se dirigía hacia un hombre que tal vez entendiera que a veces uno tiene que dejarlo todo atrás para encontrarse a sí mismo.

Las ruedas del tren traqueteaban rítmicamente contra los raíles, alejando a Eleanor Bell de Boston para siempre. Cuando llegara a Wyoming, sería Eleanor Gray, una viuda que buscaba un nuevo comienzo en el territorio del oeste.

Y con suerte, Victor Raines nunca la encontraría.

Eleanor se ajustó más la capa alrededor del cuerpo e intentó dormir. Mañana comenzaría el largo viaje a través del país hacia una vida que aún no podía imaginar. Pero esta noche, por primera vez en semanas, se sentía a salvo. El bebé se movió en su vientre, y Eleanor puso su mano protectoramente sobre su abdomen.

—Lo logramos —susurró—. Escapamos.

Fuera de la ventana del tren, las luces de pequeños pueblos pasaban fugaces en la oscuridad. América se extendía infinitamente ante ellos, vasta y llena de posibilidades.

Eleanor Bell había escapado. Eleanor Gray iba de camino a casa, hacia un hombre y un lugar que nunca había visto. Y pasara lo que pasara a continuación, se enfrentaría a ello con valor y esperanza en lugar de miedo y desesperación.

El tren la llevaba a través de la noche hacia Wyoming, hacia Jed Lassiter y hacia el futuro que era lo bastante valiente para reclamar.

CAPÍTULO 6



El vagón de tercera clase estaba abarrotado, resultaba incómodo y olía a cuerpos sin lavar y a comida pasada. Eleanor encontró un asiento cerca de la parte trasera del tren e intentó hacerse tan pequeña como pudo. A su alrededor, los emigrantes hablaban en idiomas que no reconocía. Obreros de manos encallecidas y rostros cansados dormitaban apoyados contra las ventanillas. Algunas mujeres mecían a bebés que lloraban en sus regazos e intentaban calmar a los niños mayores, que se habían vuelto inquietos durante el largo viaje.

Eleanor mantuvo la cabeza baja y el billete de tren siempre a mano. Cada vez que el revisor pasaba para comprobar los billetes, el corazón se le aceleraba. Pero, en cada ocasión, el hombre apenas la miraba antes de pasar al siguiente pasajero.

Ahora era Eleanor Gray. Una viuda de Filadelfia que viajaba al oeste para empezar una nueva vida. Había ensayado la historia hasta que pudo contarla sin vacilar. Su marido había muerto de tisis. No le quedaba familia en el Este. Se dirigía a Wyoming para casarse con un ranchero que había puesto un anuncio buscando esposa.

La historia era, en su mayor parte, cierta, lo que hacía que fuera más fácil de recordar.

Durante el primer día, Eleanor estudió el mapa ferroviario que Iris le había dado. Siguió con el dedo la línea negra que mostraba la ruta desde Boston hasta Wyoming. Los nombres de los pueblos le resultaban desconocidos y extraños. Buffalo. Chicago. Omaha. Cheyenne. Lugares de los que solo había leído en los periódicos.

La inmensidad del país la abrumaba. En Boston, podía cruzar la ciudad de un extremo a otro a pie en pocas horas. Pero aquel mapa mostraba miles de kilómetros de naturaleza salvaje, montañas y praderas. Espacios vacíos donde no había ni un solo pueblo.

¿Hacia qué clase de vida viajaba? ¿Con qué tipo de hombre había aceptado casarse?

Eleanor sacó las cartas de Jed de su bolso y las leyó de nuevo. Su letra era clara y firme. Sus palabras eran sencillas y honestas. Pero ¿qué sabía ella realmente de él? Podía ser cualquiera. Podía ser peor que Victor Raines. Pero, al menos con Jed Lassiter, había elegido su propio riesgo. Con Victor, había estado atrapada sin elección alguna.

El tren se detenía con frecuencia en pequeñas estaciones para repostar agua y combustible. Eleanor observaba a través de los sucios cristales cómo el paisaje cambiaba lentamente. Las cuidadas granjas y los pequeños pueblos del Este daban paso a espacios más amplios y a menos gente. Cuanto más al oeste viajaban, más ajeno le resultaba todo.

La segunda noche, Eleanor dormitaba en su asiento cuando sintió que alguien daba un tirón a su maleta de viaje. Abrió los ojos y vio a un hombre de aspecto rudo que intentaba alcanzar sus pertenencias.

—Perdone —dijo ella con calma pero con firmeza—. Ese bolso es mío.

El hombre levantó la vista, sorprendido. Esperaba que ella siguiera dormida.

—Solo comprobaba que no se hubiera caído —dijo él, pero su voz era pastosa por la bebida y sus intenciones resultaban evidentes.

Eleanor apretó la maleta con fuerza contra su pecho. Dentro estaban los libros de contabilidad y el testamento de Benjamin que podrían demostrar los crímenes de Victor, así como el poco dinero que le quedaba.

—Puedo ocuparme de mis propias pertenencias, gracias —dijo con voz serena y una mirada fija que debió de impresionarlo, porque el hombre retrocedió. Sin embargo, Eleanor se percató de que su tranquila negativa también había atraído la atención de un revisor, que se acercó para ver qué ocurría.

—¿Va todo bien por aquí, señora? —preguntó el revisor.

—Sí, gracias —respondió Eleanor—. Solo ha sido un malentendido.

El revisor asintió y trasladó al borracho a otra parte del vagón. Eleanor pasó el resto de la noche despierta, aferrada a su maleta y vigilando atentamente a los demás pasajeros.

En las horas silenciosas antes del amanecer, Eleanor sacó un lápiz y un trozo de papel. Empezó a escribir nombres para su futuro hijo. Para un niño, quizá Benjamin, por su padre. O Samuel, que significaba «escuchado por Dios». Para una niña, tal vez Grace o Hope. Pero, mientras escribía, Eleanor se dio cuenta de que no sabía qué clase de futuro podía ofrecerle a esa criatura. ¿Vivirían en un rancho en Wyoming? ¿Aceptaría Jed Lassiter al bebé de otro hombre? ¿Estarían a salvo alguna vez de Victor Raines? Rompió el papel antes del alba. No tenía sentido planificar un futuro que tal vez nunca llegara.

Al tercer día, el tren cruzó el río Misisipi. Eleanor pegó la cara al cristal y contempló las anchas y lodosas aguas ahí abajo. Había leído sobre el gran río en los libros, pero verlo era muy distinto a imaginarlo. Mientras el tren cruzaba el puente con estrépito, a Eleanor le sorprendió lo mucho que se había alejado de su antigua vida. El Misisipi era como una línea trazada a través del país. Todo lo que quedaba al este del río era su pasado. Todo lo que estaba al oeste era su futuro.

Por primera vez desde que salió de Boston, Eleanor sintió un destello de esperanza en lugar de miedo. Ya no era Eleanor Bell, la viuda asustada y atrapada por Victor Raines. Era Eleanor Gray, una mujer lo bastante valiente como para cruzar un continente en busca de una nueva vida.

Quizá podría lograrlo. Quizá podría construir algo bueno en Wyoming.

El tren siguió avanzando por interminables kilómetros de pradera. Eleanor contemplaba el herbazal que se extendía hasta el horizonte en todas direcciones. Nunca había visto tanto espacio abierto. Sin edificios. Sin gente. Solo viento, hierba y cielo.

Era hermoso y aterrador al mismo tiempo.

Al cuarto día, el revisor anunció que estaban entrando en el Territorio de Wyoming. El corazón de Eleanor empezó a latir con fuerza. En algún lugar de allí fuera, más allá de aquellas colinas ondulantes, Jed Lassiter la estaba esperando.

Pegó el rostro a la ventanilla y observó las llanuras infinitas. La hierba se movía como olas impulsadas por el viento. El cielo era más grande que cualquier cielo que hubiera visto jamás. No había árboles, ni casas, ni signos de civilización por ninguna parte. Aquella

era la tierra donde crearía su nuevo hogar. Aquel era el lugar donde Eleanor Gray empezaría de nuevo.

Eleanor puso la mano sobre su vientre, donde crecía el hijo de Benjamin. Le habló en voz baja al bebé, aunque no hubiera nadie cerca para oírla.

—No te vendrás abajo —se susurró a sí misma y a su hijo nonato —. Empezarás de nuevo.

Las ruedas del tren traqueteaban rítmicamente contra las vías, llevándolos más adentro del Territorio de Wyoming. Con cada kilómetro, Eleanor dejaba más atrás su antigua vida. Con cada kilómetro, se acercaba más a un futuro que aún no alcanzaba a imaginar.

Pensó en las palabras de Jed en su anuncio: «No me importa de dónde vienes, solo a dónde vas».

Eleanor iba hacia la libertad. Iba hacia la esperanza. Iba hacia un hombre que quizá comprendiera que, a veces, una persona tenía que perderlo todo antes de poder encontrarse a sí misma.

El sol se ponía sobre las llanuras de Wyoming, tiñendo el cielo de tonos dorados y rojizos. Eleanor nunca había visto un atardecer tan inmenso ni tan hermoso. En Boston, los edificios siempre le habían bloqueado la vista del horizonte. Aquí, podía ver hasta el infinito.

Mañana llegaría a Winding Rock. Mañana conocería a Jed Lassiter cara a cara. Mañana, Eleanor Gray comenzaría la vida que Eleanor Bell había estado demasiado asustada como para reclamar. Eleanor cerró los ojos e intentó descansar. El tren la transportaba a través de la noche hacia cualquier destino que la aguardara en la naturaleza salvaje de Wyoming.

Había llegado demasiado lejos para dar marcha atrás ahora. Pasara lo que pasara a continuación, lo afrontaría con valor.

El bebé se movió en su vientre y Eleanor sonrió. No viajaba sola. Llevaba al hijo de Benjamin hacia un futuro donde ambos podrían, por fin, estar a salvo.

El tren avanzaba en la oscuridad, llevando a Eleanor Gray hacia el hombre que había prometido construir una vida con ella en tierras salvajes. Una promesa que sentía que, muy pronto, podría cumplirse.

CAPÍTULO 7



El tren empezó a aminorar la marcha al acercarse al apeadero de Winding Rock. Eleanor pegó la cara a la ventanilla y contempló el paisaje que desfilaba ante ella; un terreno sin árboles ni edificios que no mostraba rastro alguno de civilización. Solo una extensión infinita de hierba meciéndose al viento bajo un cielo más inmenso que cualquiera que hubiera visto jamás.

Cuando el tren se detuvo finalmente con un siseo, Eleanor se encontró ante la estación más rudimentaria que pudiera imaginar. En realidad, era más un apartadero que una estación. No era mucho más que una plataforma de madera rodeada por la pradera abierta. Unos pocos edificios desgastados por la intemperie se amontonaban cerca de las vías, pero más allá no había nada más que colinas onduladas y un vasto espacio vacío.

Eleanor recogió su bolso de viaje y bajó del vagón. El aire cálido y seco la golpeó de inmediato, y el polvo le escoció en los ojos. Nunca había sentido un aire así. Era puro y penetrante, sin rastro del humo del carbón ni de los olores de la ciudad a los que estaba acostumbrada. Otros pasajeros bajaban del tren, pero la mayoría parecía saber a dónde se dirigía. Eleanor se quedó en el andén,

aferrando su bolso, y buscó con la mirada al hombre que debía recibirla.

Entonces lo vio.

Jed Lassiter era alto y enjuto, probablemente medía más de un metro ochenta. Llevaba un sombrero raído calado hasta los ojos, ropa de trabajo polvorienta y unas botas que habían visto mucho trote. Estaba un tanto apartado de la pequeña multitud del andén, con sus ojos afilados escrutando a los pasajeros.

Cuando su mirada dio con Eleanor, dio un paso al frente y se tocó el ala del sombrero.

—¿La señorita Gray? —dijo simplemente.

El corazón de Eleanor latía con fuerza mientras lo miraba. Su rostro estaba curtido por los años a la intemperie, y sus manos se veían fuertes y callosas. No era el tipo de caballero refinado que había conocido en Boston. Pero había algo firme y fiable en su porte.

—Sí —respondió ella—. ¿El señor Lassiter?

—Así es. Él alargó la mano hacia el bolso de viaje sin ceremonias. —¿Esto es todo lo que ha traído?

Eleanor asintió, avergonzada de pronto por lo poco que poseía. —Viajo ligera de equipaje.

Los ojos de Jed la estudiaron con detenimiento, como si estuviera sopesando su honestidad. Eleanor se sintió expuesta bajo su mirada, pero mantuvo la expresión serena.

—Me parece bien —dijo él—. Saquémosla de este sol.

La condujo hasta un sencillo carromato enganchado a dos caballos. El vehículo era práctico y robusto, pero nada parecido a los elegantes carruajes en los que Eleanor había montado en Boston. Jed la ayudó a subir al asiento de madera y luego se sentó a su lado.

Mientras se alejaban del apeadero, Eleanor miró hacia atrás, hacia el tren. Ya se estaba marchando, llevando a otros pasajeros a destinos más al oeste. Al verlo desaparecer, se dio cuenta de lo mucho que se había desvinculado de su antigua vida.

—¿Su primera vez en Wyoming? —preguntó Jed.

—Sí —dijo Eleanor—. Es muy... abierto.

Jed la miró de reojo y a ella le pareció ver el amago de una sonrisa. —Es una forma de decirlo. A algunos les parece demasiado vacío. Les pone nerviosos.

Eleanor contempló las praderas onduladas que se extendían hasta el horizonte en todas direcciones. —Es distinto a lo que estoy acostumbrada.

—¿A qué está acostumbrada?

Eleanor tuvo que pensar con cuidado su respuesta. No podía hablarle de Boston, ni de Benjamin, ni de su verdadero pasado.

—A las ciudades —dijo finalmente—. Lugares abarrotados. Esto es hermoso, pero es... vasto.

—Lo es —asintió Jed—. Cuesta un poco acostumbrarse. Pero hay libertad en todo este espacio. Sitio para respirar. Lugar para ser uno mismo sin que la gente vigile cada movimiento.

Viajaron en un silencio cómodo durante un rato. Eleanor notó que Jed no intentaba llenar el mutismo con charla trivial como hacían la mayoría de los hombres. Parecía conforme con dejar que ella asimilara el paisaje y se acostumbrara al extraño mundo nuevo en el que acababa de entrar.

Cuando habló, sus palabras fueron reflexivas y directas.

—Debería decirle algo sobre mí —dijo él—. No soy muy de conversaciones sofisticadas ni de palabras bonitas. Creo en hablar claro y en el trabajo duro. Si busca a un hombre que la corteje con flores y poesía, ha venido al lugar equivocado.

Eleanor estudió su perfil mientras conducía. Sus manos sobre las riendas se veían firmes y seguras.

—No busco poesía —dijo ella—. Busco honestidad.

Jed asintió con aprobación. —Bien. Eso es algo que puedo darle.

—¿Qué más puede decirme de su rancho? —preguntó Eleanor.

—Todavía no es gran cosa a simple vista —dijo Jed—. Pero la tierra es buena. El agua corre por el valle todo el año. Buena hierba para el ganado. Tengo un pequeño rebaño ahora, pero lo estoy ampliando poco a poco y con cuidado.

Eleanor notó la tosquedad de sus ropas y la sencillez de su carromato. Era evidente que Jed Lassiter no era un hombre rico. En Boston, ella había vivido rodeada de muebles finos y ropas caras. Esta sería una vida muy diferente.

Pero la riqueza no la había protegido de Víctor Raines. Quizá la sencillez fuera más segura.

—¿Qué tipo de ayuda necesitará de una esposa? —preguntó Eleanor.

Jed guardó silencio un momento, sopesando la pregunta con seriedad.

—Una compañera —dijo al fin—. Alguien dispuesta a trabajar a mi lado para construir algo bueno. La vida en un rancho no es fácil, especialmente para una mujer. Hay que cocinar, limpiar, cuidar el huerto, ayudar con los animales cuando haga falta. Pero es un trabajo honrado. Y es tan suyo como mío.

Eleanor pensó en el servicio que se encargaba de la mayor parte de las tareas domésticas en casa de Benjamin. Nunca había aprendido a hacer muchas de las cosas que Jed describía.

—Estoy dispuesta a aprender —dijo ella.

—Es todo lo que puedo pedir —respondió Jed.

A medida que se adentraban en la naturaleza virgen de Wyoming, Eleanor empezó a percibir la serena firmeza que parecía formar parte de la naturaleza de Jed. No era un hombre que necesitara llenar cada silencio con palabras. No intentaba impresionarla ni

ganársela con encanto. Simplemente le estaba mostrando quién era y dejando que ella decidiera si eso era lo que quería.

Era tan diferente de Víctor Raines que usaba las palabras como armas y el encanto como una trampa.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo Eleanor.

—Claro.

—¿Por qué puso un anuncio para encontrar esposa? ¿Por qué no cortejar a alguien de por aquí?

Jed guardó silencio tanto tiempo que Eleanor se preguntó si habría preguntado algo demasiado personal. Cuando finalmente respondió, su voz era cautelosa.

—No hay muchas mujeres solteras por aquí —dijo—. Y las que hay... bueno, buscan cosas distintas a las que yo puedo ofrecerles. Vidas más fáciles. Más vida social. Pensé que una mujer dispuesta a venir al oeste para casarse con un extraño podría ser del tipo que valora las mismas cosas que yo.

Eleanor notó algo en su voz que le hizo pensar que había más en la historia. Pero no insistió. Todo el mundo tenía secretos, y ella ciertamente tenía los suyos.

—¿Qué cosas valora usted? —preguntó ella.

—La paz —respondió Jed de inmediato—. El trabajo honrado. Construir algo que dure. Ser capaz de mirarse al espejo y saber que ha actuado bien con la gente.

Eleanor pensó en Benjamin y en los secretos que había guardado. En Víctor y sus mentiras y amenazas. En su propio engaño al venir aquí bajo un nombre falso.

—Parecen cosas dignas de valorar —dijo ella en voz baja.

A medida que avanzaba la tarde, Eleanor empezó a preguntarse qué secretos guardaría Jed Lassiter. Había algo en sus ojos, un recelo que sugería que ya había tenido problemas anteriormente. La forma en que escrutaba el horizonte no era solo la costumbre de un ranchero que vigila el tiempo. Era la alerta de un hombre que ha aprendido a vigilar el peligro.

Pero cualesquiera que fueran las sombras del pasado de Jed, Eleanor sentía que procedían de un lugar distinto a la maldad de Víctor. Jed Lassiter le daba la impresión de ser un hombre que había cometido errores y aprendido de ellos. Víctor Raines era un hombre que provocaba sufrimiento y no sentía arrepentimiento.

La diferencia era importante.

Cuando el sol empezó a hundirse en el horizonte occidental, Eleanor divisó unos edificios a lo lejos. Una casa, un establo y lo que parecían varias construcciones más pequeñas enclavadas en un valle entre colinas bajas.

—Eso es mi hogar —dijo Jed simplemente.

Hogar. Eleanor había dejado atrás el único hogar que había conocido. Ahora estaba viendo un lugar que podría convertirse en su hogar si ella y Jed lograban construir algo bueno juntos.

Se llevó la mano al vientre, donde crecía el hijo de Benjamin. Pronto tendría que hablarle a Jed del bebé. Esperaba que él comprendiera que había estado protegiendo sus vidas al no contárselo todo en sus cartas.

—Parece tranquilo —dijo ella.

—Lo es —asintió Jed—. La mayor parte del tiempo.

Hubo algo en la forma en que pronunció esas últimas palabras que hizo que Eleanor lo mirara más de cerca. Pero su expresión no reveló nada.

Al acercarse al rancho, Eleanor empezó a percibir en Jed la serena firmeza de un hombre acostumbrado a cargar con sus propios pesos. Se preguntó cuáles serían esas cargas, mientras ella misma cargaba con el peso de sus propios secretos.

El carromato avanzó hacia los edificios del rancho mientras el sol teñía el cielo de Wyoming con matices dorados y rojizos. Eleanor estaba a punto de descubrir qué tipo de vida podría construir en el

fin del mundo con un hombre que valoraba la honestidad por encima de todo. Y estaba a punto de saber si Jed Lassiter aceptaría la verdad sobre quién era ella realmente cuando llegara el momento de contársela.

CAPÍTULO 8



Mientras el carromato descendía por el valle, Eleanor pudo ver por primera vez el rancho de Jed con detenimiento. Era modesto pero estaba bien cuidado, extendiéndose por una amplia franja de pastizales que llegaba hasta donde alcanzaba la vista. Un establo robusto se alzaba en el centro de la propiedad, con corrales y dependencias dispersos a su alrededor. El ganado pastaba a lo lejos, como siluetas oscuras recortadas contra la hierba dorada.

Pero lo que llamó la atención de Eleanor fueron las dos casas. Una era más grande, claramente la vivienda principal donde residía Jed. La otra era más pequeña y estaba situada a una distancia prudencial. Era obvio que estaba destinada a ella.

—Ahí es donde se quedará —dijo Jed, señalando con la cabeza hacia la construcción más pequeña— hasta que sepamos si este acuerdo nos convence a los dos.

Eleanor sintió una oleada de alivio. Le había preocupado que Jed pudiera esperar un matrimonio o una intimidad inmediata. El hecho de que le estuviera concediendo espacio y tiempo demostraba una consideración que no había previsto.

—Gracias —dijo ella—. Es un detalle muy generoso.

Jed la ayudó a bajar del carromato y llevó su maleta de viaje hasta la puerta de la cabaña. Cuando la abrió, Eleanor quedó sorprendida por lo que vio.

Era una cabaña de una sola estancia, pero estaba limpia y resultaba acogedora, con un hogar de piedra donde ya se había preparado la leña para el fuego. La cama sencilla estaba vestida con sábanas limpias junto a una mesa y una silla resistentes, y había estanterías para sus pertenencias. Alguien incluso había colocado flores silvestres en el alféizar de la ventana.

—He intentado que fuera cómoda —dijo Jed, observando su rostro con atención—. No es lujosa, pero es sólida. Cálida en invierno y fresca en verano.

Eleanor recorrió el pequeño interior, acariciando la madera pulida de la mesa y la suave lana de la manta de la cama. En Boston, había vivido rodeada de muebles finos y decoraciones costosas. Sin embargo, esta sencilla cabaña le resultaba más acogedora de lo que jamás lo había sido su grandiosa mansión.

—Es perfecta —afirmó, y lo decía de corazón.

Jed pareció complacido por su reacción. —Me alegro. Puede instalarse y yo empezaré con la cena. Cenaremos juntos y hablaremos de cómo funcionan las cosas por aquí.

Después de que él se marchara, Eleanor se sentó en el borde de la cama y contempló su nuevo hogar. A través de la ventana, podía ver la casa principal donde vivía Jed. Más allá, el valle se abría en colinas onduladas y un cielo infinito.

Se encontraba más lejos de cualquier pueblo o ayuda de lo que jamás había estado en su vida. Si algo salía mal, si Jed resultaba ser peligroso o cruel, no tendría adónde huir.

Pero también estaba más lejos de Víctor Raines de lo que jamás había logrado estar. Aquí no había Boston. No había carruajes llenos de espías. No había amenazas susurradas en los salones. Solo cielo, viento y un hombre que parecía valorar la honestidad por encima de todo.

Eleanor se llevó la mano al vientre, donde crecía el hijo de Benjamin. En unos meses, su embarazo sería imposible de ocultar. Tendría que hablarle a Jed sobre el bebé pronto. Esperaba que él comprendiera por qué no lo había mencionado en sus cartas.

Un suave golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos. Jed estaba fuera, sosteniendo un plato de comida.

—He pensado que tendría hambre después del largo viaje —dijo él.

Eleanor aceptó el plato con gratitud. La comida era sencilla, pero estaba bien preparada. Carne de buey, alubias y pan que sabía como si hubiera sido horneado esa misma mañana.

—Está muy buena —dijo ella—. ¿La ha cocinado usted mismo?

—Llevo tiempo viviendo solo —respondió Jed—. He tenido que aprender a valerme por mí mismo.

Cenaron juntos en el pequeño porche de la cabaña, viendo cómo el sol descendía en el cielo occidental. El silencio entre ellos era cómodo, no forzado. Eleanor agradeció que Jed no sintiera la necesidad de llenar cada momento con conversación.

Cuando terminaron de comer, Jed se reclinó en su silla y contempló las tierras.

—Debería decirle cómo veo que funciona esto —comentó—. Nos tomaremos nuestro tiempo para conocernos antes de tomar cualquier decisión permanente. Sin presiones, sin más expectativas que la cortesía básica y el trato honesto.

Eleanor sintió otra oleada de alivio. —Me gustaría mucho que fuera así.

—Bien. Mientras tanto, puede ayudar en el rancho si quiere. Aprender cómo funcionan las cosas aquí fuera. Ver si cree que podría ser feliz con este tipo de vida.

Eleanor contempló el vasto paisaje que los rodeaba. Era tan diferente a todo lo que había conocido. Pero había algo en esa inmensidad y en esa libertad que la llamaba.

—Creo que podría serlo —dijo en voz baja.

Después de que Jed regresara a la casa principal, Eleanor sacó sus pocas pertenencias y exploró los alrededores de la cabaña. Caminó por la hierba seca, respirando el aire puro y maravillándose ante el silencio. En Boston, el ruido era constante. Carruajes, voces, los sonidos de una ciudad bulliciosa. Aquí, los únicos sonidos eran el viento entre la hierba y el mugido lejano del ganado.

Encontró un arroyo poco profundo que corría por el valle a unos cuatrocientos metros de la cabaña. El agua era cristalina y fría, y fluía sobre piedras lisas. Eleanor se arrodilló junto a él y se salpicó la cara, lavando el polvo y la suciedad del largo viaje en tren.

Por primera vez en semanas, sintió que podía respirar con libertad.

Cuando cayó la noche, Eleanor regresó a la cabaña y encendió la lámpara de aceite que Jed le había dejado. Se sentó junto al fuego y pensó en todo lo que la había llevado hasta ese momento. El miedo, el peligro, la huida desesperada de Boston. El largo e incierto viaje por todo el país para casarse con un extraño.

Ahora estaba aquí, en un lugar tan remoto que parecía el fin del mundo. Con un hombre que parecía amable y honesto, pero que seguía siendo, en gran medida, un misterio para ella.

El bebé se movió en su vientre y Eleanor puso ambas manos sobre su estómago.

—Estamos a salvo ahora —susurró en voz alta para el niño—. Al menos, eso espero.

Fuera, el viento arreció, haciendo vibrar las ventanas y provocando que la cabaña crujiera suavemente. Eleanor se echó la manta sobre los hombros y observó las llamas bailar en la chimenea.

Mañana empezaría a aprender a vivir esta nueva vida. Ayudaría a Jed con las tareas del rancho e intentaría demostrar que podía ser la compañera que él buscaba. Con el tiempo, tendría que hablarle del bebé y del peligro que quizá todavía la seguía. Pero esta noche, por primera vez desde la muerte de Benjamin, Eleanor se sentía verdaderamente segura. Estaba a miles de kilómetros de Víctor Raines y sus amenazas. Estaba en un lugar donde nadie conocía su verdadero nombre ni su historia. Era libre para convertirse en quien ella decidiera ser.

Eleanor Gray podría construir una vida aquí con Jed Lassiter si ambos decidían intentarlo.

Arropó el fuego y se preparó para dormir, escuchando los sonidos nocturnos del desierto de Wyoming. En algún lugar lejano, un coyote aulló, y su voz resonó por todo el valle. Pero ni siquiera ese sonido salvaje la asustó. Era honesto y natural, a diferencia de los peligros civilizados de los que había huido.

Tras apoyar la cabeza para dormir, Eleanor pensó en las palabras de Jed durante el viaje en carromato. Él valoraba la paz, el trabajo honrado y construir algo duradero. Eran buenos valores. Valores que ella también podría aprender a cultivar.

El bebé volvió a moverse y Eleanor sonrió en la oscuridad. El hijo de Benjamin crecería en este país vasto y abierto, lejos de la corrupción

y la violencia que habían destruido a su padre. Aquí, el bebé podría tener la oportunidad de una vida limpia y honesta que Benjamin nunca pudo reclamar. Eleanor cerró los ojos y escuchó el viento cantando por la pradera. Había llegado al confín del mundo para encontrar seguridad.

Mañana empezaría a descubrir si también había encontrado un hogar.

La cabaña se asentó a su alrededor con pequeños sonidos reconfortantes. Fuera, la noche de Wyoming se extendía infinitamente bajo un cielo colmado de estrellas que nunca había visto desde su ventana en Boston.

Eleanor Gray durmió plácidamente por primera vez en meses, soñando con cielos inmensos y la presencia suave y firme del hombre que le había ofrecido una oportunidad para volver a empezar.

CAPÍTULO 9



Eleanor se despertó con el canto de los gallos justo cuando las primeras luces del alba despuntaban sobre las colinas de Wyoming. Había dormido mejor de lo que lo había hecho en meses, pero los sonidos desconocidos del rancho le recordaron que aquel era un mundo muy distinto al de Boston.

Se vistió rápidamente y salió de su cabaña. El aire de la mañana era fresco y puro, sin rastro del humo del carbón ni de los olores de la ciudad a los que estaba acostumbrada. A lo lejos, pudo ver a Jed moviéndose por el establo, comenzando ya su jornada laboral. Eleanor cruzó el patio hacia él, indecisa pero decidida. Si iba a labrarse una vida allí, necesitaba aprender cómo se vivía en un rancho.

—Buenos días —saludó al acercarse.

Jed levantó la vista del heno que estaba esparciendo para los caballos.—Buenos días. Qué madrugadora.

—He pensado que podría ayudar con las tareas —sugirió Eleanor —, si no le importa enseñarme lo que hay que hacer.

Jed la estudió con la mirada, como sopesando su sinceridad. Eleanor llevaba puesto su vestido de trabajo más sencillo e intentaba

parecer lista para cualquier labor que él pudiera encomendarle.

—El trabajo en el rancho no es fácil —le informó—, especialmente para alguien que no está acostumbrado.

—Estoy dispuesta a aprender —replicó Eleanor.

Jed asintió, aparentemente satisfecho por su determinación.— Está bien, entonces. Empezaremos por lo básico.

La llevó primero al gallinero, donde una docena de gallinas cacareaban y escarbaban en la tierra.

—Necesitan agua fresca y pienso cada mañana —explicó, mostrándole cómo llenar el bebedero y esparcir el grano para las aves.

Eleanor nunca había estado tan cerca de gallinas vivas. En Boston, sus huevos siempre aparecían en la mesa del desayuno, preparados por la cocinera. Pero observó con atención mientras Jed hacía una demostración de las tareas y luego intentó imitar sus movimientos. Las gallinas parecieron sospechar de ella al principio, pero les interesaba más el grano que picotearle los zapatos. Eleanor logró terminar de alimentarlas sin incidentes.

—Bien —dijo Jed escuetamente—. Ahora vamos a sacar agua de la noria.

Acarrear agua resultó ser mucho más duro de lo que Eleanor esperaba. El cubo pesaba mucho cuando estaba lleno y le dolían los brazos tras apenas unos pocos viajes. Pero apretó los dientes y siguió trabajando, decidida a no quejarse. Jed la observaba esforzarse, pero no se ofreció a relevarla en la tarea. Simplemente le daba instrucciones tranquilas y claras sobre la mejor manera de cargar el cubo y donde era más necesaria el agua.

Después, le enseñó a cortar astillas para la estufa. Eleanor nunca había empuñado un hacha y sus primeros intentos fueron torpes e ineficaces. Pero Jed corrigió pacientemente su agarre y su postura hasta que ella consiguió partir unos cuantos trozos de madera.

Para cuando terminaron las tareas de la mañana, a Eleanor le dolían las manos y tenía el vestido sucio. Sin embargo, sentía una satisfacción que nunca había experimentado en sus refinadas actividades de Boston.

—Lo ha hecho bien —dijo Jed mientras caminaban de vuelta hacia la casa—. Mejor de lo que esperaba para ser el primer día.

Eleanor sintió un cálido júbilo ante aquel elogio. Se había demostrado a sí misma y a él que estaba dispuesta a trabajar duro.

A la hora de comer, Jed le mostró su sencilla cocina y los ingredientes de los que disponía. Eleanor miró la manteca, la harina de maíz y las alubias secas con incertidumbre. No eran ingredientes con los que hubiera cocinado jamás.

—Me temo que no sé mucho sobre cómo cocinar con estos ingredientes —admitió.

—¿Con qué cocinaba usted en el este? —preguntó Jed.

Eleanor tuvo que pensar bien su respuesta. No podía decirle que apenas había cocinado nunca, puesto que en casa de Benjamin tenían contratada a una cocinera.

—Ingredientes diferentes —dijo con vaguedad—. Mantequilla en lugar de manteca. Harina de trigo en lugar de harina de maíz.

Jed asintió con comprensión.—Por aquí, uno usa lo que puede conseguir. Le enseñaré lo fundamental.

Le enseñó a hacer pan de maíz sencillo y a cocinar alubias con un poco de tocino para darles sabor. Los primeros intentos de Eleanor fueron poco diestros y el pan de maíz salió algo seco. Pero era comestible, y Jed elogió sus esfuerzos con sinceridad.

—No está mal para ser el primer intento —la felicitó, tomando otro bocado de pan—. Ya le irá cogiendo el truco.

Mientras comían juntos, Eleanor reflexionó sobre lo diferente que era aquello de las elaboradas comidas que daba por sentadas en Boston.

La comida era sencilla, pero sabía bien porque la había hecho ella misma.

Después de comer, se sentaron en el porche de su cabaña y vieron cómo el sol empezaba a hundirse en el horizonte occidental. Eleanor estaba agotada por el trabajo del día, pero era un cansancio de los buenos. Se sentía útil de una forma que nunca antes había experimentado.

—Usted tiene agallas —dijo Jed de repente—. No es de las de encaje.

Eleanor le miró sorprendida.—¿Se supone que eso es un cumplido?

—Lo es —respondió Jed con seriedad—. El encaje es bonito, pero se rasga fácilmente. Las agallas perduran. Por aquí, eso importa más que ser bonita.

Eleanor pensó en sus palabras. En Boston, se la valoraba por su apariencia, sus modales y su capacidad para ser un adorno adecuado para el éxito de Benjamin. Pero Jed le estaba diciendo que la valoraba por su fuerza y determinación.

—Nunca me había considerado una mujer con agallas —dijo ella.

—Pues las tiene —dijo Jed—. La mayoría de las damas del este se habrían rendido tras la primera hora acarreando agua. Usted ha seguido adelante.

Eleanor sintió que un calor se extendía por su pecho. Jed no la veía como a alguien frágil, sino como a alguien hecha para la supervivencia. Era una forma de ser valorada completamente diferente, y descubrió que le gustaba.

Cuando el atardecer se volvió más fresco, entraron y Jed avivó el fuego del hogar. Se sentaron en sillas cómodas a ambos lados de la chimenea, bebiendo café y hablando en voz baja.

—¿Qué le hizo venir al oeste? —preguntó Eleanor con cautela.

Jed se quedó en silencio un largo rato, mirando las llamas.—Buscaba algo diferente —dijo finalmente—. En el este... hay demasiada gente diciéndole a uno quién se supone que debe ser. Por aquí, uno puede ser quien elija ser.

Eleanor comprendía perfectamente ese sentimiento. Ella huía de personas que querían controlarla, igual que Jed aparentemente había huido de expectativas que no quería cumplir.

—La tierra exige honestidad —continuó Jed—. No se puede fingir ser algo que no se es cuando uno lucha contra la sequía, las ventiscas o los ladrones de ganado. La tierra ve a través de las mentiras.

Eleanor sintió una punzada de culpa por su propio engaño. Estaba viviendo bajo un nombre falso, ocultando su verdadero pasado al hombre que le ofrecía una vida nueva. Pero no podía contarle la verdad. Todavía no. No hasta que estuviera segura de que podía confiar plenamente en él.

—Supongo que es cierto —dijo con cuidado.

Jed la miró directamente, buscándole la mirada.—¿De qué huye usted, Eleanor?

La pregunta la pilló desprevenida. Por un momento, sopesó decírselo todo. Lo del asesinato de Benjamin, las amenazas de Victor, las pruebas escondidas en su maleta. Pero el miedo la frenó. ¿Y si Jed decidía que ella era un problema demasiado grande? ¿Y si la echaba para que se enfrentara a Victor sola?

—Del dolor —dijo finalmente—. No era toda la verdad, pero tampoco era exactamente una mentira. —Y de recuerdos que duelen demasiado para seguir viviendo con ellos.

Jed asintió lentamente—. Puedo entenderlo.

Eleanor intuyó que él cargaba con sus propios recuerdos dolorosos, pero no le presionó para que le diera detalles. Ambos tenían secretos, y quizás aquello estaba bien por ahora.

El fuego se estaba consumiendo cuando Eleanor finalmente miró por la ventana el vasto paisaje de Wyoming. El cielo se estaba volviendo de color cobre y oro mientras se ponía el sol, y la interminable pradera se extendía entre sombras purpúreas.

Por primera vez desde que dejó Boston, sintió que pertenecía a un lugar. No una pertenencia total, porque eso llevaría tiempo, pero ya no estaba perdida. Ya no se limitaba a huir de algo. Empezaba a correr hacia algo.

—Es hermoso —dijo ella, observando cómo cambiaban los colores en el cielo.

—Lo es —convino Jed—. Duro a veces, pero hermoso. Cuesta un poco acostumbrarse.

Eleanor pensó en el trabajo del día, en los músculos doloridos, en la satisfacción de aprender nuevas habilidades. Pensó en los elogios tranquilos de Jed y en su trato respetuoso hacia sus esfuerzos.

—Creo que podría acostumbrarme —dijo ella.

Jed sonrió, la primera sonrisa real que ella le veía.—Eso espero.

Mientras las estrellas empezaban a asomar en el cielo oscurecido, Eleanor sintió algo que no había sentido en meses. Esperanza. No solo por la supervivencia, sino por la posibilidad de construir realmente algo bueno.

Ahora era Eleanor Gray, una mujer con agallas en lugar de encaje. Una mujer que podía acarrear agua, cortar leña y hacer pan de maíz desde cero. Una mujer que estaba aprendiendo que había diferentes maneras de ser valiosa.

El bebé se movió en su vientre y Eleanor puso la mano protectoramente sobre su estómago. Pronto tendría que hablarle a Jed del niño. Pero esta noche se conformaba con sentarse junto al fuego y ver cómo el infinito cielo de Wyoming se llenaba lentamente de estrellas.

Mañana habría más tareas que aprender, más habilidades que dominar. Y poco a poco, día tras día, Eleanor Gray seguiría convirtiéndose en la mujer que estaba destinada a ser.

CAPÍTULO 10



Habían pasado tres semanas desde la llegada de Eleanor al rancho, y empezaba a sentirse integrada en el ritmo de la vida cotidiana. Ya era capaz de dar de comer a las gallinas y ordeñar a la vaca sin torpezas, y su pan de maíz mejoraba con cada intento. El dolor muscular por el duro trabajo había remitido, sustituido por una creciente sensación de fuerza y capacidad.

Pero en esta mañana en concreto, mientras barría la cabaña y aguardaba el regreso de Jed de su viaje semanal a Winding Rock para comprar suministros, Eleanor sintió una inquietud que no alcanzaba a definir. Cuando oyó las ruedas del carro sobre el camino de tierra, salió a recibirlo. Jed estaba descargando sacos de harina y alubias de la parte trasera, con sus movimientos eficientes de siempre. Pero había algo distinto en su actitud hoy. Una tensión en los hombros que no estaba allí cuando se marchó.

—¿Qué tal por el pueblo? —preguntó Eleanor, acercándose para ayudarle a cargar con las provisiones.

—Igual que siempre —dijo Jed, pero su voz era cortante—. Le entregó un fardo más pequeño. —He traído el hilo y la tela que me pidió.

Eleanor aceptó el paquete con gratitud. Había estado deseando remendar esos vestidos que se habían dañado con las tareas del rancho.

Mientras ella cogía el fardo, Jed metió la mano en su chaqueta y sacó un sobre.

—Ha llegado esto para usted —dijo él, entregándoselo sin más comentarios.

A Eleanor se le detuvo el corazón. El sobre iba dirigido a la «Sra. de Benjamin Bell» con una caligrafía desconocida. Alguien había encontrado su rastro.

—Gracias —logró decir, manteniendo la voz firme.

Jed estudió su rostro un instante, escudriñando su reacción con sus ojos agudos. Pero no dijo nada, se limitó a asentir y continuó descargando las provisiones.

Eleanor llevó el sobre a su cabaña y cerró la puerta tras de sí. Le temblaban las manos mientras lo abría. En su interior había un recorte de un periódico de Boston. El titular rezaba: «Victor Raines nombrado albacea del patrimonio de los Bell». El artículo describía cómo Victor había sido designado para gestionar los asuntos comerciales de Benjamin y liquidar sus deudas. Lo hacían parecer un socio devoto que ayudaba a una viuda afligida.

Pero garabateadas en tinta al pie del recorte estaban las palabras: *«No puedes huir eternamente».*

Eleanor se desplomó en su silla, invadida por el pánico. Victor la había encontrado. De algún modo, a pesar de todas sus precauciones, a pesar del nombre falso y los documentos falsificados, la había rastreado hasta Wyoming.

Pensó en el largo viaje en tren y en la ruta tan cuidada que había seguido para evitar que la siguieran, pero Victor era un hombre astuto, con dinero y contactos. Habría encontrado formas de rastrear

sus movimientos. Eleanor se obligó a pensar con claridad. La carta había sido reenviada desde Denver, lo que significaba que Victor aún no conocía su ubicación exacta. Pero sabía que estaba en algún lugar de los territorios del oeste. Era solo cuestión de tiempo que estrechara el cerco de su búsqueda.

Caminó hacia la chimenea y se arrodilló ante el hogar. Con manos temblorosas, hundió la carta y el recorte bajo las cenizas frías, enterrándolos donde a nadie se le ocurriría mirar.

Cuando Jed llamó a su puerta una hora más tarde, Eleanor estaba sentada tranquilamente a la mesa, remendando un vestido roto.

—He pensado que quizás querría ayuda con esas provisiones —dijo él.

—Es muy amable —respondió Eleanor, dejando la costura—. Estaba a punto de ponerme a preparar la cena.

Trabajaron juntos en la cocina, como habían hecho ya muchas veces. Pero Eleanor era dolorosamente consciente de cuánto se esforzaba por actuar con normalidad. Le dio las gracias de nuevo a Jed por traer los suministros y le preguntó por su viaje al pueblo, cuidando de no mostrar rastro del terror que le revolvía el estómago. Jed respondió a sus preguntas con cortesía, pero ella sentía que la observaba. Él sabía que algo iba mal. Estaba segura de ello.

Aquella tarde se sentaron junto al fuego en la cabaña de ella, compartiendo café y conversación, como ya se había convertido en su costumbre. Pero la comodidad sencilla entre ellos se sentía forzada. Eleanor se sorprendió estudiando el rostro de Jed a la luz de la lámpara, preguntándose qué estaría pensando.

—Está muy callada esta noche —dijo Jed finalmente.

—Estoy cansada —respondió Eleanor—. Ha sido un día largo.

Jed asintió, pero su mirada se demoró en el rostro de ella. Eleanor tuvo la incómoda sensación de que él podía ver a través de

su cuidada compostura.

—Esa carta —dijo él como quien no quiere la cosa—. ¿Malas noticias?

A Eleanor se le aceleró el corazón, pero mantuvo la expresión serena. —Solo asuntos de negocios del este. Nada importante.

—Debían de ser lo bastante importantes para que alguien la rastreara hasta aquí —observó Jed.

Eleanor le sostuvo la mirada con firmeza. —Hay personas que tienen mucha memoria.

—Vaya que sí —convino Jed.

Se quedaron sentados en silencio un buen rato, ambos perdidos en sus propios pensamientos. Eleanor se preguntaba cuánto sospecharía Jed sobre su verdadera situación. Era evidente que era un hombre perceptivo, y ella no era tan buena ocultando sus sentimientos como había esperado.

Después de que Jed regresara a la casa principal, Eleanor se quedó tumbada en la cama mirando las vigas del techo. El bebé se movía inquieto en su vientre, como si presintiera su angustia.

—Solo un poco más —susurró, llevándose las manos al vientre—. Solo necesitamos un poco más de tiempo.

Pero incluso mientras pronunciaba las palabras, Eleanor sabía que el tiempo se agotaba. Victor se estaba acercando, y pronto tendría que tomar una decisión. Podía huir de nuevo, desaparecer en el vasto paisaje del oeste con la esperanza de mantenerse por delante de él. O podía confiarle la verdad a Jed y esperar que la ayudara a luchar.

La idea de volver a huir la agotaba. Estaba cansada de vivir con miedo, cansada de mirar por encima del hombro, cansada de mentir sobre quién era. Aquí en el rancho, había empezado a sentir que realmente podría construir algo real. La idea de renunciar a eso y volver a una vida de huida constante era casi insoportable.

Pero la alternativa era aún más aterradora. Si le contaba la verdad a Jed, él podría decidir que ella era una complicación excesiva. Podría echarla para que se enfrentara sola a Victor. O peor aún, podría decidir entregarla al propio Victor si el precio era el adecuado. Eleanor había aprendido por las malas que no siempre se podía confiar en los hombres, incluso cuando parecían amables y honorables.

Mientras tanto, en la casa principal, Jed estaba sentado a la mesa de su cocina, mirando la llama parpadeante de una lámpara de aceite. La reacción de Eleanor a la carta había confirmado lo que él ya había empezado a sospechar. Huía de algo, y ese algo acababa de acercarse.

Tras la cena, Jed se dirigió al establo y subió al altillo donde guardaba sus pertenencias personales. En el rincón del fondo, oculto bajo mantas viejas y cuero de silla de montar, había un cofre de madera que no había abierto en años.

Dentro del cofre había una placa deslustrada de alguacil de los Estados Unidos y un fajo de carteles de busca y captura. Rostros de hombres a los que había rastreado, capturado o matado durante sus años como agente de la ley. Era una vida que había dejado atrás al venir a Wyoming, pero las habilidades y los instintos permanecían.

Jed estudió la placa a la luz de la lámpara, recordando el peso de la responsabilidad que conllevaba. Había sido bueno en su trabajo, quizá demasiado. Tenía la capacidad de calar a la gente, de ver a través de las mentiras y las fachadas, de localizar a hombres que creían que podían desvanecerse en la naturaleza.

Esos mismos instintos le decían que Eleanor Gray no era quien decía ser. Sus modales eran demasiado refinados para una mujer de origen humilde. Sus manos eran demasiado suaves para alguien que se hubiera ganado la vida trabajando. Y el miedo en sus ojos cuando

recibió aquella carta era el miedo de alguien que llevaba mucho tiempo huyendo. Pero Jed también presentía que, fuera lo que fuese aquello que Eleanor ocultaba, no era una criminal. Era una víctima. Alguien la estaba cazando, y a ella le aterrorizaba que la encontraran.

La pregunta era si Jed estaba dispuesto a poner en riesgo su propia vida pacífica para protegerla.

Envolvió de nuevo la placa en su paño y la devolvió al cofre. Luego bajó del altillo y se quedó en el umbral del establo, mirando a través del patio hacia la cabaña de Eleanor.

Una luz suave brillaba en su ventana, pero él sabía que no estaba durmiendo plácidamente. Estaría allí desvelada, probablemente planeando su siguiente movimiento, intentando decidir si confiar en él o huir de nuevo. Jed tomó una decisión. Mañana le daría la oportunidad de contarle la verdad. Y si ella elegía confiar en él, haría lo que fuera necesario para mantenerla a salvo.

La mujer que se hacía llamar Eleanor Gray había aportado algo valioso a su rancho. No solo su disposición para el trabajo o su compañía silenciosa, sino un sentido de propósito que él echaba de menos desde que colgó la placa. Necesitaba protección, y a Jed Lassiter siempre se le había dado bien proteger a la gente. Incluso si eso significaba enfrentarse a cualquier peligro que la estuviera siguiendo por todo el país.

De vuelta en su cabaña, Eleanor se sumió finalmente en un sueño inquieto. Soñó con los ojos fríos y la sonrisa amenazadora de Victor. Soñó que corría por praderas interminables mientras unas figuras oscuras la perseguían a caballo.

Pero también soñó con la presencia constante y la fuerza tranquila de Jed. En sus sueños, él se interponía entre ella y el peligro, con el rostro sereno y decidido.

Cuando despertó antes del amanecer, Eleanor se dio cuenta de que, a pesar de sus temores, una parte de ella quería dejar de huir. Una parte de ella quería confiar en el hombre que le había ofrecido refugio y la había tratado con tanto respeto. La cuestión era si sería lo bastante valiente para asumir ese riesgo.

Tras su ventana, el cielo de Wyoming empezaba a clarear, prometiendo otro día de elecciones y consecuencias. Eleanor se llevó las manos a su vientre creciente y susurró una oración pidiendo sabiduría.

Pasara lo que pasara a continuación, ella y su hijo aún no nacido lo afrontarían juntos.

CAPÍTULO 11



Habían pasado tres días desde que llegó la carta y a Eleanor le resultaba difícil concentrarse en sus tareas cotidianas. La amenaza de la persecución de Victor pendía sobre ella como un nubarrón, haciendo que cualquier actividad normal le pareciera extraña y distante.

AQUELLA MAÑANA, cuando Jed mencionó que tenía que reparar un tramo de valla roto en el pasto del norte, Eleanor aprovechó la oportunidad para mantenerse ocupada.

—Podría ayudar a limpiar la casa principal mientras usted trabaja —se ofreció—. He notado que al almacén le vendría bien un buen barrido.

Jed la miró pensativo. —Es muy amable por su parte, pero es un trabajo polvoriento. No tiene por qué molestarse.

—Quiero ayudar —insistió Eleanor—. Necesito sentirme útil.

Jed asintió, aceptando su oferta. —Está bien. Hay una escoba y algunos trapos en el armario de la cocina. Pero no se exceda.

Después de que Jed se marchara al pasto, Eleanor caminó hacia la casa principal. Solo había estado dentro unas pocas veces, y siempre con Jed presente. Se sentía extraño estar a solas en su espacio privado.

La casa era sencilla pero robusta; contaba con una estancia principal que servía a la vez de cocina y cuarto de estar, y un dormitorio situado al fondo. Eleanor podía ver la personalidad de Jed en el mobiliario austero y práctico, y en la pulcra organización de sus pertenencias.

Empezó por la sala principal, quitando el polvo de los muebles y barriendo el suelo. El trabajo físico le sentaba bien, ayudando a calmar su inquieta mente. Pero cuando llegó al pequeño almacén que Jed utilizaba para los suministros, se topó con un problema. Una de las tablas del suelo estaba suelta y se enganchaba con las cerdas de la escoba cada vez que intentaba pasar por encima. Eleanor se arrodilló y presionó la tabla, intentando colocarla en su sitio, pero en lugar de encajar, se levantó ligeramente, revelando un hueco debajo.

La curiosidad hizo que Eleanor terminara de soltar la tabla y mirara en el hueco inferior. El corazón se le detuvo al ver lo que había allí escondido.

Envuelto en un paño aceitado había un revólver. No un arma cualquiera, sino un Colt Peacemaker bien cuidado, con una funda de cuero desgastada. Junto a él había un fajo de papeles atado con un cordel.

A Eleanor le temblaron las manos al sacar el paquete de su escondite. Sabía que no debía hurgar en las pertenencias privadas de Jed, pero el descubrimiento de un arma oculta despertó de nuevo todos sus miedos hacia los hombres y sus secretos.

Desató el cordel y desdobló los papeles para descubrir carteles de «Se busca»; cada uno mostraba el rostro y la descripción de un forajido con una recompensa por su cabeza. Algunos de los hombres tenían un aspecto duro y peligroso. Otros parecían corrientes, de ese tipo de personas con las que uno se cruzaría por la calle sin mirarlas dos veces. Eleanor fue pasando los carteles uno a uno, estudiando

los rostros y leyendo los delitos. Asesinato. Robo. Robo de ganado. Eran hombres violentos que habían cometido actos terribles.

Entonces vio algo que le heló la sangre en las venas.

En uno de los carteles, garabateado a lápiz en el margen, figuraba un nombre que reconoció: «J. Lassiter». Pero el nombre de Jed no aparecía en la lista de buscados. Estaba escrito como el agente encargado del arresto.

Eleanor se quedó mirando el cartel, conmocionada. El hombre de la foto se llamaba Samuel Crenshaw, buscado por asesinato y robo a mano armada. Alguien había dibujado un círculo rojo sobre su rostro. En el margen, junto al nombre de Jed, alguien había escrito «MUERTO» en letras mayúsculas.

La mente de Eleanor trabajó a toda prisa mientras revisaba más carteles. Varios de ellos tenían el nombre de Jed escrito en los márgenes. Algunos tenían círculos rojos alrededor de los rostros de los criminales. Otros tenían notas sobre fechas y lugares de captura.

Jed Lassiter no era solo un ranchero. Era un cazarrecompensas. O lo había sido.

Eleanor volvió a envolver los carteles y el arma con cuidado, intentando dejarlo todo exactamente como lo había encontrado. Pero le temblaban las manos mientras volvía a colocar la tabla suelta y seguía barriendo.

¿Quién era el hombre con el que había aceptado casarse? ¿A cuántas personas había matado? ¿Y por qué le había ocultado su pasado?

Tras terminar de limpiar el almacén, Eleanor intentó conciliar este descubrimiento con el hombre amable y honesto que creía conocer.

Jed no había sido más que atento y respetuoso con ella. Trabajaba duro, cumplía su palabra y la trataba con más consideración de la que jamás había recibido de los hombres supuestamente civilizados de Boston.

Pero también había estado persiguiendo a peligrosos criminales por dinero. Había matado gente. Y le había mentido sobre quién era realmente.

Exactamente igual que ella le había mentido a él.

Cuando Jed regresó de reparar la valla, Eleanor estaba de vuelta en su propia cabaña, preparando la cena como si nada hubiera pasado. Pero se sentía inquieta y nerviosa, sobresaltándose cada vez que oía sus pasos afuera.

—¿Cómo ha ido la limpieza? —preguntó Jed cuando se reunió con ella para la cena.

—Bien —dijo Eleanor, sin mirarle a los ojos—. El almacén está mucho más ordenado ahora.

Jed la estudió con la mirada. —Parece cansada. ¿Se encuentra bien?

—Solo un poco agotada por el trabajo —respondió Eleanor.

Pero a los agudos ojos de Jed no se les escapaba nada. Eleanor podía sentirlo observándola durante toda la cena, notando su distracción y sus respuestas escuetas.

—Eleanor —dijo él finalmente—, ¿qué le preocupa?

Eleanor se obligó a mirarle directamente. —Nada. Solo estoy cansada, como le he dicho.

Jed no pareció convencido, pero no insistió más. Terminaron de comer en un silencio incómodo.

Más tarde esa noche, después de que Jed hubiera regresado a la casa principal, Eleanor se sentó junto al fuego e intentó aclarar sus

sentimientos. Le asustaba lo que había descubierto, pero también estaba enfadada consigo misma por sentirse así.

¿Qué derecho tenía ella a juzgar a Jed por guardar secretos cuando ella misma estaba haciendo lo propio? Vivía bajo un nombre falso, ocultando su verdadero pasado y cargando con pruebas de delitos que podrían llevar a Victor Raines a la cárcel. Probablemente ella era más peligrosa para Jed que él para ella.

Pero saber eso no la hacía sentirse menos inquieta por compartir hogar con un hombre que había matado personas por dinero.

Mientras tanto, en la casa principal, Jed estaba sentado a la mesa de la cocina y miraba por la ventana hacia la cabaña de Eleanor. Algo había cambiado hoy en su actitud, y tenía una idea bastante clara de qué podía ser.

Después de que ella mencionara que había limpiado el almacén, él había revisado su escondite. La tabla del suelo se había colocado con cuidado, pero no exactamente como él la había dejado. Alguien había encontrado su arma y los carteles de recompensa.

Jed no estaba enfadado porque Eleanor hubiera descubierto su secreto. Sabía desde el principio que vivir en tal proximidad haría difícil ocultar cualquier cosa. Y comprendía por qué el hallazgo de esos objetos la asustaría.

Lo que le molestaba era que ella tuviera miedo de enfrentarse a él por ello. Tras semanas de ir estrechando lazos, de compartir comidas, conversaciones y una tranquila compañía, ella volvía a alejarse. Igual que él se alejaba de ella debido a sus propias sospechas sobre aquella carta. Ambos estaban mintiendo, y ambos lo sabían. La cuestión era si encontrarían el valor para decirse la

verdad antes de que sus secretos destruyeran cualquier pizca de confianza que hubieran construido.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Eleanor le sirvió el café a Jed como de costumbre, pero su actitud era rígida y formal. Le agradeció cortésmente el desayuno y le preguntó por sus planes para el día, pero evitaba mirarle directamente.

—Eleanor —dijo Jed con suavidad—. Si hay algo que quiere preguntarme, puede hacerlo.

Eleanor lo miró a los ojos solo un instante y luego desvió la vista. —No sé a qué se refiere.

—Creo que sí lo sabe —replicó Jed.

Pero Eleanor se limitó a sacudir la cabeza y se puso a recoger los platos del desayuno. —Debería volver a mis tareas.

Jed la vio alejarse a toda prisa y suspiró. La fluida camaradería que habían ido forjando se estaba resquebrajando, sustituida por la estudiada cortesía de dos extraños que no confiaban el uno en el otro.

EN SU CABAÑA, Eleanor intentaba concentrarse en la costura, pero su mente volvía una y otra vez a la imagen de aquel revólver y de los carteles de «Se busca». Pensaba en los círculos rojos dibujados alrededor de los rostros de hombres muertos. Pensaba en las manos callosas de Jed y se preguntaba cuántos gatillos habrían apretado.

PERO TAMBIÉN PENSABA en esas mismas manos ayudándola a aprender a cortar leña, pacientes y dulces mientras corregían su técnica. Pensaba en cómo él había colocado flores silvestres en el alféizar de su ventana para darle la bienvenida. Pensaba en el respeto silencioso de su voz cuando le dijo que tenía coraje, no encajes.

¿QUÉ VERSIÓN de Jed Lassiter era la real? ¿El cazarrecompensas que mataba criminales por una suma, o el ranchero que valoraba la honestidad y el trabajo duro?

Tal vez, se dio cuenta Eleanor, ambas versiones eran auténticas. Tal vez la gente era más complicada de lo que ella había aprendido a esperar.

A medida que avanzaba el día, la tensión entre ellos se hacía más densa. Eran educados el uno con el otro, pero la calidez y la naturalidad que se habían ido desarrollando habían desaparecido. En su lugar había una cautelosa desconfianza, como si ambos caminaran sobre hielo fino.

Aquella tarde, Jed no acudió a su cabaña para el café y la charla habituales. Eleanor se sentó sola junto al fuego, escuchando el viento y preguntándose si lo habría arruinado todo por fisgonear entre sus cosas.

Puso las manos sobre su vientre ya prominente y habló en voz baja al bebé.

—No sé qué hacer —susurró—. No sé si podemos confiar en él. Pero tampoco sé si podremos salir adelante solos.

Fuera, un coyote aulló en la distancia, y su aullido resonó a través de la pradera oscura. El sonido hizo que Eleanor se estremeciera y se apretara el chal a los hombros.

Estaba a miles de kilómetros de Victor Raines, pero nunca se había sentido más sola ni más insegura sobre su futuro. El hombre que ella pensó que podría protegerla era un extraño con las manos manchadas de sangre. Y ella era una mentirosa que no tenía derecho a juzgar a nadie más por guardar secretos.

Mañana tendría que decidir si enfrentarse a Jed por lo que había encontrado o seguir fingiendo que nada había cambiado entre ellos. Pero esa noche, Eleanor Gray se sentó junto al fuego y se preguntó si, después de todo, no habría cometido un error terrible al venir a Wyoming.

CAPÍTULO 12



La tensión entre Eleanor y Jed había ido en aumento durante varios días cuando él finalmente abordó lo que venía observando. Eleanor se movía más despacio por el rancho y, a pesar de la holgura de sus vestidos, los cambios en su cuerpo cada vez eran más difíciles de ocultar.

Una mañana, durante el desayuno, Jed dejó la taza de café y la miró directamente.

—Eleanor —dijo con suavidad, pero con firmeza—, creo que sería prudente que alguien te echara un vistazo. Para asegurarnos de que estés bien de salud.

La mano de Eleanor se desplazó instintivamente hacia su vientre antes de que pudiera evitarlo. —Estoy bien, Jed. Solo un poco cansada por el trabajo.

—Sé que lo estás —dijo él con cautela—. Pero hay una mujer en el pueblo, la señorita Lorna Hatch. Ha ayudado a traer al mundo a casi todos los bebés de esta parte de Wyoming. Es buena gente y es discreta.

Eleanor sintió que las mejillas le ardían. Jed sabía lo del bebé. Por supuesto que lo sabía. Era un hombre observador y ella llevaba viviendo bajo su techo más de un mes.

—No quiero ser una molestia —dijo ella en voz baja.

—No eres ninguna molestia —respondió Jed—. Pero si esperas un hijo, deberías dejar que alguien que sepa del tema te cuide. El médico más cercano está a dos días de camino a caballo.

Eleanor vaciló. Había temido esta conversación, pero también sabía que Jed tenía razón. Necesitaba cuidados adecuados, especialmente si surgían complicaciones.

—Está bien —dijo finalmente—. Si crees que es lo mejor.

Dos días después, Eleanor oyó el sonido de un carro acercándose a la propiedad. Salió de su cabaña y vio a una mujer robusta conduciendo un carromato destartalado tirado por un viejo y paciente caballo.

La señorita Lorna Hatch no era en absoluto lo que Eleanor esperaba. Rondaba los cincuenta años, tenía el pelo canoso recogido en un práctico moño y unos cálidos ojos castaños que parecían captarlo todo al instante. Vestía ropas sencillas de la pradera y se movía con la confianza de alguien que ha pasado años ayudando a la gente en sus momentos más difíciles.

—Tú debes de ser Eleanor —dijo mientras bajaba del carro—. Soy Lorna Hatch. Jed me pidió que viniera a echarte un vistazo.

Hubo algo en los modales de Lorna que resultó tranquilizador de inmediato. Era directa pero amable, con una sonrisa que apaciguó a Eleanor a pesar de su nerviosismo.

—Gracias por venir desde tan lejos —dijo Eleanor.

—Tonterías —respondió Lorna, cogiendo un gastado maletín de cuero del carro—. De todos modos, tenía ganas de conocer a la prometida de Jed. Todo el territorio ha sentido curiosidad por la mujer lo bastante valiente como para lidiar con ese hombre tan testarudo.

Eleanor guio a Lorna al interior de su cabaña, donde la partera miró a su alrededor con aprobación al ver el espacio limpio y bien organizado.

—Jed se ha portado bien contigo —observó—. Esta cabaña ha estado vacía durante años, pero él la ha hecho cómoda.

El examen de Lorna fue minucioso pero suave. Escuchó el corazón y la respiración de Eleanor, le palpó el vientre con cuidado y le hizo preguntas sobre cómo se había sentido.

—El bebé está sano —anunció cuando terminó—. Y tú estás fuerte. Pero tienes que tener más cuidado con levantar cosas pesadas y con trabajar demasiado. Estás más avanzada de lo que crees.

Eleanor sintió una oleada de alivio. —¿De cuánto exactamente?

—Yo diría que de unos cinco meses —dijo Lorna—. El bebé probablemente nazca a finales del invierno o principios de la primavera.

Lorna rebuscó en su maletín y sacó varios paquetes pequeños de hierbas y un tarro de bálsamo.

—Este té te ayudará con las náuseas que puedas seguir teniendo —explicó—. Y este ungüento es para las manos y los pies cuando se te empiecen a hinchar. Porque se te hincharán.

Cuando Lorna se dispuso a marcharse, se entretuvo preparando té para ambas. Mientras esperaban a que el agua hirviera, charló animadamente sobre la vida en el territorio y las diversas familias a las que había ayudado a lo largo de los años.

—Jed es un buen hombre —dijo casualmente mientras medía las hojas de té—. No es tan rudo como pretende ser. Ha cargado con su buena dosis de pérdida, pero eso lo ha vuelto más tierno, no más duro.

Eleanor levantó la vista bruscamente. —¿Qué clase de pérdida?

Lorna la miró de reojo, como dándose cuenta de que había dicho algo que no debía. —Nada en particular —dijo rápidamente—. Solo cosas de la vida, ya sabes. Al final, la frontera nos arrebata algo a todos.

Pero Eleanor había captado el desliz, y se le quedó grabado en la mente como una astilla. ¿Qué pérdida había sufrido Jed? ¿Y por qué Lorna tenía tanto cuidado con lo que decía?

Después de terminar el té, Lorna recogió sus cosas y se preparó para partir.

—Vendré a verte de nuevo en unas semanas —prometió—. Y no dudes en mandar a por mí si necesitas cualquier cosa. Jed sabe cómo localizarme.

Cuando Jed regresó de su trabajo aquella tarde, Eleanor le agradeció que hubiera organizado la visita de Lorna.

—Es muy amable —dijo Eleanor—. Y sabe mucho.

—Es la mejor —asintió Jed—. Ha traído al mundo a la mitad de los bebés de Wyoming, supongo.

Eleanor vaciló, pero luego decidió preguntar por el comentario de Lorna.

—Mencionó que has pasado por alguna pérdida —dijo con cautela—. ¿A qué se refería con eso?

La expresión de Jed se cerró de inmediato. —Me conoce desde hace mucho tiempo —dijo simplemente—. Todos los que estamos aquí tenemos nuestras historias.

Antes de que Eleanor pudiera hacer otra pregunta, Jed cambió de tema a los planes para reparar el tejado del granero. Pero Eleanor notó que evitó su mirada durante el resto de la velada.

Aquella noche, mientras yacía en la cama pensando en la visita de Lorna, Eleanor se dio cuenta de que sus sospechas sobre Jed eran cada vez mayores. Primero, el descubrimiento de sus armas y los carteles de recompensa, y ahora indicios sobre alguna tragedia en su pasado. Eleanor empezaba a sospechar que Jed no era solo un hombre que corría hacia algo nuevo. Era un hombre que había huido de algo doloroso, exactamente igual que ella. El pensamiento era a la vez reconfortante e inquietante. Significaba que tenían más en

común de lo que ella había creído. Pero también significaba que Jed le ocultaba secretos, igual que ella se los ocultaba a él.

El bebé se removió en su vientre, y Eleanor puso las manos sobre su estómago, preguntándose qué otras sorpresas la aguardaban en el pasado de Jed Lassiter. Ya estaba gestando el hijo de un hombre y huyendo de los crímenes de otro. ¿Cuánto más podía complicarse su vida?

Pero a pesar de sus preocupaciones, Eleanor sentía gratitud por la visita de Lorna. El examen de la partera la había tranquilizado al confirmar que el bebé estaba sano y se desarrollaba con normalidad. Y había algo en la franqueza y amabilidad de Lorna que hacía que Eleanor se sintiera menos sola.

Por primera vez desde que llegó a Wyoming, Eleanor había conocido a otra mujer que podría llegar a ser una amiga. Alguien que comprendía los retos de la vida en la frontera y las dificultades de traer una nueva vida a un mundo tan hostil. Incluso aunque Lorna supiera más sobre el pasado de Jed de lo que estaba dispuesta a contar.

A la mañana siguiente, Eleanor se despertó con más energía de la que había tenido en semanas. Las hierbas de Lorna parecían ayudar con el cansancio que la había estado acosando, y saber que el bebé estaba sano le quitó un peso de encima.

Cuando se reunió con Jed para desayunar, notó que él la observaba con más atención de la habitual.

—Tienes mejor cara —observó él.

—Me encuentro mejor —respondió Eleanor—. Los remedios de Lorna están ayudando.

—Me alegro —dijo Jed—. ¿Y seguirás su consejo de tomarte las cosas con más calma?

Eleanor asintió. —Tendré más cuidado.

Comieron en un silencio cómodo durante un rato, pero Eleanor podía sentir que las preguntas crecían entre ellos. Había cosas que ambos querían saber, cosas que ambos necesitaban decir. Pero ninguno parecía dispuesto a dar el primer paso hacia la honestidad.

Después del desayuno, Eleanor vio a Jed caminar hacia el granero y tomó una decisión. No podía seguir viviendo en este estado de sospechas mutuas y verdades a medias. Tarde o temprano, tendría que confiarle a alguien su verdadera historia. La cuestión era si Jed Lassiter era la persona adecuada en quien confiar.

Al pensar en las palabras de Lorna sobre la ternura oculta de Jed y su pérdida no especificada, Eleanor empezó a preguntarse si sus secretos podrían ser compatibles con los de ella. Tal vez ambos eran personas que habían sido dañadas por su pasado pero que intentaban construir algo mejor. Quizá podrían ayudarse a sanar mutuamente en lugar de herirse con mentiras.

Pero primero, tendría que encontrar el valor para correr ese riesgo.

Eleanor pasó el resto de la mañana remendando ropa y pensando en la confianza. Por la tarde, ya se había decidido. Esta noche, empezaría a contarle a Jed la verdad sobre quién era ella en realidad.

Empezando por su nombre verdadero.

El bebé dio una patada suave, como si alentara su decisión. Eleanor sonrió y puso la mano sobre el vientre.

—Tu padre merece saber quiénes somos realmente —susurró—. Y quizá va siendo hora de que nosotros descubramos quién es Jed de verdad.

Fuera, el viento de Wyoming silbaba a través de la pradera, portando la promesa del invierno. Pero dentro de su cabaña, Eleanor sentía un calor que nada tenía que ver con el fuego de su hogar. Por primera vez desde la muerte de Benjamin, estaba lista para dejar de huir y empezar a confiar.

La pregunta era si Jed estaría listo para hacer lo mismo.

CAPÍTULO 13



Aquel caluroso día de julio había comenzado como cualquier otro, con Eleanor dando de comer a las gallinas mientras Jed revisaba el ganado en el pasto cercano. Pero cuando él regresó a la casa al mediodía, su expresión era sombría.

—Dos de los caballos han roto la valla del norte —anunció, secándose el sudor de la frente—. Se han ido hacia la cresta alta.

Eleanor miró hacia el cielo occidental, donde unos nubarrones oscuros se amontonaban en el horizonte. El aire se sentía pesado y quieto, el tipo de tiempo que solía presagiar una violenta tormenta de verano.

—¿Cuánto se han alejado? —preguntó ella.

—Demasiado —respondió Jed, dirigiéndose ya hacia el establo para ensillar a su caballo—. Tengo que traerlos de vuelta antes de que descargue la tormenta. Si se asustan con los rayos, podrían lastimarse o huir del todo.

Eleanor lo observó prepararse para la cabalgata, notando la urgencia en sus movimientos. Las nubes de tormenta se volvían más grandes y oscuras por momentos.

—Podría ir contigo —se ofreció ella.

Jed interrumpió lo que estaba haciendo y la miró con sorpresa. —No es necesario, Eleanor. Y no deberías montar en tu estado.

—Lorna dijo que el ejercicio suave me vendría bien —replicó Eleanor—. Y dos personas pueden manejar a los caballos mejor que una.

Jed lo sopesó, volviendo a mirar la tormenta que se aproximaba. —Podría ser peligroso si el tiempo empeora.

—Entonces será mejor que nos demos prisa —dijo Eleanor, echando ya a andar hacia el establo.

Jed escudriñó su rostro un instante y luego asintió. —Está bien. Pero montarás a Molly. Es el caballo más manso que tenemos.

A LOS POCOS MINUTOS, ambos estaban montados y cabalgando hacia el norte, en dirección a la cresta. Eleanor sujetaba las riendas con cuidado, intentando recordar todo lo que Jed le había enseñado sobre cómo manejar un caballo. Todavía se sentía torpe en la silla, pero estaba decidida a no retrasarlo.

EL VIENTO EMPEZÓ A ARRECIAR a medida que subían por las colinas. Eleanor sentía la tormenta acercarse como un ser vivo, trayendo consigo el olor a lluvia y esa tensión eléctrica que le ponía la piel de gallina.

ENCONTRARON a los dos caballos pastando en un pequeño valle tras la cresta, aparentemente ajenos al tiempo que se avecinaba. Pero en cuanto Jed empezó a acercarse a ellos con su soga, se pusieron nerviosos y empezaron a alejarse.

—Presienten la tormenta —le gritó Jed a Eleanor por encima del viento creciente—. Tenemos que acorralarlos antes de que salgan huyendo.

ELEANOR SE COLOCÓ en el lado opuesto de los caballos, tratando de bloquear su ruta de escape mientras Jed preparaba el lazo. El viento le azotaba ya el pelo y las faldas, y podía oír el trueno retumbando a lo lejos.

—Tranquila, chica —le dijo a uno de los caballos, una yegua baya que bailoteaba nerviosa mientras Jed se aproximaba—. Nadie te va a hacer daño.

Trabajando juntos, lograron pasar el lazo por el cuello del primer caballo. Pero mientras Jed aseguraba la cuerda, el segundo caballo de repente se encabritó e intentó escapar pasando junto a Eleanor. Actuando por instinto, Eleanor guio a Molly para cortarle el paso. El asustado animal dio media vuelta, buscando otra vía de escape, pero se encontró atrapado entre Eleanor y Jed.

—Bien —gritó Jed con aprobación—. Ahora solo tenemos que llevarlos a casa antes de que rompa la tormenta.

Pero mientras hablaba, un brillante destello de luz rasgó el cielo, seguido inmediatamente por un estruendo de trueno que pareció sacudir la tierra. El caballo que estaba suelto se encabritó aterrorizado, braceando en el aire con los cascos.

Molly, la montura de Eleanor, se espantó de lado ante el ruido y el movimiento repentinos. Eleanor se aferró al pomo de la silla, intentando mantener el equilibrio, pero otro relámpago sumió al asustado animal en un pánico total. Molly salió al galope, corriendo a ciegas ladera abajo con Eleanor aferrada desesperadamente a las riendas. A sus espaldas, oía a Jed gritando su nombre, pero el sonido se perdía entre el viento y los truenos.

Un tercer rayo alcanzó un árbol seco justo delante de ellas, partiéndolo con un chasquido como un disparo. El árbol, ardiendo, cayó cruzando su camino y Molly viró bruscamente para evitarlo.

Eleanor sintió que sus posaderas y sus piernas perdían el agarre en la silla. Golpeó el suelo con fuerza y rodó por la ladera rocosa mientras Molly seguía corriendo sin ella.

Por un momento, Eleanor se quedó tendida, aturdida y sin aliento. La lluvia empezó a caer en gotas grandes y pesadas, y pudo oír el sonido de cascos acercándose deprisa.

—¡Eleanor! —La voz de Jed cortó la tormenta cuando llegó hasta ella. Se bajó del caballo de un salto y se arrodilló a su lado, recorriéndole los brazos y las piernas con las manos, comprobando si tenía lesiones—. ¿Estás herida? ¿Puedes moverte?

Eleanor intentó incorporarse, quejándose del dolor en el hombro donde había golpeado el suelo. —Creo que estoy bien —jadeó—. Solo estoy conmocionada.

—¿Y el bebé? —preguntó Jed, con la voz tensa por la preocupación.

Eleanor se puso las manos en el vientre. Pudo sentir movimiento, lo cual era tranquilizador. —Creo que el bebé también está bien.

Jed la ayudó a ponerse en pie, sosteniéndola mientras ella comprobaba su equilibrio. La lluvia caía ahora con más fuerza, empapándoles la ropa y volviendo resbaladizo el suelo rocoso.

—Tenemos que buscar refugio —dijo Jed, mirando a su alrededor. Divisó un gran saliente de roca que les proporcionaría cierta protección contra la tormenta— ¿Puedes caminar hasta allí?

Eleanor asintió, aunque temblaba por la impresión y el frío. Jed la mantuvo rodeada con el brazo mientras se dirigían al refugio, moviéndose con cuidado sobre las rocas mojadas.

Bajo el saliente estaban protegidos de lo peor de la lluvia, pero los rayos seguían centelleando a su alrededor y el trueno era ensordecedor. Eleanor se encontró apretada contra el costado de Jed, encontrando consuelo en su sólida presencia.

—Lo siento —dijo ella con voz temblorosa—. No debí insistir en venir. He hecho que todo sea más peligroso.

—Lo has hecho bien —respondió Jed con firmeza—. Me has ayudado a acorralar a esos caballos. Lo que ha pasado después no ha sido culpa tuya.

Eleanor contempló la tormenta que arreciaba a su alrededor. Los rayos caían cada vez más cerca y podía oler el aroma acre de la

electricidad en el aire. El miedo la invadió al darse cuenta de lo cerca que habían estado de morir.

—Jed —dijo de pronto, con voz quebrada—. Hay algo que tengo que decirte.

Él la miró, con expresión seria bajo la luz parpadeante de la tormenta.

—Mi nombre no es Eleanor Gray —dijo ella atropelladamente, las palabras saliendo antes de que pudiera detenerlas—. Mi marido no murió de fiebre. Fue asesinado.

Jed no dijo nada al principio; se limitó a seguir mirándola con esos ojos constantes que parecían verlo todo.

—Y te he estado mintiendo desde el día que llegué —continuó Eleanor, con las lágrimas mezclándose con la lluvia en su rostro—. No soy quien tú crees. No soy la mujer con la que aceptaste casarte.

El trueno volvió a estallar, pero la voz de Jed fue calmada cuando habló finalmente. —¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Eleanor Bell —susurró—. De Boston.

Jed asintió lentamente, como si aquella información no le resultara del todo sorprendente. —¿Y quién asesinó a tu marido?

—Su socio. Víctor Raines. Me está buscando. También quiere matarme a mí.

Otro relámpago iluminó el rostro de Jed, y Eleanor no vio en él ni asombro ni ira. Solo una serena comprensión que, de algún modo, la hizo sentirse aún peor por su engaño.

—Lo siento —dijo de nuevo—. Debería haberte dicho la verdad desde el principio. Pero tenía tanto miedo, y no sabía si podía confiar en ti.

Jed se quitó la chaqueta y se la puso a ella sobre los hombros temblorosos.

—Estás empapada hasta los huesos —dijo con sentido práctico—. Tenemos que conseguir que entres en calor y te seques.

—¿Has oído lo que he dicho? —preguntó Eleanor desesperada—. Te he estado mintiendo durante meses.

—Te he oído —respondió Jed. Se puso en pie y miró hacia la tormenta, que empezaba a dar señales de alejarse—. Y ya hablaremos de esto como es debido cuando lleguemos a casa. Ahora mismo, lo que más me preocupa es llevarte a ti y a ese bebé a algún lugar seguro.

Eleanor lo miró asombrada. Esperaba enfado, acusaciones y exigencias de explicaciones. En su lugar, Jed la envolvía con su chaqueta y se preocupaba por su salud.

—¿No estás enfadado?

Jed la miró con algo que bien podría haber sido una sonrisa. —Eleanor, sospecho que no me estabas contando toda la verdad desde el mismo día que llegaste. La cuestión no es si has estado mintiendo. La cuestión es si estás lista para dejar de hacerlo.

La ayudó a ponerse en pie mientras lo peor de la tormenta pasaba de largo. —¿Puedes bajar la colina a pie? Los caballos probablemente se habrán ido al establo cuando empezaron los rayos.

Eleanor asintió, asimilando aún su reacción ante la confesión. Mientras iniciaban el cuidadoso descenso por la ladera embarrada, se dio cuenta de que decirle la verdad a Jed había sido a la vez más fácil y más difícil de lo que esperaba. Más fácil porque él no parecía escandalizado ni traicionado por su admisión. Más difícil porque ahora tendría que explicarlo todo. Las amenazas de Víctor. El asesinato de Benjamín. Las pruebas escondidas en su maletín. La verdadera razón por la que había huido al otro lado del país para casarse con un extraño.

—Jed —dijo mientras caminaban—. Hay más. Mucho más.

—Me lo imaginaba —respondió él—. Pero primero tenemos que quitarte esa ropa mojada. Luego nos sentaremos junto al fuego y

podrás contarme toda la historia.

Mientras regresaban hacia el rancho, Eleanor sintió que algo cambiaba en su pecho. Por primera vez desde la muerte de Benjamín, estaba a punto de contarle a alguien toda la verdad sobre quién era y qué le había ocurrido.

La tormenta estaba pasando, pero Eleanor sabía que, en ciertos aspectos, la auténtica tormenta no había hecho más que empezar.

—Has llegado demasiado lejos para echarte atrás ahora —dijo Jed en voz baja cuando alcanzaron el pie de la colina.

Eleanor no estaba segura de si se refería al camino cuesta abajo o al viaje que estaba a punto de emprender hacia la honestidad. Pero en cualquier caso, sabía que tenía razón.

Ya no había vuelta atrás. Solo seguir adelante, hacia lo que fuera que viniera después.

Los edificios del rancho aparecieron entre la lluvia, anunciando la propiedad y pareciendo un puerto seguro tras el caos de la tormenta. Eleanor se apretó la chaqueta de Jed sobre los hombros y se preparó para contarle finalmente al hombre que le había ofrecido santuario por qué lo necesitaba tan desesperadamente. Y para descubrir si Jed Lassiter era el tipo de hombre que permanecería a su lado cuando supiera toda la verdad sobre el peligro que la perseguía por los territorios del oeste.

Los relámpagos se alejaban ya, pero Eleanor aún sentía la electricidad en el aire. Estaba aprendiendo que algunas tormentas no eran más que el anticipo de tormentas mayores que estaban por llegar.

CAPÍTULO 14



De vuelta en el rancho, Eleanor se apresuró a su cabaña para quitarse la ropa empapada. Le temblaban las manos mientras se despojaba del vestido mojado y se ponía ropa seca, pero no era solo por el frío. La confesión que había iniciado en la ladera era solo el principio de lo que necesitaba contarle a Jed.

Cuando salió de la cabaña, encontró a Jed avivando el fuego del hogar. Él también se había cambiado de ropa y preparaba café en silencio, como si fuera una noche cualquiera después de un día normal.

—Siéntate junto al fuego —dijo él sin mirarla—. Tienes que entrar en calor.

Eleanor se acomodó en la silla más cercana a las llamas, echándose una manta sobre los hombros. Observó a Jed moverse por el pequeño espacio con su habitual y serena eficiencia, pero percibía la tensión en sus hombros. Él esperaba que ella continuara con lo que había empezado en la montaña.

Cuando el café estuvo listo, Jed sirvió dos tazas y le entregó una a Eleanor. Luego se sentó en la silla frente a ella, con una expresión

ilegible bajo la luz del fuego.

—Muy bien —dijo en voz baja—. Cuéntame el resto.

Eleanor tomó un sorbo del café caliente, intentando armarse de valor. Había vivido con esos secretos tanto tiempo que decirlos en voz alta le resultaba extraño y aterrador.

—Mi verdadero nombre es Eleanor Bell —comenzó—. Soy de Boston. Mi marido era Benjamin Bell, y estaba implicado en algo delictivo con su socio, Victor Raines.

Jed escuchaba sin hablar, sin apartar los ojos de su rostro.

—Benjamin murió repentinamente una noche —continuó Eleanor —. Todo el mundo dijo que fue por fiebres, pero yo sé que no. Había estado preocupado por algo los días antes de morir. Intentó hablarme de un error que había cometido, pero murió antes de poder explicarse.

Eleanor hizo una pausa, recordando aquella terrible noche en la que había encontrado el cuerpo de Benjamin en el sillón de su despacho.

—Después del funeral, busqué entre los papeles de Benjamin. Encontré pruebas de que él y Victor se dedicaban al contrabando y al fraude. Había libros de contabilidad cifrados que mostraban pagos a criminales y sobornos a funcionarios. Y encontré un segundo testamento que Benjamin había redactado justo antes de su muerte.

—¿Qué decía el testamento? —preguntó Jed.

—Me lo dejaba todo a mí en lugar de a Victor. Pero no tenía testigos ni era legal. Creo que Victor se enteró y mató a Benjamin para evitar que hiciera oficial el cambio.

Eleanor echó mano de su bolso de viaje, que estaba junto a su silla. De su interior sacó el fardo de tela encerada que había viajado con ella desde Boston.

—He traído las pruebas conmigo —dijo, desenvolviendo los libros de contabilidad y el testamento sin firmar—. Victor me amenazó después del funeral. Sabía que yo había encontrado algo. Incluso llegó a tocarme el vientre y me amenazó con el bebé.

La expresión de Jed se ensombreció ante esto, pero permaneció en silencio.

—Aquella noche, Victor entró en la casa y se llevó la pistola que Benjamin tenía escondida en su escritorio. Quería que supiera que podía llegar hasta mí siempre que quisiera. Así que huí.

ELEANOR EXTENDIÓ los papeles sobre la mesa que los separaba. Los asientos cifrados y las transacciones falsificadas parecían tan condenatorios a la luz del fuego como en el despacho de Benjamin.

—ME CAMBIÉ el nombre por Eleanor Gray y vine al oeste para casarme contigo porque necesitaba desaparecer por completo. Pero Victor me encontró de todos modos. Me envió una carta hace unas semanas. Me está buscando, y no parará hasta encontrarme.

Eleanor miró a Jed, buscando en su rostro cualquier signo de ira o traición. Pero su expresión era reflexiva, no de reproche.

—Quiere estos papeles —dijo ella, tocando los libros—. Y me quiere muerta para que no pueda testificar contra él. Por eso te he estado mintiendo desde el día que llegué.

Jed se quedó callado un largo rato, estudiando los documentos extendidos ante ellos. Cuando finalmente habló, su voz era calmada y segura.

—Hiciste bien en huir —dijo—. Un hombre así no se detendrá hasta conseguir lo que quiere.

Eleanor sintió que las lágrimas le asomaban a los ojos ante la sencilla aceptación en su voz.

—Pero aquí no te encontrará —continuó Jed, mirándola directamente—. No lo permitiré.

—No lo entiendes —dijo Eleanor con desesperación—. Victor Raines es poderoso y peligroso. Tiene dinero e influencias. Contratará a hombres para matarnos a los dos si hace falta.

—Lo entiendo perfectamente —respondió Jed.

Se levantó y se dirigió a un armario que Eleanor había notado que siempre estaba cerrado con llave. Lo abrió con una llave que llevaba en el bolsillo y sacó algo envuelto en un paño.

Cuando regresó al fuego, deshizo el envoltorio y dejó el contenido sobre la mesa al lado de los papeles de Eleanor.

Era una placa deslucida de U.S. Marshal.

Eleanor la miró con asombro. —¿Eres un agente de la ley?

—Lo era —corrigió Jed—. No siempre he sido solo un ranchero. Me he cruzado antes con hombres como Raines.

Eleanor recordó los carteles de «Se busca» que había encontrado escondidos en su casa, los nombres escritos de puño y letra de Jed. Ahora todo cobraba sentido.

—Por eso tienes esas armas y los carteles de recompensas —dijo ella.

Jed asintió. —Fui U.S. Marshal durante ocho años. Y antes de eso fui cazarrecompensas. Sé cómo piensan los hombres como Victor Raines, y sé cómo detenerlos.

Eleanor sintió una mezcla de alivio y una nueva preocupación. Jed tenía las habilidades para protegerla, pero su pasado también implicaba que tenía sus propios enemigos.

—¿Qué pasó? —preguntó—. ¿Por qué dejaste de ser marshal?

La expresión de Jed se tornó distante y triste. —Un trabajo salió mal. Murió una persona inocente. Con eso tuve bastante.

No quiso decir nada más al respecto, y Eleanor pudo ver el dolor en sus ojos. Fuera lo que fuese lo ocurrido, lo había llevado a abandonar su vida en la ley y a buscar la paz en este rancho remoto.

—Así que los dos huimos de algo —dijo Eleanor en voz baja.

—Así es —asintió Jed.

Se quedaron sentados en silencio un momento, contemplando las pruebas de sus dos pasados tan distintos sobre la mesa. Una placa

de marshal y unos libros de contabilidad criminales. Dos personas que habían huido a Wyoming buscando escapar de la violencia y la traición que habían marcado sus vidas.

—Siento haberte mentido —dijo Eleanor—. Quería decirte la verdad, pero tenía tanto miedo de que me rechazaras.

—Sabía que mentías —respondió Jed—. He estado esperando a que confiaras en mí lo suficiente como para contarme el porqué.

Eleanor pensó en todas las semanas que habían pasado juntos, rodeando sus secretos con cautela mientras estrechaban lazos en los pequeños detalles diarios.

—¿Te arrepientes de haber respondido a mi carta? —preguntó ella—. ¿Desearías haber elegido a otra persona?

Jed la miró con fijeza. —Eleanor Bell o Eleanor Gray, me da lo mismo. Eres la misma mujer en ambos casos. La mujer que ayuda con las tareas sin quejarse. La mujer que cabalgó montaña arriba en plena tormenta para ayudarme a recoger los caballos. La mujer que es lo bastante valiente como para cruzar un continente para proteger a su hijo.

Eleanor sintió que un calor le recorría el pecho ante sus palabras.

—Pero debes saber —continuó Jed— que si Victor Raines viene a buscarte, lo mataré.

No había rastro de ira en la voz de Jed al decirlo, solo una serena certidumbre. Eleanor le creyó por completo.

—No quiero que tengas que matar a nadie por mi culpa —dijo ella.

—Esa no es decisión tuya —replicó Jed—. Viniste aquí buscando protección, y tengo la intención de dártela.

Eleanor contempló la placa de marshal brillando a la luz del fuego. Pensó en el hombre que había estado dispuesto a ponérsela cada mañana, sabiendo que podría ser su último día de vida. El mismo hombre que ahora ofrecía arriesgar su nueva y pacífica vida para mantenerla a salvo.

—Los dos somos personas con fantasmas —dijo suavemente.

—Lo somos —coincidió Jed—. Ambos viviendo en el exilio. Y quizá ambos merecedores de paz.

El silencio entre ellos ya no era el recelo cauteloso de dos extraños que guardan secretos. Era la quietud compartida de dos personas que finalmente se habían confesado la verdad sobre las sombras que arrastraban.

Afuera, la tormenta había pasado por completo, dejando tras de sí el olor a tierra mojada y el sonido del agua goteando de los aleros. Pero dentro de la cabaña, Eleanor sentía como si finalmente se hubiera disipado otro tipo de tormenta. Por primera vez desde la muerte de Benjamin, no estaba sola con sus secretos. Jed sabía quién era ella en realidad y de qué huía, y aun así había elegido estar a su lado.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó ella.

—Ahora esperaremos —dijo Jed—. Si Raines es tan decidido como dices, acabará viniendo. Cuando lo haga, estaremos listos para recibirlo.

Eleanor asintió, sintiendo una extraña mezcla de miedo y alivio. La espera y la incertidumbre casi habían terminado. Pronto, o bien se libraría de Victor Raines para siempre, o bien estaría muerta.

Pero pasara lo que pasara, no lo afrontaría sola.

Jed recogió la placa de marshal y los libros de contabilidad, tratando ambos con el mismo respeto.

—Descansa un poco —dijo—. Mañana empezaremos a planear cómo proteger este rancho y a todos los que viven en él.

Mientras Eleanor se preparaba para dormir, pensó en la conversación que acababan de tener. Había esperado juicios, ira o rechazo al contarle la verdad a Jed. En cambio, había encontrado comprensión y protección. Quizá Lorna Hatch tenía razón cuando

dijo que las pérdidas de Jed lo habían vuelto más tierno, no más duro. Tal vez él comprendía lo que significaba cargar con la culpa y buscar la redención.

Eleanor puso las manos sobre su vientre ya prominente y le habló en voz baja al bebé.

—Tu padre fue un buen hombre que tomó malas decisiones —susurró—. Pero el hombre que va a criarte es un hombre bueno que toma decisiones valientes. Vamos a estar bien.

Fuera de su ventana, la noche de Wyoming estaba despejada y llena de estrellas tras la tormenta. Eleanor sintió que ella también podía ver con claridad por fin, ahora que todos los secretos estaban a la vista.

Viniera lo que viniese, ella y Jed lo afrontarían juntos. Dos personas con sangre en su pasado pero esperanza en su futuro.

CAPÍTULO 15



La mañana siguiente a sus confesiones bajo la tormenta se sintió diferente. Eleanor se despertó con el sonido familiar de los gallos, pero cuando salió de su cabaña, la tensión que se había ido acumulando entre ella y Jed durante semanas había desaparecido. En su lugar había algo más ligero, como el aire puro tras una tronada.

JED YA ESTABA TRABAJANDO, reparando un tramo de la valla que había sido dañado por la tormenta. Al verla acercarse, levantó la vista con lo que podría haber sido alivio.

—Buenos días —dijo simplemente.

—Buenos días —respondió Eleanor—. ¿Puedo ayudar?

En lugar de la cautelosa cortesía que había marcado sus recientes interacciones, la respuesta de Jed fue relajada y natural.

—Si quieres aprender algo útil, puedo enseñarte cómo empalmar correctamente un travesaño de la valla.

Eleanor observó cómo Jed le hacía una demostración de la técnica, con manos seguras y pacientes mientras explicaba cada paso. Cuando lo intentó ella misma, al principio se lió con el alambre, pero Jed se limitó a corregirle la posición de las manos y se lo mostró de nuevo.

—Así —dijo él, guiando sus manos—. ¿Sientes cómo el alambre tiende a doblarse? Trabaja con él, no contra él.

Cuando Eleanor logró por fin asegurar el travesaño correctamente, sintió una absurda oleada de orgullo. Pero lo que la sorprendió aún más fue el sonido que brotó de su propia garganta. Una risa. Una risa real y espontánea por primera vez en días.

Jed levantó la vista sorprendido y luego sonrió. —¿Qué es tan divertido?

—Nada —dijo Eleanor, todavía risueña—. Todo. Nunca pensé que me daría tanta alegría arreglar una valla.

—Espera a que aprendas a herrar un caballo —replicó Jed con humor seco—. Entonces sí que tendrás algo que celebrar.

Trabajaron juntos durante otra hora, hablando de asuntos prácticos, como la próxima cosecha y la necesidad de reparar el tejado del establo antes del invierno. Pero bajo esa conversación ordinaria, Eleanor podía sentir una nueva soltura entre ambos. La distancia precavida se había esfumado, sustituida por el tipo de compañerismo cómodo que nunca había esperado encontrar.

Durante las siguientes veladas, sus conversaciones durante la cena se hicieron más largas y relajadas. Eleanor se descubrió hablándole a Jed de su vida en Boston, omitiendo con cuidado las partes peligrosas pero compartiendo recuerdos de su infancia y sus esperanzas para el futuro. Jed, a su vez, le habló de sus años como hombre de ley y de su decisión de venir al oeste en busca de un tipo de vida diferente.

—Me cansé de estar siempre preparado para la violencia —dijo una tarde mientras estaban en el porche viendo ponerse el sol—. Aquí fuera, un hombre puede trabajar con sus manos y ver crecer las cosas en lugar de verlas morir.

Eleanor comprendía perfectamente ese sentimiento. Había pasado meses huyendo de la violencia, y la paz de la vida en el rancho era un regalo que jamás había esperado recibir.

A MEDIDA que los días de verano se acortaban, Eleanor se instaló en una nueva rutina. Por las noches, después de terminar las tareas y la cena, se sentaba junto al fuego a trabajar en una manta para el bebé que había empezado. La lana suave se sentía bien entre sus manos, y encontraba consuelo en el ritmo constante de las puntadas.

FRENTE A ELLA, Jed se sentaba a tallar madera a la luz del fuego. Ella le había preguntado qué estaba haciendo, y él simplemente había respondido: —Algo útil. Pero a medida que pasaban las noches, Eleanor veía que aquello iba tomando la forma del barrote de una cuna, cuidadosamente tallado con detalles sencillos pero elegantes.

TRABAJABAN EN UN SILENCIO CÓMPLICE, ambos forjando su nueva vida con tranquila determinación. A veces, Eleanor levantaba la vista y se encontraba con que Jed la observaba con una expresión que no alcanzaba a descifrar del todo. Pero ya no había recelo en su mirada, solo una atención serena que la hacía sentirse valorada en lugar de examinada.

UNA NOCHE de finales de agosto, un coyote aulló en las colinas más allá del rancho. El sonido era salvaje y solitario, pero no aterrador. Aun así, Jed se levantó de inmediato y revisó las ventanas y las puertas, asegurándose de que todo estuviera cerrado.

—¿Te preocupan los coyotes? —preguntó Eleanor cuando él regresó a su silla.

—No —dijo Jed, volviendo a acomodarse con su talla—. Pero es bueno ser precavido. La naturaleza es hermosa, pero no es mansa.

Eleanor preparó café recién hecho mientras Jed trabajaba en su proyecto. Cuando le entregó la taza, sus dedos se rozaron y ninguno de los dos se apartó de inmediato.

—Eleanor —dijo Jed en voz baja, dejando a un lado tanto el café como la talla—. Hay algo que quiero decirte.

El corazón de Eleanor empezó a latir más rápido, pero no de miedo. —¿Qué es?

Jed la miró directamente, con expresión seria pero amable. —Tú y el niño —dijo suavemente—. Pertenecéis a este lugar.

Aquellas sencillas palabras golpearon a Eleanor con una fuerza inesperada. Después de meses sintiéndose como una refugiada, como alguien que se cobijaba temporalmente hasta que llegara el verdadero peligro, Jed le estaba diciendo que aquel era su hogar.

—Sé que viniste aquí porque necesitabas un lugar al que huir —continuó Jed—. Pero quiero que sepas que no tienes por qué seguir huyendo. Este es tu sitio ahora, si quieres que lo sea.

Eleanor sintió que las lágrimas asomaban a sus ojos. —Jed...

—Quiero casarme contigo —dijo él, con voz firme y segura—. No porque necesites protección, aunque siempre te la daré. No porque hiciera una promesa en unas cartas, aunque sentí cada palabra que escribí. Quiero casarme contigo porque así lo elijo. Porque te he visto trabajar, reír y enfrentarte a tus miedos, y he visto quién eres de verdad.

Eleanor lo miró fijamente, sin atreverse apenas a creer lo que estaba oyendo.

—A ambos nos ha costado mucho llegar hasta aquí —dijo Jed—. Los dos hemos estado huyendo de cosas que nos dolían. Pero ya estamos aquí, juntos. Y me sentiría orgulloso de tenerte a mi lado. No como Eleanor Gray escondiéndose de su pasado, sino como Eleanor Bell construyendo su futuro.

Eleanor sintió que el bebé se movía en su vientre, como si respondiera a las palabras de Jed. Se puso la mano en el estómago y pensó en todas las razones por las que esto no debería funcionar. Llevaba en su seno el hijo de otro hombre. Un asesino la perseguía.

Había construido toda su relación sobre mentiras y verdades a medias.

Pero también pensó en la forma en que Jed la había abrazado durante la tormenta, tranquilo y firme mientras los rayos caían a su alrededor. Pensó en su paciencia mientras le enseñaba a reparar vallas y a cortar leña. Pensó en la fuerza serena de su voz cuando le prometió que Victor Raines nunca le haría daño.

—Conoces mi pasado —dijo ella con cautela—. Sabes qué clase de peligro podría traer a tu puerta.

—Lo sé —respondió Jed—. Y no le tengo miedo. Ni a eso ni a nada más, siempre que lo afrontemos juntos.

Eleanor no respondió de inmediato. En su lugar, buscó su mano, entrelazando sus dedos con los de él, curtidos por el trabajo. Se sentaron juntos a la luz del fuego, dos personas que se habían encontrado en las circunstancias más improbables, atreviéndose a creer que realmente podrían construir algo bueno de las cenizas de sus desastres particulares.

—Nunca pensé que tendría esta oportunidad —dijo Eleanor finalmente—. Después de que muriera Benjamin, después de tener que huir... pensé que, como mucho, podía aspirar a sobrevivir.

—¿Y ahora? —preguntó Jed.

Eleanor miró a su alrededor en la cabaña que se había convertido en su hogar, la manta del bebé en su regazo y el barrote de la cuna en las manos de Jed. Pensó en la forma en que él decía su nombre real, como si fuera algo valioso en lugar de algo que hubiera que ocultar.

—Ahora creo que quizá podamos hacer algo más que simplemente sobrevivir —dijo ella.

Jed levantó sus manos entrelazadas y depositó un suave beso en sus nudillos. —¿Eso es un sí?

Eleanor sonrió, sintiéndose más ligera de lo que se había sentido en meses. —Eso es un sí.

Afuera, el coyote aulló de nuevo, su voz extendiéndose por la oscura pradera. Pero dentro de la cabaña, ante el cálido resplandor del fuego, dos almas fatigadas permanecían sentadas, planeando un futuro que por fin eran lo bastante valientes como para reclamar.

El peligro no había pasado. Victor Raines seguía ahí fuera en alguna parte, todavía dándole caza. Pero por esta noche, Eleanor se permitió creer que el amor podría ser más fuerte que el miedo, y que la vida que estaba construyendo con Jed podría merecer la pena luchar por ella.

Mientras el fuego se consumía hasta quedar en ascuas, continuaron sentados mano sobre mano, sin querer ninguno de los dos romper el hechizo del momento. Mañana empezarían a planear su boda. Mañana continuarían preparándose para las amenazas que pudieran venir. Pero esta noche, eran simplemente dos personas que habían encontrado el camino hacia el otro a través de todas las tormentas y secretos, listos para prometerse un futuro cimentado en la verdad en lugar de en mentiras.

El bebé se movió bajo la mano de Eleanor, y ella sonrió. Este niño crecería conociendo la seguridad y el amor, con Jed como padre y el vasto cielo de Wyoming como derecho de nacimiento.

Era más de lo que Eleanor se había atrevido a esperar cuando huyó de Boston con nada más que miedo y determinación. Ahora tenía un hogar, un compañero y la posibilidad de la paz.

El canto del coyote se desvaneció en la distancia, pero la tranquila satisfacción en la cabaña permaneció, cálida y constante como el fuego que se apagaba.

CAPÍTULO 16



Eleanor se despertó antes del amanecer en una gélida mañana de septiembre, con el corazón latiéndole de nervios y emoción. Hoy se casaría con Jed Lassiter. Tras meses viviendo con miedo e incertidumbre, por fin estaba lista para reclamar la vida que deseaba en lugar de limitarse a huir de la que había dejado atrás.

Jed ya estaba fuera trajinando, dando de comer a los animales y preparándose para el día. Había enviado recado a Lorna Hatch para pedirle que fuera testigo de la ceremonia y ayer se habían enterado de que un predicador itinerante estaba de visita en el rancho de los Morrison, a solo cinco millas de allí.

Eleanor se vistió con esmero con su mejor vestido, uno sencillo de algodón azul que había remendado y limpiado hasta que parecía casi nuevo. Se trenzó el pelo y se lo recogió y luego se miró en el pequeño espejo sobre el lavabo.

Pronto dejaría de ser Eleanor Gray, el nombre falso que había traído de Boston. Sería Eleanor Lassiter, esposa de un ranchero de Wyoming, madre de un niño que crecería en libertad.

Cuando Jed llamó a su puerta, Eleanor estaba lista.

—Buenos días —dijo él, con voz formal pero con los ojos cálidos —. ¿Estás lista para esto?

—Lo estoy —respondió Eleanor, y lo decía de corazón.

Cabalgaron juntos hasta el rancho de los Morrison, donde Lorna Hatch ya esperaba con Samuel y Mary Morrison, un matrimonio de mediana edad que había aceptado actuar como testigos. El predicador itinerante, el reverendo Collins, era un hombre amable de cabello canoso y manos delicadas que había presidido cientos de matrimonios por todo el Territorio de Wyoming.

La ceremonia tuvo lugar bajo el cielo abierto, con la vasta pradera extendiéndose infinitamente en todas direcciones. No hubo flores, ni música, ni adornos elaborados. Solo cinco personas formando un círculo mientras el sol de la mañana ascendía y el viento susurraba entre la hierba.

—Queridos hermanos —comenzó el reverendo Collins, con una voz que se proyectaba fácilmente en el aire nítido—, nos hemos reunido hoy aquí para unir a Jed Lassiter y Eleanor Gray en el vínculo del matrimonio.

Eleanor sintió una pequeña punzada al oír su nombre falso pronunciado en voz alta, pero desechó el sentimiento. Pronto ya no importaría.

El predicador habló sobre los desafíos de la vida en la frontera y la importancia de la unión para construir algo duradero. Sus palabras eran sencillas pero significativas, y Eleanor se encontró escuchando atentamente cada promesa que ella y Jed se hacían mutuamente.

—¿Acepta usted, Jed Lassiter, a Eleanor como esposa, para amarla y protegerla, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, mientras ambos vivan?

—Sí, quiero —dijo Jed, con voz firme y segura.

—¿Acepta usted, Eleanor Gray, a Jed como esposo, para amarlo y apoyarlo, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, mientras ambos vivan?

Eleanor miró directamente a los ojos de Jed al responder. —Sí, quiero.

—Entonces, por el poder que me ha sido otorgado por el Territorio de Wyoming, les declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

Jed se inclinó hacia delante y besó a Eleanor con ternura, un toque suave que prometía respeto y afecto. Cuando se separaron, ambos sonreían.

El reverendo Collins le tendió una pluma a Eleanor y señaló el certificado de matrimonio. —Firme aquí, señora Lassiter.

Eleanor cogió la pluma con dedos temblorosos y escribió cuidadosamente «Eleanor Lassiter» con su mejor caligrafía. Mientras trazaba las letras, sintió que una profunda sensación de alivio la invadía. Por primera vez en meses, estaba expresando sus verdaderos sentimientos en lugar de mantener una mentira.

Ya no fingía ser otra persona. Era Eleanor Lassiter, y eso era exactamente quien quería ser.

Tras la ceremonia, el pequeño grupo compartió un desayuno sencillo en el rancho de los Morrison.

Lorna abrazó a Eleanor con afecto y le susurró: —Has elegido bien, querida. Jed es un buen hombre.

Samuel Morrison estrechó la mano de Jed y le dio una palmada en el hombro. —Enhorabuena, vecino. Te llevas a una gran mujer.

Cuando regresaron a su propio rancho, Eleanor y Jed compartieron una celebración tranquila en la casa principal. Eleanor había horneado pan y Jed había sacado un tarro de mermelada que tenía guardado. Comieron juntos en la mesa de la cocina, compartiendo café y hablando sobre sus planes para ampliar la cabaña y prepararse para el invierno.

—Se nota diferente —dijo Eleanor, mirando a su alrededor, la estancia que ahora también sería su hogar.

—¿El qué? —preguntó Jed.

—Todo. Estar casados. Tener un nombre real otra vez. No tener que fingir más.

Jed alargó la mano sobre la mesa y cogió la suya. —No tendrás que fingir nunca conmigo, Eleanor. Por nada del mundo.

Esas sencillas palabras trajeron lágrimas a los ojos de Eleanor. Después de tantos meses de mentiras cuidadosas y verdades a medias, la promesa de una honestidad total se sentía como un regalo precioso.

Conforme avanzaba la tarde, Jed desapareció en el establo durante un rato. Cuando regresó, traía algo envuelto en una tela limpia.

—He hecho esto para ti —dijo, dejando el fardo sobre la mesa—. Para el bebé.

Eleanor desenvolvió la tela con cuidado y se le cortó la respiración. En el interior estaba la cuna de madera más hermosa que jamás hubiera visto. Jed la había tallado en pino pulido, con curvas suaves y detalles delicados a los lados. La madera estaba abrillantada hasta alcanzar un cálido brillo dorado, y la cuna se mecía suavemente cuando la tocaba.

—Jed —susurró, pasando los dedos por el borde tallado—. Es perfecta.

—La empecé el día que llegaste —admitió él—. Tenía la esperanza… bueno, tenía la esperanza de que llegáramos a este punto tarde o temprano.

Eleanor le miró, abrumada por el detalle del regalo y por lo que representaba. —Me has dado algo más que seguridad —dijo—. Me has devuelto mi propia identidad.

Jed se arrodilló junto a su silla y puso la mano sobre la de ella, donde descansaba en su vientre cada vez más abultado. —Ahora somos una familia —dijo en voz baja—. Venga lo que venga, lo afrontaremos juntos.

Cuando cayó la noche, Eleanor y Jed pasearon juntos por el rancho; Jed le señalaba las mejoras que quería hacer y Eleanor compartía sus ideas para un huerto y para ampliar el gallinero. Hablaban del futuro como si les perteneciera, como si tuvieran derecho a planificar, soñar y esperar.

Al regresar a la casa principal, Jed avivó el fuego mientras Eleanor preparaba té. Se sentaron juntos en los cómodos sillones junto al hogar, viendo bailar las llamas y escuchando el viento exterior.

—Nunca pensé que llegaría a tener esto —dijo Eleanor suavemente—. Un hogar. Un marido que conoce la verdad sobre mí y que me quiere a pesar de todo. Una oportunidad para empezar de nuevo.

—Ambos hemos recibido una segunda oportunidad —respondió Jed—. La cuestión es qué haremos con ella.

Eleanor miró alrededor de la habitación que ahora era verdaderamente suya, al hombre que había elegido construir una vida con ella a pesar de todas las complicaciones que había traído a su puerta. El bebé se movió en su interior, un recordatorio dulce del futuro que estaban creando juntos.

—Haremos que valga la pena —dijo ella.

Esa noche, se acostaron el uno al lado del otro como marido y mujer en la gran cama de Jed, que ahora era la cama de ambos. La cabeza de Eleanor descansaba en el hombro de Jed, y el brazo de él la rodeaba protectoramente. El mundo exterior se sentía lejano e inofensivo.

Pero incluso mientras Eleanor se quedaba dormida, no lograba quitarse del todo la sensación de que su paz era frágil. En algún lugar ahí fuera, Victor Raines seguía dándole caza. El peligro no había terminado solo porque tuviera un nombre nuevo y un marido que la protegiera.

Muy lejos, en el pueblo de Winding Rock, el empleado del telégrafo estaba cerrando su oficina para pasar la noche cuando llegó un mensaje tardío. Lo transcribió cuidadosamente, frunciendo el ceño ante la inusual petición de alguien que afirmaba estar buscando a una mujer desaparecida.

«Busco paradero de la Sra. Benjamin Bell. Viaja hacia el oeste. Asunto familiar urgente. —V. Raines».

El empleado dobló el mensaje y lo guardó bajo llave en el cajón de su escritorio. Se encargaría de ello por la mañana. Por ahora, le interesaba más llegar a casa para cenar y meterse en su propia cama caliente.

No tenía forma de saber que su retraso en entregar el mensaje les había dado a Eleanor y Jed una noche más de paz antes de que la tormenta llegara finalmente a su puerta.

Pero los nubarrones se estaban acumulando, y en algún lugar de Cheyenne, un hombre bien vestido y de ojos fríos hacía preguntas y gastaba dinero para obtener respuestas. Victor Raines por fin había llegado al Territorio de Wyoming, y estaba cada vez más cerca de encontrar a la mujer que se había atrevido a huir de él.

Eleanor dormía plácidamente en brazos de su marido, soñando con cunas, huertos y un hijo que crecería conociendo la seguridad y el amor. Mañana se despertaría como la señora de Jed Lassiter, con derecho legal al nombre y a la vida que había reclamado.

Por esta noche, aquello era suficiente.

El peligro que la había seguido a través del continente se acercaba rápidamente, pero Eleanor tenía ahora algo que no poseía cuando huyó de Boston. Tenía un compañero que conocía sus secretos y elegía estar a su lado a pesar de todo. Tenía un hogar por el que valía la pena luchar y un futuro que merecía ser protegido.

Cuando Victor Raines finalmente la encontrara, descubriría que Eleanor Bell ya no era la viuda asustada que había huido de sus amenazas. Ahora era Eleanor Lassiter, y tenía coraje en lugar de encajes.

El viento arreció fuera, haciendo vibrar las ventanas y agitando las hojas de otoño. Pero dentro de la casa del rancho, Eleanor y Jed dormían profundamente, aferrados el uno al otro y a la paz que habían construido juntos, incluso mientras los primeros indicios de la tormenta inminente comenzaban a congregarse en el horizonte.

CAPÍTULO 17



Tres días después de la boda, Jed cargó el carro para su viaje habitual a Winding Rock. Eleanor se quedó en el umbral de la cabaña, observándolo mientras comprobaba el arnés una última vez. El anillo de oro en su dedo captó la luz de la mañana, todavía lo suficientemente nuevo como para resultarle extraño.

—¿Necesitas algo especial mientras esté en el pueblo? —preguntó Jed, acomodándose en el pescante del carro.

—Solo las provisiones habituales —dijo Eleanor—. Quizá algo más de harina si el precio es bueno.

Jed asintió. —Estaré de vuelta antes de que oscurezca.

Eleanor lo vio alejarse; las ruedas del carro crujían sobre la tierra compacta. Había llegado a amar esas mañanas tranquilas cuando Jed iba a por suministros. El rancho se sentía en paz entonces, como un lugar donde nada malo podía ocurrir.

Pasó la mañana trabajando en una mantita para el bebé; su aguja se movía con paso firme a través de la suave lana. El bebé llegaría en primavera y quería tenerlo todo listo. Jed había empezado a tallar un sonajero de madera de un trozo de roble, trabajando en él junto al fuego cada noche. Pero a medida que avanzaba el día, Eleanor se

sorprendió mirando hacia el camino con más frecuencia. Algo se sentía diferente hoy. El aire parecía demasiado quieto, el silencio demasiado pesado.

En el pueblo, Jed ató su caballo al poste frente al Almacén General de McKinnon y entró. La campana sobre la puerta tintineó a su entrada. Sam McKinnon levantó la vista desde detrás del mostrador, con su rostro redondo surcado por la preocupación.

—Buenos días, Jed —dijo Sam, pero su voz carecía de su habitual tono alegre.

—Sam —asintió Jed—. Necesito las provisiones de siempre. Harina, azúcar, café si tienes.

—Claro que sí. —Sam empezó a reunir los artículos de los estantes—. ¿Has oído lo del forastero en Cheyenne?

Las manos de Jed se quedaron quietas sobre el mostrador. —¿Qué forastero?

—Un tipo que pasó ayer en la diligencia de la mañana. Vestido de punta en blanco, hablando de negocios en el territorio. —Sam bajó la voz—. Pero Tom Henderson estuvo en Cheyenne la semana pasada y dice que ha habido un hombre allí haciendo preguntas. Alardeando de dinero, queriendo saber sobre los recién llegados.

Otros dos hombres estaban cerca de la estufa de hierro; su conversación llegaba hasta donde estaba Jed. Uno de ellos era Bill Morrison, que criaba ganado en la propiedad al norte del pueblo.

—He oído que tiene documentos del gobierno —dijo Morrison—. Afirma estar buscando a alguien que robó dinero en el este.

—¿A qué clase de persona? —preguntó el otro hombre.

—A una mujer. Dijo que podría estar usando un nombre falso.

A Jed se le heló la sangre. Mantuvo una expresión neutra mientras Sam seguía cargando las provisiones en una caja.

—Podría no ser nada —dijo Sam en voz baja—. Pero tiene a la gente hablando. El sheriff Pike también ha estado haciendo preguntas, queriendo saber sobre cualquier nueva llegada en los últimos meses.

—A Pike nunca le han importado los recién llegados antes —dijo Jed.

—No, nunca. —Los ojos de Sam se encontraron con los de Jed—. Hace que uno se pregunte qué le ha hecho cambiar de opinión.

Jed pagó sus suministros y los cargó en el carro. Cuando se disponía a marcharse, Sam lo llamó.

—¿Jed? Ten cuidado ahí fuera, tú y la señora Lassiter.

Jed asintió una vez y subió al pescante. Pero en lugar de salir directamente del pueblo, se detuvo en la oficina de correos.

El empleado, un hombre nervioso llamado Hawkins, levantó la vista cuando Jed entró. Se puso pálido.

—Señor Lassiter —dijo—. Esperaba que pasara por aquí.

—¿Por qué?

Hawkins miró a su alrededor, luego buscó bajo el mostrador y sacó un telegrama doblado. —Esto llegó ayer. Va dirigido a alguien, pero pensé... bueno, pensé que debería verlo.

Jed cogió el telegrama y lo leyó rápidamente. Tensó la mandíbula.

"Seeking location of Mrs. Benjamin Bell. Traveling west. V. Raines."

—El hombre que envió esto —dijo Jed, con voz gélida—, ¿ha estado aquí?

—No, pero envió dinero con el telegrama. Dijo que pagaría bien por cualquier información. —Hawkins jugueteó con su lápiz—. Yo no le he dicho nada. Pero el sheriff Pike estuvo preguntando por ello esta mañana.

—¿Qué quería saber Pike?

—Lo mismo. Si alguien llamado Bell había recibido correo aquí. Si yo sabía algo sobre una mujer que encajase con cierta descripción. —Hawkins se acercó más—. Jed, no me gusta nada cómo huele esto. Ese sheriff se está comportando raro últimamente. Como si tuviera en el bolsillo un dinero que antes no estaba ahí.

Jed dobló el telegrama y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta. —Ha hecho bien, Hawkins. No comente nada de esto.

—No lo haré. ¿Pero, Jed? Si ese tal Raines es la clase de hombre que creo, será mejor que usted y su esposa se anden con ojo.

El camino de vuelta al rancho se le hizo más largo de lo habitual. Jed apremió a los caballos más de lo normal, con la mente a mil por hora. Víctor Raines había encontrado el rastro de Eleanor. El hombre estaba cerca, quizá más cerca de lo que sabían.

El paisaje que siempre le había resultado acogedor ahora parecía expuesto y peligroso. Cada cresta podía ocultar a un vigía. Cada arboleda podía esconder una amenaza.

Cuando los edificios del rancho aparecieron a la vista, Jed sintió un momento de alivio. Eleanor estaba tendiendo la colada, con movimientos tranquilos y pausados. Pero al acercarse, vio la tensión en sus hombros, la forma en que no dejaba de mirar hacia el camino.

—Has vuelto pronto —dijo ella mientras él bajaba del carro.

—He terminado más rápido de lo que esperaba —mintió Jed. Empezó a descargar las provisiones, observando el rostro de Eleanor —. ¿Cómo ha ido tu día?

—Tranquilo. —Eleanor recogió el cesto de la ropa—. Quizá demasiado tranquilo.

Trabajaron juntos para llevar las provisiones al interior. Eleanor preparó café mientras Jed guardaba la harina y el azúcar. La rutina familiar se sentía distinta ahora, cargada de una preocupación no verbalizada.

—Jed —dijo Eleanor finalmente—. Pasa algo, ¿verdad?

Él la miró de pie junto a la cocina, con la mano apoyada en la leve curva de su vientre. Ella era más fuerte ahora que cuando llegó

por primera vez, pero seguía llevando a su hijo. Seguía confiando en él para mantenerla a salvo.

—Se comenta algo en el pueblo —dijo él con cautela—. Sobre un forastero que hace preguntas en Cheyenne.

El rostro de Eleanor se puso blanco. Dejó la cafetera con manos temblorosas.

—¿Es él?

Jed sacó el telegrama del bolsillo y se lo entregó. Eleanor lo leyó, con los labios moviéndose en silencio sobre las palabras.

—Me ha encontrado —susurró.

—Ha encontrado el territorio —corrigió Jed—. Pero no sabe que estás aquí. Todavía no.

Eleanor se dejó caer en una silla, todavía con el telegrama apretado entre las manos. —¿Qué vamos a hacer?

Jed se arrodilló junto a su silla y le tomó la mano libre. —Vamos a estar listos para él. Y vamos a proteger lo que es nuestro.

—Pero si viene aquí...

—Entonces tendrá que pasar por encima de mí primero.

Eleanor lo miró a los ojos y vio la determinación que había en ellos. Este no era el ranchero tranquilo con el que se había casado. Este era el hombre que una vez había llevado una placa, que había rastreado a hombres peligrosos por tierras peligrosas.

—Tengo miedo —admitió ella.

—Bien —dijo Jed—. El miedo te mantendrá alerta. Pero no dejes que te paralice. Tenemos tiempo para prepararnos.

Esa noche se sentaron junto al fuego en la casa principal. Jed había trasladado las pertenencias de Eleanor a la casa del rancho después de la boda, y se sentía como un hogar de una manera que la cabaña más pequeña nunca había logrado. Pero esta noche, el calor del fuego no podía ahuyentar el escalofrío en los huesos de Eleanor.

—Háblame de los peones —dijo ella—. ¿Son leales?

—Tom lleva conmigo tres años. Moriría antes de traicionarnos. Los otros son buenos hombres, pero no los conozco de hace tanto

tiempo.

Eleanor asintió. —¿Y los vecinos?

—La mayoría ayudarían si se lo pidiéramos. Pero esta no es su lucha.

—Podría convertirse en su lucha si Raines trae problemas a todo el territorio.

Jed la miró con respeto. Incluso asustada, Eleanor pensaba con claridad. —Tienes razón. Si está sobornando a sheriffs y alardeando de dinero, no planea mantener las cosas en secreto.

Se sentaron en silencio un rato, viendo las llamas bailar en la chimenea. Fuera, el viento arreció, sacudiendo las ventanas y gimiendo bajo los aleros.

—Debería haber seguido huyendo —dijo Eleanor finalmente—. Debería haber ido más al oeste, o al norte, a Canadá.

—¿Y luego qué? ¿Pasar el resto de tu vida mirando por encima del hombro? ¿Criar a nuestro hijo para que haga lo mismo?

Eleanor se llevó la mano al vientre. —Al menos el niño estaría vivo para mirar por encima del hombro.

—La niña —dijo Jed con una pequeña sonrisa—. O el niño. De cualquier forma, huir no es vivir. Y tienes tanto derecho a estar aquí como cualquiera.

—¿De verdad? Vine aquí con mentiras, Jed. Me casé contigo bajo un nombre falso.

—Eleanor Gray, Eleanor Bell, Eleanor Lassiter. Sigues siendo la misma mujer. El nombre no cambia quién eres.

Eleanor se apoyó en su hombro, cobrando fuerzas de su sólida presencia. —¿Y si tiene a la ley de su parte? ¿Y si realmente tiene documentos gubernamentales?

—Entonces nos ocuparemos de eso cuando ocurra. Pero tengo el presentimiento de que Víctor Raines no es tan legal como pretende ser.

—¿A qué te refieres?

Jed guardó silencio durante un largo rato. —Un hombre no persigue a una mujer por todo el país solo por dinero. Hay algo más

tras lo que va. Algo que le asusta lo suficiente como para dejar su cómoda vida en Boston.

—Los libros de contabilidad —dijo Eleanor—. Sabe que los tengo.

—¿Qué libros de contabilidad?

Eleanor vaciló. Todavía había mucho que no le había contado. —Benjamin guardaba registros de sus tratos comerciales. Me los llevé cuando me fui de Boston. Muestran tratos... transacciones ilegales.

—¿Por qué no me dijiste esto antes?

—Porque tenía miedo de que pensaras que yo era una carga mayor que mi valor.

Jed se giró para mirarla de frente. —Eleanor, necesito saberlo todo. Si vamos a luchar contra este hombre, necesito entender a qué nos enfrentamos.

Así que Eleanor se lo contó. Sobre los manifiestos de embarque que no coincidían con la carga. Sobre los sobornos a los funcionarios de aduanas. Sobre el dinero que desaparecía de unas cuentas y reaparecía con otros nombres. Sobre el patrón de fraude que se remontaba a años atrás.

—¿Dónde están esos libros ahora? —preguntó Jed cuando ella terminó.

—Escondidos. En un lugar que solo yo conozco.

—Bien. Déjalos ahí por ahora. Pero, Eleanor, esto cambia la situación. Si Raines está dispuesto a matar para proteger estos secretos, estará desesperado cuando te encuentre.

—Lo sé.

—Y si tiene al sheriff en el bolsillo, no podemos contar con que la ley nos ayude.

Eleanor asintió. —Entonces, ¿qué hacemos?

—Nos aseguramos de que no pueda llegar a ti. Y nos aseguramos de que, si nos pasa algo, esos libros acaben en las manos adecuadas.

—¿Qué manos adecuadas?

Jed guardó silencio un momento. —Tengo un amigo en Cheyenne. Solía ser un U.S. Marshal. No es del tipo que se deja comprar.

—¿Confías en él?

—Con mi vida. Y con la tuya.

Eleanor sintió que parte de la tensión abandonaba sus hombros. —Entonces tenemos un plan.

—El principio de uno —asintió Jed—. Pero primero, tenemos que asegurarnos de que este rancho sea defendible. Y tenemos que decidir en quién podemos confiar para que nos ayude.

Pasaron la hora siguiente discutiendo las posibilidades. Qué vecinos podrían apoyarlos. Qué rutas podría tomar Raines para llegar al rancho. Cómo avisar al amigo de Jed en Cheyenne sin alertar a las personas equivocadas. Para cuando se fueron a la cama, Eleanor se sentía más preparada de lo que se había sentido desde que recibió aquella primera carta amenazadora. Ya no estaba huyendo. Ya no estaba sola. Y ya no era la mujer asustada que había huido de Boston con nada más que esperanza y desesperación.

Ahora era Eleanor Lassiter, esposa de un hombre que sabía pelear. Madre de una criatura que crecería en libertad. Y tenía armas que Víctor Raines desconocía. Mientras se quedaba dormida, la mano de Eleanor encontró el telegrama en la mesilla de noche. Mañana le diría a Jed dónde estaban escondidos los libros. Mañana empezarían a prepararse para la guerra.

Pero esta noche se permitió creer que el amor podía ser más fuerte que el miedo, y que la vida que había construido podía merecer la pena ser defendida.

Fuera, los coyotes aullaban a través de la pradera, con sus aullidos salvajes y solitarios. Pero dentro de la cabaña, Eleanor dormía

plácidamente en brazos de su marido, soñando con la primavera y con nuevos comienzos.

La tormenta se avecinaba. Pero, por primera vez desde la muerte de Benjamin, Eleanor se sentía lista para afrontarla.

CAPÍTULO 18

La diligencia de la mañana entró en Winding Rock entre una nube de polvo y el sonido de los caballos resoplando con fuerza. Solo bajó un pasajero, un hombre con un abrigo de lana a medida y botas relucientes que jamás había conocido el trabajo honrado. Llevaba un maletín de cuero y se movía con la precisión cautelosa de quien está acostumbrado a salir siempre con la suya.

—Señor Harper —le dijo al conductor de la diligencia, entregándole el importe del viaje con un billete impecable—. Me quedaré en el pueblo unos días.

El conductor asintió y descargó un solo baúl de la parte trasera del carruaje. El extraño observó el pequeño pueblo con mirada afilada, registrando el almacén general, la oficina de correos y la del sheriff en un solo vistazo general.

Victor Raines había llegado a Winding Rock.

Se dirigió primero al Hotel Frontier, un modesto edificio de dos plantas con un letrero que había conocido tiempos mejores. El recepcionista, un hombre delgado de manos nerviosas, levantó la vista cuando entró.

—Necesito una habitación para varios días —dijo Victor, depositando una moneda de oro sobre el mostrador—. Algo tranquilo, con vistas a la calle.

Los ojos del empleado se agrandaron al ver la moneda. —Sí, señor. Nuestra mejor habitación está arriba, en la esquina delantera. Podrá ver casi todo el pueblo desde allí.

—Perfecto. —Victor firmó en el registro con un trazo elegante—. Estoy aquí por asuntos del gobierno. Confío en que será discreto sobre mi presencia.

—Por supuesto, señor. Lo que necesite.

Victor cogió su llave y subió las escaleras. Desde su ventana podía ver toda la calle principal de Winding Rock. Era un pueblo pequeño, el tipo de lugar donde todo el mundo conocía los asuntos de los demás. El tipo de lugar donde una mujer con secretos no podría esconderse por mucho tiempo.

Tras instalarse en su habitación, Victor cruzó la calle hasta la oficina del sheriff. El sheriff Pike estaba sentado tras un escritorio maltrecho, con los pies en alto, leyendo un periódico de hace una semana. Levantó la vista cuando entró Victor, con expresión recelosa.

—¿Sheriff Pike? —Victor le tendió la mano—. Soy el agente Harper, trabajo en representación del gobierno federal. Me preguntaba si podríamos tener una conversación privada.

Pike entrecerró los ojos. —¿Qué clase de conversación?

Victor metió la mano en su abrigo y sacó un documento doblado. Parecía bastante oficial, con sellos y rúbricas, aunque un examen minucioso habría revelado que se trataba de una astuta falsificación.

—Estoy investigando un caso de fraude postal —dijo Victor—. Es posible que una mujer haya pasado por su territorio usando una identificación falsa. Estoy autorizado a ofrecer una compensación por la ayuda para localizarla.

Pike dejó a un lado el periódico y se inclinó hacia delante. —¿Qué clase de compensación?

Victor sonrió y buscó en su maletín. Sacó un fajo de billetes y lo puso sobre el escritorio. —Esto es solo una muestra de agradecimiento por su cooperación. Habrá más una vez que localicemos a la mujer.

Pike se quedó mirando el dinero. Era más de lo que ganaba en seis meses como sheriff. —¿Qué puede decirme de esa mujer?

—Tiene aproximadamente veinticinco años, cabello oscuro y habla cuidada. Podría estar viajando bajo el nombre de Eleanor Bell, aunque es probable que use un alias. Habrá llegado al territorio en algún momento de los últimos meses.

Pike asintió lentamente. —Mantendré los ojos abiertos. Pero no puedo prometerle nada.

—Por supuesto que no. Simplemente le pido que me avise si alguien que encaje con esa descripción llama su atención. Mientras tanto, llevaré a cabo mi propia investigación.

VICTOR SALIÓ de la oficina del sheriff y caminó calle abajo hasta la oficina de correos. El edificio era pequeño y estrecho, con casilleros postales cubriendo una pared y un mostrador que el uso había dejado liso. Tras el mostrador se encontraba un hombre nervioso de pelo ralo y dedos manchados de tinta.

—¿Señor Hawkins? —preguntó Victor, leyendo la placa del mostrador.

—Así es. ¿En qué puedo ayudarle?

Victor volvió a sacar sus credenciales falsas. —Agente Harper, investigación federal por fraude postal. Necesito hacerle algunas preguntas sobre sus actividades postales recientes.

Hawkins palideció. —¿Hay algún problema con el servicio de correos?

—Con su servicio, no. Pero busco información sobre una mujer que podría haber recibido correspondencia aquí bajo falsos pretextos. Este es un asunto de seguridad nacional.

Al jefe de correos le temblaban las manos mientras buscaba un libro de registro. —Llevo un registro de todo el correo que pasa por aquí. ¿Qué nombre debo buscar?

—Eleanor Bell. O posiblemente Eleanor Gray. Habría recibido correo reenviado desde otros territorios.

Hawkins pasó las páginas de su registro, siguiendo con el dedo las columnas de nombres. Victor lo observaba con atención, reparando en cómo le temblaban las manos y en las gotas de sudor que le perlaban la frente.

—Aquí —dijo Hawkins finalmente—. Llegó una carta hace unos dos meses, reenviada desde Denver. Iba dirigida a la señora de Benjamin Bell.

El pulso de Victor se aceleró. —¿Qué hizo con ella?

—Yo... la guardé unos días, pero luego vino alguien preguntando por ella. Un ranchero llamado Jed Lassiter. Dijo que era para su esposa.

—¿Su esposa?

—Por entonces usaba el nombre de Eleanor Gray, pero ahora es Eleanor Lassiter. Se casaron la semana pasada.

Victor sintió una oleada de satisfacción. La había encontrado. Eleanor Bell era ahora Eleanor Lassiter y vivía en un rancho con su nuevo marido. Todo lo que tenía que hacer era localizar a ese tal Jed Lassiter.

—¿Dónde está ese rancho? —preguntó.

Hawkins le dio las indicaciones con una voz que apenas superaba el susurro. Victor memorizó cada palabra, luego metió la mano en su maletín y sacó otro fajo de billetes.

—Esta conversación nunca ha tenido lugar —dijo, poniendo el dinero sobre el mostrador—. Si alguien pregunta, usted nunca me ha visto.

Hawkins se quedó mirando el dinero y luego lo metió rápidamente en un cajón. —Sí, señor. Nunca le he visto.

Victor salió de la oficina de correos y regresó a su hotel. Todo estaba encajando. Había encontrado a Eleanor y ahora sabía dónde se escondía. Solo necesitaba un plan para llegar hasta ella. Pero mientras caminaba por la calle principal, no reparó en el hombre que cargaba suministros en un carro frente al almacén. Tom Ellison llevaba en el pueblo desde temprano, recogiendo un cargamento de postes para vallas para el rancho Lassiter. Tenía buena memoria para las caras y aquel forastero tan bien vestido le resultaba familiar.

No fue hasta que el hombre desapareció en el hotel cuando Tom recordó dónde había visto ese rostro antes. Tres años atrás, cuando andaba de un lado a otro por Colorado, había visto un cartel de «Se busca» en la oficina de un sheriff. El hombre era buscado por fraude y malversación, aunque por aquel entonces usaba un nombre distinto.

Tom terminó de cargar su carro y salió del pueblo a paso constante. Pero en cuanto perdió de vista los edificios, espoleó a los caballos hasta el galope. Jed tenía que saber lo de ese extraño, y tenía que saberlo ya.

El trayecto hasta el rancho le llevó una hora a toda velocidad. Los caballos de Tom estaban cubiertos de sudor y respiraban con dificultad cuando se detuvo ante la casa principal. Jed salió del establo, alertado por el sonido del carro que llegaba a semejante ritmo.

—¿Tom? ¿Qué pasa?

—Hay un hombre en el pueblo —dijo Tom, saltando del pescante del carro—. Un forastero, vestido de punta en blanco. Se hace llamar Harper, pero yo ya he visto su cara antes.

La expresión de Jed se volvió seria. —¿Dónde?

—En un cartel de búsqueda en Colorado. Lo buscaban por fraude y malversación. El nombre del cartel era otro, pero estoy seguro de que es el mismo hombre.

—¿Qué hace en Winding Rock?

—No lo sé, pero fue a ver al sheriff Pike y luego pasó mucho rato en la oficina de correos. Hay algo en su forma de moverse, en cómo miraba a su alrededor... está cazando algo.

Jed sintió que el hielo le invadía el estómago. —O a alguien.

—¿Quieres que vuelva al pueblo y no le quite ojo?

—No. Quiero que te quedes aquí y me ayudes a prepararme. Si este hombre es quien creo, vendrá pronto a por nosotros.

Tom asintió. —¿Qué necesitas que haga?

—Revisa todos los rifles y cuenta la munición. Luego ve a la finca de los Morrison y dile a Bill que venga. Dile que traiga a sus hijos y sus armas.

—¿Crees que habrá problemas?

—Estoy seguro.

Tom desenganchó a sus caballos y los llevó hacia el establo. Al pasar por la casa principal, vio a Eleanor a través de la ventana, concentrada en su costura. Parecía tranquila y feliz, ajena a que el peligro del que había huido en Boston por fin la había encontrado.

Jed vio a Tom desaparecer en el establo y luego caminó hacia la casa. Tenía que decirle a Eleanor lo que estaba ocurriendo. Tenía derecho a saber que su pasado los había alcanzado.

La encontró en la cocina, preparando la cena. Ella levantó la vista cuando él entró, y su sonrisa se desvaneció al ver su expresión.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—Hay un hombre en el pueblo. Tom lo ha reconocido por un cartel de «Se busca».

El rostro de Eleanor se quedó lívido. Soltó el cuchillo y se aferró al borde de la mesa. —¿Es él?

Jed asintió. —Eso creo. Ha estado haciendo preguntas, sobornando a las autoridades. Sabe que estás aquí.

Eleanor cerró los ojos y respiró hondo. Cuando volvió a abrirlos, había acero en su mirada.

—¿Es él? —preguntó de nuevo.

Jed miró a su esposa, viendo el miedo en sus ojos pero también la fortaleza. Había recorrido un largo camino desde la mujer asustada que se bajó del tren en Winding Rock. Ahora era Eleanor Lassiter, y estaba dispuesta a luchar por la vida que habían construido juntos.

—Sí —dijo él—. Está aquí. Pero ya nunca más volverá a quitarte nada.

Eleanor asintió, con la mandíbula apretada con determinación. —Entonces será mejor que nos preparemos para recibirlo.

Fuera, el sol empezaba a ponerse, tiñendo el cielo de matices rojos y dorados. Era hermoso, pero Jed no podía quitarse de encima la sensación de que parecía fuego. Como si la tormenta que se avecinaba fuera a quemar todo a su paso.

Rodeó los hombros de Eleanor con su brazo y la atrajo hacia sí. Pasara lo que pasara a continuación, lo afrontarían juntos. Victor Raines los había encontrado, pero iba a descubrir que Eleanor Bell ya no era la viuda indefensa a la que había expulsado de Boston.

Ahora era Eleanor Lassiter, y tenía un marido que sabía pelear.

La guerra por su futuro estaba a punto de comenzar.

CAPÍTULO 19



Apenas había salido el sol cuando Jed empezó a moverse por el rancho con la determinación de un hombre que tiene un propósito. Eleanor lo observaba desde la ventana de la cocina mientras él recorría el perímetro de los edificios, escudriñando con la mirada cada poste de la cerca, cada rincón donde alguien pudiera emboscarse.

Tom llegó con Bill Morrison y sus dos hijos justo después del desayuno. Los hombres se reunieron en el establo y hablaban en voz baja y con semblante serio. Eleanor alcanzaba a verlos a través de las puertas abiertas, mientras señalaban mapas y revisaban armas.

—¿Qué puedo hacer para ayudar? —preguntó Eleanor cuando Jed entró a por café.

—Mantente a salvo —dijo él—. Eso es lo más importante.

—No he venido al oeste para esconderme detrás de ti —dijo Eleanor con firmeza—. Si va a haber una pelea, quiero formar parte de ella.

Jed la miró durante un largo rato. —Llevas a nuestro hijo.

—Y por eso mismo necesito luchar. Este bebé merece crecer libre, no huyendo de Victor Raines.

Fuera, empezaron a oírse martillazos. Tom y los chicos de Morrison estaban construyendo algo cerca del corral. Eleanor veía cómo arrastraban troncos y postes, creando defensas en puntos clave alrededor del rancho.

—¿Qué están construyendo? —preguntó ella.

—Cobertura —dijo Jed—. Lugares desde donde disparar si llegamos a ese extremo.

Eleanor sintió un escalofrío recorriéndole la espalda. —¿De verdad crees que vendrá aquí?

—Sé que vendrá. Los hombres como Raines no se rinden. Toman lo que quieren y destruyen lo que no pueden tener.

Los martillazos continuaron durante toda la mañana. Eleanor intentó mantenerse ocupada con sus tareas habituales, pero le temblaban las manos mientras amasaba el pan y tendía la ropa. Cada sonido que venía del exterior hacía que se le acelerara el corazón.

Al mediodía, los hombres ya habían levantado barricadas cerca de la casa y del establo. Las habían colocado de forma que ofrecieran líneas de visión despejadas hacia la carretera y a través del campo abierto. Jed le asignó a Tom la vigilancia del acceso norte, mientras que Bill Morrison se encargó del sur. Sus hijos cubrirían el establo y el corral.

—Cada hombre debe conocer su posición —les dijo Jed—. Cuando lleguen los problemas, no habrá tiempo para pensar.

Eleanor lo observaba revisar cada rifle y contar cada caja de munición. Se movía con la eficiencia de alguien que ya había pasado por esto, alguien que sabía cómo prepararse para la guerra.

—Jed —dijo ella en voz baja cuando se quedaron solos—. Hay algo que tengo que decirte.

Él levantó la vista mientras limpiaba su rifle. —¿Qué pasa?

Eleanor fue al dormitorio y regresó con un fardo envuelto en hule. Lo posó sobre la mesa de la cocina y lo desenvolvió con

cuidado. Dentro estaban los libros de contabilidad de Benjamin y el testamento sin firmar que había desencadenado todos sus problemas.

—Mató por esto —dijo ella, con una voz que apenas superaba un susurro—. Si logramos sobrevivir a él, podemos destruirlo.

Jed dejó su rifle y cogió uno de los libros. Lo abrió y empezó a leer, y su expresión se volvía más sombría con cada página.

—Sobornos a funcionarios de aduanas —dijo él—. Pagos a estibadores. Manifiestos de carga que no coinciden con la mercancía.

—Sigue leyendo —dijo Eleanor.

Jed pasó más páginas, apretando la mandíbula. —Fraude de tierras. Escrituras falsificadas. Dinero que desaparece de una cuenta y aparece en otra bajo nombres distintos.

—Esos son solo los registros de los envíos —dijo Eleanor—. El otro libro contiene sus sobornos políticos. Jueces, senadores, incluso algunos alguaciles federales.

Jed la miró. —Esto no es solo cuestión de dinero. Esto es chantaje. Con estos documentos, Raines podría controlar a la mitad de los políticos de Boston.

—Y ahora él sabe que yo los tengo.

—No me extraña que esté dispuesto a perseguirte por todo el país. —Jed cerró el libro y miró a Eleanor con un respeto renovado —. No eres solo una testigo de sus crímenes. Tienes en tu poder las pruebas que podrían echar abajo toda su organización.

Eleanor asintió. —Por eso nunca dejará de cazarme. Mientras yo esté viva, él está en peligro.

—Entonces tenemos que asegurarnos de que estos documentos sobrevivan, aunque nosotros no lo hagamos.

—¿A qué te refieres?

Jed se quedó callado un momento, reflexionando. —Tengo un amigo en Cheyenne. Dan Holcomb. Antes era marshal de los Estados Unidos, pero ahora trabaja para el gobierno territorial. Es honrado y tiene contactos con las autoridades federales.

—¿El que me mencionaste? ¿Aquel a quien dijiste que le confiarías tu vida y la mía?

—Sí, ese mismo.

Eleanor sintió una chispa de esperanza. —¿Qué tienes pensado?

—Cabalgaré hasta Cheyenne esta noche y le daré copias de estos documentos. Si nos pasa algo, él se encargará de que lleguen a las personas adecuadas en Washington.

—¿Y si no nos pasa nada?

—Entonces tendremos las pruebas para encerrar a Raines para siempre.

Pasaron la tarde haciendo copias de las páginas más importantes. La caligrafía de Eleanor era pulcra y clara, mientras que la de Jed era rápida y eficiente. Trabajaron en silencio, ambos conscientes de la importancia de lo que estaban haciendo.

Cuando el sol empezó a ponerse, Jed se preparó para su viaje a Cheyenne. Ensilló a su caballo más veloz y guardó las copias de los documentos en una bolsa impermeable.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera? —preguntó Eleanor.

—Cabalgaré a buen ritmo y estaré de vuelta para el amanecer. Dan sabrá qué hacer con esto.

Eleanor sintió que el miedo le oprimía el pecho. —¿Y si Raines viene mientras no estás?

—Tom y los chicos de Morrison estarán aquí. Son buenos hombres y saben cómo defenderse.

—Eso no es lo que me preocupa.

Jed dejó de ajustar la silla y la miró. —¿Qué es lo que te preocupa?

—Me preocupa que cabalgues solo en la oscuridad. ¿Y si Raines tiene hombres vigilando los caminos? ¿Y si esto es exactamente lo que él quiere, que dejes el rancho?

Jed lo sopesó. —Puede que tengas razón. Pero estos documentos son demasiado importantes para guardarlos aquí. Si le pasa algo al rancho, tienen que sobrevivir.

Eleanor fue a la casa y regresó con su vieja maleta de viaje, la que había traído desde Boston. Pero ahora, en lugar de estar llena con todas sus pertenencias, contenía munición, comida y una pistola cargada.

—Estoy lista —dijo ella.

—¿Lista para qué?

—Para luchar. Para huir si es necesario. Para hacer lo que haga falta para proteger a nuestra familia.

Jed miró la maleta y luego el rostro decidido de Eleanor. —Esta no es la misma maleta que preparaste para escapar de Boston.

—No —convino Eleanor—. Esta vez no huyo de algo. Estoy luchando por algo.

—¿Y por qué estamos luchando?

Eleanor se llevó la mano al vientre. —Por él. Por nosotros. Por el derecho a vivir sin miedo.

Jed le tomó la cara entre las manos y le secó con los pulgares las lágrimas que ella ni siquiera sabía que estaba derramando. —Volveré a tu lado —dijo él—. Pero si no lo hago, lucha. Por ti. Por él.

Él guio la mano de ella hacia su vientre, y Eleanor sintió al bebé moverse bajo sus manos unidas. Este niño crecería libre, o ella moriría intentando que así fuera.

—Lucharé —prometió ella.

Jed le besó la frente y luego montó en su caballo. —Mantén la lámpara encendida —dijo él—. Estaré de vuelta antes de que te des cuenta.

Eleanor lo vio alejarse en la penumbra creciente, con el corazón encogido por la preocupación. Pero ya no era la misma mujer asustada que había huido de Boston meses atrás. Ahora era Eleanor Lassiter, y tenía algo por lo que valía la pena luchar.

Regresó a la casa y comprobó las cerraduras de todas las puertas. Cargó cada rifle y pistola que había en la vivienda y luego los colocó cerca de las ventanas. Si surgían problemas mientras Jed no estaba, ella estaría preparada.

Tom llamó a la puerta justo cuando caía la oscuridad total. —¿Señora Lassiter? ¿Está todo bien?

—Todo bien, Tom. Solo comprobaba las cerraduras.

—Los chicos y yo haremos turnos de guardia esta noche. No tiene que preocuparse por nada.

Eleanor sonrió ante su lealtad. —Gracias, Tom. Significa mucho.

Pero mientras se acomodaba en su silla junto al fuego, Eleanor sabía que preocuparse era exactamente lo que iba a hacer. Jed cabalgaba por tierras peligrosas con pruebas que podían destruir a Victor Raines. Si Raines tenía hombres vigilando los caminos, si sospechaba lo que estaban planeando...

Eleanor sacudió la cabeza. No podía pensar en eso ahora. Tenía que confiar en que Jed llegaría a Cheyenne sano y salvo, que encontraría a su amigo y que regresaría antes del amanecer.

Cogió su costura e intentó concentrarse en la mantita que estaba haciendo para el bebé. Pero las puntadas le salían desiguales y no dejaba de mirar hacia la ventana, esperando ver a Jed regresando por el camino. Fuera, oía a Tom y a los otros hombres hablar en voz baja mientras tomaban sus posiciones. El sonido era reconfortante, pero también le recordaba el peligro en el que todos se encontraban.

Victor Raines venía de camino. Quizás no esta noche, quizás no mañana, pero pronto. Y cuando llegara, ella estaría lista.

Eleanor dejó la costura y se acercó a la ventana. El paisaje se veía plateado bajo la luna, hermoso y pacífico. Costaba creer que, en algún lugar ahí fuera, un hombre estuviera planeando destruir todo lo que ella había construido. Pero ahora contaba con armas que no poseía en Boston. Tenía los libros de contabilidad que podían desenmascarar los crímenes de Raines. Tenía un marido que sabía luchar. Y tenía vecinos dispuestos a apoyarlos.

Y lo más importante: tenía algo por lo que valía la pena luchar.

Eleanor volvió a su silla y retomó la costura. Esta vez, sus puntadas eran rectas y firmes. Estaba haciendo una manta para su hijo, un hijo que crecería lejos de la sombra de Victor Raines.

El bebé se movió en su vientre y Eleanor sonrió. —Tu papá se ha ido para asegurarse de que estemos a salvo —susurró—. Volverá pronto, y entonces acabaremos con esto de una vez por todas.

Fuera, la noche estaba silenciosa, salvo por el sonido de los hombres que montaban guardia. Eleanor siguió cosiendo, siguió escuchando, siguió esperando que Jed regresara antes de que los problemas los encontraran.

Pero si los problemas llegaban primero, ella estaría lista. Era Eleanor Lassiter, y lucharía por su familia hasta el último aliento.

La lucha contra Victor Raines se estaba gestando. Pero, por primera vez desde que huyó de Boston, Eleanor sintió que realmente podría ganar.

CAPÍTULO 20



El salón de las afueras de Winding Rock era el lugar donde un hombre podía contratar casi cualquier cosa por el precio adecuado. Victor Raines estaba sentado a una mesa en un rincón; su carísimo abrigo parecía fuera de lugar entre la ruda clientela. Dos hombres se sentaban frente a él, con ojos fríos y calculadores.

—La mujer está en el rancho de Jed Lassiter —dijo Victor, manteniendo la voz baja—. A unos dieciséis kilómetros al este del pueblo.

El primer hombre se llamaba Briggs, un tipo flaco como un espantapájaros, de manos nerviosas y ojos pálidos. El segundo era Davis, corpulento como un toro, con cicatrices en los nudillos y reputación de violento.

—¿Cuál es el trabajo? —preguntó Briggs, dando un sorbo a su whisky.

—Recuperar a la mujer. Matad a cualquiera que se interponga.

Davis se inclinó hacia delante. —¿Qué es ella para ti?

—Tiene algo que me pertenece. Documentos que podrían causarme problemas considerables si cayeran en las manos equivocadas.

—¿Qué clase de problemas? —preguntó Briggs.

Victor sonrió con frialdad. —De los que terminan con una soga.

Los dos hombres intercambiaron miradas. Davis habló primero. —Eso costará más.

—Me lo imaginaba —Victor sacó una bolsa de cuero y la puso sobre la mesa—. La mitad ahora, la otra mitad cuando el trabajo esté hecho.

Briggs abrió la bolsa y contó las monedas de su interior. Se le abrieron los ojos de par en par. —Esto es más de lo que solemos ver.

—Porque este no es un trabajo habitual. El marido de la mujer es Jed Lassiter. No es solo un ranchero.

—¿A qué te refieres? —preguntó Davis.

—Fue marshal. Eso hace que esto sea personal.

Davis sonrió, mostrando dientes rotos. —Siempre he querido matar a un agente de la ley.

—No lo subestiméis —advirtió Victor—. Sobrevivió ocho años como marshal y más tiempo como cazarrecompensas. Sabe cómo pelear.

—Nosotros también —dijo Briggs, guardándose las monedas—. ¿Cuándo quieres que se haga?

—Esta noche. Salid después del anochecer y llegad al rancho al alba. La mujer viene con nosotros, y cualquiera que intente detenernos, muere.

—¿Y qué hay de los documentos? —preguntó Davis.

—Yo me encargaré de ellos en cuanto tengamos a la mujer. Ella me dirá dónde están.

Los tres hombres terminaron sus bebidas y abandonaron el salón por separado. Victor regresó a su habitación de hotel para prepararse, mientras Briggs y Davis reunían sus armas y caballos.

Al acercarse la medianoche, los tres jinetes se reunieron en el sendero que salía del pueblo. Había luna llena, que proyectaba una luz plateada sobre la pradera. Victor había cambiado su elegante abrigo por ropa oscura de montar, y llevaba una pistola al cinto.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó Briggs, revisando su rifle—. Atacar el rancho de un hombre por la noche es un asunto serio.

—Todo en este asunto es serio —respondió Victor—. Esa mujer tiene el poder de destruirme. No permitiré que eso ocurra.

Cabalgaron en silencio durante una hora, siguiendo el sendero que conducía al rancho de Jed. La mente de Victor iba a mil por hora con sus planes. Se llevaría a Eleanor de vuelta a Boston, la obligaría a revelar dónde había escondido los libros de contabilidad y luego se desharía de ella discretamente. El niño que llevaba en su vientre moriría con ella, eliminando cualquier cabo suelto. Pero mientras se adentraban en la pradera, Victor no podía quitarse de encima la sensación de que los estaban vigilando. El paisaje era abierto, con pocos lugares donde esconderse, pero algo no iba bien.

—¿Sientes eso? —preguntó Davis de repente.

—¿Sentir qué? —respondió Victor.

—Como si estuviéramos cabalgando hacia una trampa.

Briggs detuvo su caballo. —Quizá deberíamos dar la vuelta, planearlo mejor.

—No —dijo Victor con firmeza—. Estamos demasiado cerca para rendirnos ahora. Seguid cabalgando.

Apenas habían avanzado un kilómetro más cuando apareció una luz en la cresta que tenían encima. Un farol, ardiendo con fuerza contra el cielo nocturno.

—Eso es una señal —dijo Briggs, con la voz tensa de miedo.

—¿Una señal de qué? —preguntó Victor.

La respuesta llegó en forma de un disparo de rifle que resonó por toda la pradera. El caballo de Davis se encabritó y relinchó de dolor, con la sangre manando de su cuello. Davis cayó al suelo, maldiciendo y forcejeando por alcanzar su arma. El caballo recuperó el equilibrio y echó a correr en busca de refugio.

—¡Es Lassiter! —gritó Briggs, desenfundando su pistola—. ¡Está ahí arriba, en la cresta!

Sonaron más disparos, y los fogonazos iluminaron la oscuridad. El caballo de Victor se desplazó lateralmente y él luchó por controlarlo mientras sacaba su propia arma.

—¿Dónde está? —gritó Victor.

—¡Allí! —Davis señaló hacia un afloramiento rocoso donde aún ardía el farol—. ¡Detrás de esas rocas!

Los tres hombres devolvieron el fuego, y sus disparos resonaron por la tierra desierta. Pero su objetivo estaba bien posicionado, con buena cobertura y líneas de visión despejadas.

Otro disparo restalló, y Briggs dio un grito cuando su brazo izquierdo sufrió una sacudida. La sangre empapó su camisa y el rifle se le cayó de las manos.

—¡Me han dado! —jadeó.

—¡Buscad cobertura! —ordenó Victor, pero no había adónde ir. La pradera se extendía infinitamente a su alrededor, sin ofrecer refugio alguno.

Davis intentó cargar colina arriba hacia las rocas, pero una bala le alcanzó en el hombro y le hizo dar una vuelta sobre sí mismo. Soltó su arma y cayó de rodillas, agarrándose la herida.

—¡Esto es una locura! —gritó Briggs—. ¡Tenemos que salir de aquí!

Victor miró a sus matones a sueldo, ambos heridos e inútiles. El trabajo se estaba desmoronando, pero no podía rendirse ahora. Había demasiado en juego.

—¡Retirada! —ordenó—. Nos reagruparemos e intentaremos de nuevo.

Los tres hombres se retiraron, ayudándose mutuamente lo mejor que pudieron. La mente de Victor ardía de rabia y frustración. Jed Lassiter los había estado esperando, sabía que vendrían.

Cabalgaron a toda prisa durante un kilómetro antes de detenerse para curar sus heridas. El hombro de Davis sangraba profusamente y

el brazo de Briggs colgaba inútil a su costado.

—Necesitamos un médico —dijo Davis entre dientes.

—Nada de médicos —respondió Victor—. No podemos arriesgarnos a que hagan preguntas.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Briggs.

Victor pensó con rapidez. —Volvemos al pueblo. Buscaré a otros hombres, hombres mejores. Esto no ha acabado.

Pero mientras se disponían a marcharse, oyeron cascos de caballo tras ellos. Se acercaba un jinete solitario, moviéndose rápido bajo la luz de la luna.

—Es él —susurró Davis—. Lassiter viene a por nosotros.

Victor desenfundó su pistola, pero el jinete ya estaba demasiado cerca. Jed Lassiter surgió de la oscuridad como un ángel vengador, con su rifle apuntando a los tres hombres.

—Tirad las armas —ordenó Jed.

Briggs soltó inmediatamente su pistola. Davis, aún agarrándose el hombro herido, hizo lo mismo. Pero Victor mantuvo su arma, con el dedo apretado contra el gatillo.

—Estás cometiendo un error, Lassiter —dijo Victor—. Soy un agente federal. Atacarme es un delito.

La risa de Jed fue fría y dura. —Eres Victor Raines, de Boston. Se te busca por fraude, malversación y asesinato. Tu placa es tan falsa como tu nombre.

—Pruébalo.

—No tengo que probar nada. Aquí fuera, la ley soy yo.

La mente de Victor trabajaba febrilmente. Aún tenía su pistola y Jed estaba a tiro. Si tan solo pudiera realizar un buen disparo...

Pero Jed pareció leerle el pensamiento. —Ni lo intentes, Raines. No eres lo bastante rápido.

—Ya lo veremos.

Victor levantó su pistola, pero el rifle de Jed restalló antes de que pudiera disparar. La bala alcanzó a Victor en la muñeca y su arma salió volando. Gritó y se agarró la mano ensangrentada.

—La próxima va entre los ojos —dijo Jed con calma.

Victor miró al hombre que le había costado todo. Jed Lassiter permanecía sobre su caballo como una estatua, con el rifle firme y los ojos fríos como el invierno.

—Esto no ha terminado —gruñó Victor.

—Sí, sí que ha terminado —respondió Jed—. Solo que aún no lo sabes.

Jed desmontó y caminó hacia donde Davis yacía sangrando. Se arrodilló junto al hombre herido y le presionó la frente con el cañón del rifle.

—Tu jefe te contrató para matar a mi mujer —dijo Jed en voz baja—. Dame una sola razón por la que no deba meterte una bala en el cerebro ahora mismo.

Los ojos de Davis estaban muy abiertos por el miedo. —Yo... solo estaba haciendo un trabajo. No es nada personal.

—Mi mujer es algo muy personal para mí.

—Por favor, señor. Tengo una familia en el este. Hijos.

Jed estudió el rostro del hombre y luego retiró el rifle. —Dime qué está planeando Raines.

—Va a volver —jadeó Davis—. Y no vendrá solo. Dice que te llevaste lo que es suyo. Lo quemará todo hasta los cimientos.

—¿Cuándo?

—Pronto. Tiene dinero, contactos. Contratará a más hombres, hombres mejores. No parará hasta conseguir lo que quiere.

Jed miró a Victor, que seguía agarrándose la muñeca herida. —¿Qué es lo que quieres, Raines?

—Ya sabes lo que quiero. A la mujer y los documentos que robó.

—Ella no robó nada. Puso a salvo las pruebas de tus crímenes.

—Esos documentos me pertenecen.

—Ya no.

JED SE PUSO en pie y volvió hacia su caballo. —Davis, tú y tu amigo marchaos de Wyoming. Si vuelvo a veros, os mataré a los dos.

Los dos hombres heridos se pusieron en pie con dificultad y empezaron a caminar hacia el pueblo, apoyándose el uno en el otro. Victor los vio marcharse y luego se volvió de nuevo hacia Jed.

—¿Y qué hay de mí?

—Vas a cabalgar de vuelta al pueblo y harás las maletas. Luego te irás de Wyoming y no volverás jamás.

—¿Y si me niego?

La sonrisa de Jed fue fría como la muerte. —Entonces te mataré aquí mismo y le ahorraré el trabajo a todo el mundo.

Victor miró a los ojos de Jed y vio reflejada en ellos su propia muerte. Este ya no era el juego al que estaba acostumbrado a jugar en los despachos de Boston. Esto era la frontera, donde los hombres resolvían sus disputas con armas y enterraban los resultados en tumbas sin nombre.

—Esto no ha terminado, Lassiter —dijo de nuevo.

—Sí, lo ha hecho —repitió Jed—. Solo que aún no has descubierto cómo.

VICTOR MONTÓ en su caballo y se alejó, con la muñeca herida palpitándole a cada paso. Detrás de él, Jed Lassiter observó hasta que desapareció en la oscuridad. Pero la mente de Victor ya estaba trabajando en un nuevo plan. Volvería al pueblo, contrataría a más hombres y regresaría con un ejército si era necesario. Eleanor Bell le había costado todo, y él se lo haría pagar.

JED CABALGÓ de vuelta hacia su rancho mientras las primeras luces del alba empezaban a tocar el cielo oriental. La batalla había terminado, pero la guerra no había hecho más que empezar.

EN EL RANCHO, Eleanor esperaba junto a la ventana, vigilando el camino. Cuando vio que Jed se acercaba, salió corriendo a su encuentro.

—¿Estás herido? —preguntó, buscándole heridas en el rostro.

—Estoy bien —dijo él, desmontando y estrechándola entre sus brazos—. Pero Raines escapó.

—¿Qué significa eso?

Jed la miró a los ojos, viendo el miedo pero también la fortaleza que había en ellos. —Significa que va a volver. Y la próxima vez, no vendrá solo.

Eleanor asintió, con la mandíbula apretada con determinación. —Entonces estaremos preparados para recibirle.

—¿Estás segura? Aún podríamos huir, desaparecer en algún lugar donde nunca nos encuentre.

—Se acabó huir —dijo Eleanor con firmeza—. Este es nuestro hogar, nuestra vida. Es hora de luchar por todo ello.

Jed sonrió, con el orgullo brillando en sus ojos. —Entonces lucharemos.

La mantuvo cerca mientras el sol salía sobre la pradera de Wyoming, sabiendo ambos que la batalla más dura aún estaba por llegar. Pero la afrontarían juntos, como marido y mujer, como compañeros en una guerra que determinaría el resto de sus vidas.

Victor Raines pensaba que podía arrebatárselo todo. Pero Eleanor Bell ya no era la viuda asustada que había huido de Boston. Ahora era Eleanor Lassiter, y defendería a su familia con todo lo que tenía.

Se avecinaba la tormenta, pero estarían listos.

Era hora de terminar con esto de una vez por todas.

CAPÍTULO 21



El amanecer tras el tiroteo no trajo la paz al rancho de los Lassiter. Jed apenas había pegado ojo, y Eleanor podía ver en su mirada el peso de lo que se avecinaba. Victor Raines regresaría, y esta vez traería consigo un ejército.

—Tenemos que estar preparados —dijo Jed mientras compartían un café en la mesa de la cocina—. No cometerá el mismo error dos veces.

Eleanor asintió con la cabeza, con la mano apoyada en su vientre. El bebé había estado inquieto toda la noche, como si presintiera la tensión que flotaba en el aire. —¿Qué hacemos?

—Convertiremos este lugar en una fortaleza.

A media mañana, Tom había regresado del pueblo con noticias. —Se corre la voz de que Raines está contratando a todo pistolero que encuentra. Ofrece buen dinero a cualquiera que esté dispuesto a cabalgar contra vosotros.

A Jed se le tensó la mandíbula. —¿A cuántos hombres?

—Al menos seis, puede que más. Y no son vagabundos acabados como los dos primeros. Estos son profesionales.

Eleanor sintió que el miedo le subía por la garganta, pero lo reprimió. —Entonces nosotros también buscaremos ayuda.

—¿Qué clase de ayuda? —preguntó Jed.

—Nuestros vecinos. La gente que vive aquí, que tiene familias y tierras que proteger. Victor Raines ya no viene solo a por mí. Está trayendo la violencia a su territorio.

Jed la miró con sorpresa y respeto. —Tienes razón. Esto nos afecta a todos.

Pasaron la mañana fortificando el rancho. Jed y Tom tendieron cables entre los postes de las vallas para crear obstáculos a los jinetes atacantes. Movieron balas de paja para crear coberturas adicionales cerca del establo y de la casa. Eleanor ayudó a preparar la munición, limpiando rifles y contando balas.

—Quiero hacer algo más que simplemente esconderme —dijo Eleanor mientras cargaba cartuchos en una canana—. No vine al Oeste para que me resguardaran como si fuera una flor delicada.

—Llevas a nuestro hijo —le recordó Jed.

—Y por eso mismo tengo que luchar. No vine al Oeste para esconderme. Vine a luchar.

Jed escudriñó su rostro, viendo en él la determinación. —¿Sabes disparar bien?

—Benjamin me enseñó. No estoy desvalida.

—Entonces ocuparás tu posición en el altillo de la cabaña. Tienes buena vista del camino, una cobertura sólida y está lo bastante cerca de la casa por si tienes que retirarte.

Eleanor sintió una oleada de orgullo. Jed no la estaba tratando como a una víctima o un estorbo. La estaba tratando como a una compañera.

Alrededor del mediodía, empezaron a llegar jinetes. Primero apareció Bill Morrison con sus dos hijos, con los rifles al hombro sobre las sillas de montar. Luego llegó Jake Patterson del rancho del sur, seguido por el viejo Pete Daniels y su sobrino.

—Me he enterado de que se os avecinan problemas —dijo Morrison al desmontar—. He pensado que os vendría bien algo de ayuda.

—Esta no es vuestra lucha —respondió Jed.

—¡Y una porra! Un hombre no puede traer pistoleros a sueldo a nuestro territorio y esperar que nos quedemos de brazos cruzados mirando. Todos tenemos familias que proteger.

Al llegar la tarde, ocho hombres se habían reunido en el rancho. Eran rancheros y granjeros, no pistoleros profesionales, pero conocían la tierra y sabían disparar. Y lo que era más importante, estaban dispuestos a plantar cara junto a Jed y Eleanor.

—Raines vendrá por el este —explicó Jed, señalando un tosco mapa extendido sobre la mesa de la cocina—. Es la ruta más directa desde el pueblo. Tom, tú y los chicos de Morrison tomad posiciones a lo largo de la cresta. Jake, tú y Pete cubrid el acceso sur, cerca del arroyo.

—¿Y tú? —preguntó Morrison.

—Estaré en el establo con Eleanor, cubriendo desde el altillo. Si logran pasar las posiciones exteriores, tendrán que pasar por encima de nosotros.

Cuando el sol empezó a hundirse hacia el horizonte occidental, Eleanor subió la escalera de mano hacia el altillo de la cabaña. Se colocó en la pequeña ventana que daba al camino, con el rifle cargado y listo. Desde allí, podía ver todo el acceso al rancho.

Los demás hombres ocuparon sus posiciones por toda la propiedad. Jed se movía entre ellos, revisando sus armas y dando las últimas instrucciones. Eleanor lo observaba con orgullo y preocupación. Este era el hombre que solía ser, el marshal que había seguido el rastro de peligrosos criminales por tierras peligrosas.

El viento empezó a arreciar y Eleanor notó que las nubes se acumulaban en el horizonte. Nubes oscuras y altísimas que presagiaban una tormenta seria. Los truenos retumbaron a lo lejos, como el sonido de cañones acercándose.

—Hasta el tiempo sabe lo que se avecina —murmuró para sí misma.

Abajo, podía ver a Jed haciendo los preparativos finales. Comprobó su rifle una última vez y luego miró hacia la ventana del altillo. Sus miradas se cruzaron y él asintió una vez. Pasara lo que pasara a continuación, estaban preparados.

Las nubes de tormenta continuaron amontonándose, elevándose como humo por todo el horizonte. El viento arreció, doblando la hierba de la pradera y haciendo vibrar las ventanas. La propia naturaleza parecía hacerse eco de la violencia que estaba a punto de desatarse sobre el rancho.

Eleanor se puso la mano en el vientre, sintiendo al bebé moverse. —Aguanta, pequeño —susurró—. Vamos a salir de esta.

Mientras el crepúsculo se asentaba sobre la pradera, Eleanor los vio llegar. Cinco jinetes recortados contra el cielo tormentoso, cabalgando a toda prisa hacia el rancho. Victor Raines iba en cabeza; su caro abrigo había sido sustituido por ropas oscuras de montar y una canana.

—¡Ya vienen! —gritó Eleanor.

Los jinetes se detuvieron justo al límite del alcance de los rifles, apenas visibles en la oscuridad creciente. La voz de Victor llegó a través de la distancia, fría y dominante.

—¡Eleanor Bell! ¡Sé que estás ahí dentro! ¡Sal ahora y nadie más tendrá que morir!

Jed salió del establo con el rifle listo. —¡No se irá a ninguna parte contigo, Raines!

—¡Es tu última oportunidad, Lassiter! ¡Mándala fuera y te dejaré vivir!

—¡Vete al infierno!

Victor se rió, un sonido que recordaba al de cristales rotos. —Tú lo has querido, entonces. Muchachos, tomad el rancho. Matad a cualquiera que se interponga en vuestro camino. Pero quiero a la mujer viva.

Eleanor sentía el corazón acelerado, pero sus manos estaban firmes sobre el rifle. Se había estado preparando para este momento durante meses, desde que huyó de Boston. Todo lo ocurrido desde entonces la había conducido a este enfrentamiento.

Los jinetes se desplegaron, preparándose para atacar desde múltiples direcciones. Eleanor pudo ver fogonazos a lo largo de la cresta donde estaban apostados Tom y los chicos de Morrison. La batalla estaba a punto de comenzar.

Victor levantó la mano y Eleanor supo que estaba a punto de dar la señal de ataque. Tenía un tiro limpio contra él, podía acabar con todo el asunto ahora mismo. Pero justo cuando apuntaba a través de la mira del rifle, Victor espoleó a su caballo y se movió fuera de alcance.

—¿Quiere jugar? —masculló ella—. Pues juguemos.

Desvió la puntería hacia el caballo de Victor y apretó el gatillo. El disparo resonó por la pradera y la montura de Victor se encabritó y relinchó. La bala pasó rozando su bota, pero envió un mensaje claro. Eleanor Bell no era la víctima desvalida que recordaba de Boston.

—¡Esa es mi mujer! —gritó Jed con fiero orgullo.

Un rayo cruzó el cielo y la tormenta finalmente estalló. La lluvia empezó a caer en gotas pesadas y el viento aullaba alrededor de los edificios del rancho. La batalla estaba a punto de comenzar bajo una tormenta que incendiaría la llanura con ruido y furia.

Eleanor recargó su rifle y se dispuso para la lucha de su vida. Victor Raines había venido a destruir todo lo que ella había construido, pero ella no se rendiría sin pelear.

Los primeros disparos sonaron cuando los pistoleros a sueldo cargaron contra el rancho. Eleanor disparó de nuevo, viendo cómo uno de los atacantes se sacudía en su silla. Por toda la propiedad, los rancheros defensores abrieron fuego, y los fogonazos iluminaron el paisaje oscurecido por la tormenta.

Victor Raines había traído la guerra a la pradera de Wyoming. Pero Eleanor y Jed estaban listos para él. Habían convertido su rancho en una fortaleza, habían reunido a sus vecinos como aliados y se habían preparado para luchar por la vida que habían construido juntos.

La tormenta arreciaba sobre sus cabezas, y los rayos iluminaban el campo de batalla con destellos crudos y violentos. La lluvia caía a cántaros, convirtiendo el suelo en barro y haciendo que cada disparo fuera un desafío. Pero Eleanor mantuvo su posición en el altillo; su rifle hablaba una y otra vez mientras defendía su hogar.

Este encuentro lo decidiría todo. O Victor Raines los destruiría a todos, o ellos acabarían con su reinado de terror para siempre.

Eleanor montó otro cartucho en la recámara y apuntó. Su futuro se decidiría aquí y ahora.

CAPÍTULO 22

La tormenta estalló con una violencia que estaba a la altura de la batalla que se libraba en el rancho. La lluvia caía a cántaros y los relámpagos cruzaban el cielo como disparos de cañón. Eleanor se agazapó en el desván de la cabaña, con el rifle firme a pesar del caos que la rodeaba.

Uno de los sicarios de Raines intentaba rodear la casa, usando la tormenta como cobertura. Eleanor lo rastreó a través de la lluvia, esperando su oportunidad. Cuando otro relámpago cruzó el cielo, lo vio claramente por un instante.

Apretó el gatillo.

El hombre se sacudió y tropezó, sujetándose el hombro. Soltó el rifle y se escabulló tras un abrevadero, con la sangre chorreándole por el brazo. Eleanor lo había herido, pero seguía siendo peligroso.

—¡Buen disparo! —gritó Jed desde el establo.

Eleanor recargó rápidamente, con las manos firmes a pesar de los truenos que estallaban sobre su cabeza. Estaba defendiendo su hogar, su familia y su futuro; ya no era la mujer que había sido en Boston.

Abajo, Jed se movía como un hombre completamente distinto. El ranchero tranquilo había desaparecido, reemplazado por el marshal que solía ser. Su antiguo entrenamiento se había despertado y se movía con una precisión letal a través de la tormenta.

Eleanor lo observó ponerse a cubierto tras el poste de una valla mientras otro pistolero intentaba llegar al corral. El atacante disparó dos veces y sus balas astillaron la madera cerca de la cabeza de Jed. Pero Jed ya se estaba moviendo, rodando hacia una nueva cobertura y levantándose con el rifle listo. Su disparo resonó por todo el rancho; el pistolero cerca del corral soltó su arma y cayó. No volvió a levantarse.

—¡Uno menos! —gritó Tom desde su posición en la cresta.

El tiroteo era caótico, pero Eleanor veía que estaban ganando. Los sicarios habían esperado arrollar a un simple ranchero y a su familia. En su lugar, se habían topado con un antiguo marshal, una mujer decidida y un grupo de vecinos que sabían cómo pelear.

Un trueno retumbó en las alturas y Eleanor vio a otro hombre que intentaba llegar al establo. Este se movía con cuidado, usando la tormenta y las sombras para ocultar su avance. Eleanor lo siguió con su rifle, esperando a tener un tiro limpio. Un relámpago iluminó el lugar y le vio la cara con claridad. Era uno de los profesionales que Raines había contratado, un hombre de mirada fría y cicatrices en el rostro. Estaba casi en la puerta del establo.

Eleanor disparó, pero la lluvia hizo que el tiro se desviara. La bala golpeó la pared del establo a escasos centímetros de la cabeza del hombre. Él se dio la vuelta rápidamente, buscando el origen del disparo, y Eleanor se agachó bajo la ventana.

—¡En el desván! —gritó el hombre—. ¡Hay alguien en el desván!

Levantó su rifle hacia la posición de Eleanor justo cuando Jed apareció por la puerta lateral del establo. El pistolero tuvo que elegir entre dos blancos y, en ese momento de vacilación, Jed atacó.

La respuesta fue brutal y rápida. El pistolero era hábil, pero Jed era más rápido. Eleanor vio a su marido moverse como un hombre nacido para la violencia, recuperando todos sus años persiguiendo a hombres peligrosos. Cuando todo terminó, el pistolero yacía inmóvil en el barro y Jed caminaba hacia la casa, comprobando si había otras amenazas.

—¿Estás herido? —preguntó Eleanor a gritos.

—Estoy bien —respondió Jed—. Quédate abajo y sigue disparando.

En los alrededores del rancho, la batalla continuaba. Tom y los chicos Morrison mantenían su posición en la cresta, abatiendo a cualquiera que intentara acercarse desde el norte. Jake Patterson y Pete Daniels tenían cubierto el sur, y sus rifles hablaban con paso firme a través de la tormenta. Pero Eleanor veía que los hombres de Raines se batían en retirada. Habían perdido al menos a tres hombres, y el resto estaba descubriendo que aquel no era un blanco fácil. No eran colonos indefensos. Eran personas que sabían luchar.

—¡Retiraos! —oyó gritar a alguien—. ¡No merece la pena arriesgar la vida!

Dos de los sicarios restantes salieron de su cobertura y corrieron hacia sus caballos. El rifle de Tom restalló desde la cresta y uno de ellos tropezó y cayó. El otro siguió corriendo hasta desaparecer en la tormenta.

Eleanor barrió el terreno con su rifle buscando más objetivos. Pero el ataque parecía estarse desmoronando. Los pistoleros profesionales estaban descubriendo que Victor Raines no les había pagado lo suficiente como para morir por su obsesión.

—¡Tom! —llamó Jed—. ¿Ves a Raines?

—¡Se dirige al establo! —gritó Tom—. ¡Solo!

A Eleanor se le encogió el corazón de miedo. Victor Raines seguía fuera, seguía siendo peligroso. Y ahora se dirigía hacia el establo

donde estaba Jed.

Observó a través de la lluvia cómo una figura con un abrigo oscuro se movía entre los edificios. Era Raines, y llevaba un rifle. Ahora parecía desesperado, como un hombre que lo ha perdido todo y no tiene nada que perder. Eleanor intentó tener un tiro limpio, pero la tormenta y la oscuridad se lo impidieron. Observó impotente cómo Raines llegaba al establo y se escabullía por una puerta lateral.

—¡Jed! —gritó—. ¡Está en el establo!

Pero su advertencia se perdió entre los truenos. Eleanor bajó del desván con el rifle en las manos. No podía quedarse escondida mientras Jed se enfrentaba a Raines a solas.

Corrió bajo la lluvia hacia el establo, con las botas resbalando en el barro. Detrás de ella, oía cómo terminaban los últimos coletazos del tiroteo. Los sicarios estaban acabados, muertos o huidos en la noche. Pero el hombre más peligroso seguía vivo, seguía cazando.

Eleanor llegó al establo y se pegó a la pared, escuchando. Dentro, oía voces alzadas con ira. Jed y Victor Raines estaban frente a frente por fin.

—Se acabó, Raines —decía Jed—. Tus hombres han muerto o se han largado. Ríndete ahora y quizá vivas para llegar a juicio.

—¿Crees que esto se ha acabado? —la voz de Raines era aguda de pura rabia—. Me lo has quitado todo. Mi negocio, mi reputación, mi futuro. Os veré muertos a los dos antes de rendirme.

—Eso te lo hiciste tú mismo cuando mataste a Benjamin Bell. Eleanor no robó nada. Ella salvó las pruebas de tus crímenes.

—¡Esos documentos me pertenecen!

—Ya no.

Eleanor se acercó sigilosamente a la puerta del establo, con el corazón dándole vueltas. Ahora los veía: dos hombres enfrentados en el espacio cubierto de heno. Jed mantenía su rifle firme, mientras que Raines empuñaba una pistola con dedos desesperados.

—Ella es mía —dijo Raines—. Me pertenece. Cuando su marido murió, pasó a ser de mi propiedad.

—No es propiedad. Es una mujer libre y ha elegido su propia vida.

—¿Contigo? ¿Un agente de la ley acabado escondido en un rancho de mala muerte? Podría haber tenido riqueza, posición, todo lo que una mujer desearía.

—Ella quería libertad. Algo que tú nunca has entendido.

Eleanor vio cómo la mano de Raines se tensaba sobre su pistola. Iba a disparar y Jed estaba demasiado lejos para detenerlo. Sin pensarlo, Eleanor entró en el establo.

—Victor —dijo en voz baja.

Ambos hombres se giraron hacia ella. Los ojos de Raines se agrandaron con sorpresa y triunfo.

—Eleanor. Por fin. Ven aquí y podremos terminar con esto.

—No iré a ninguna parte contigo.

—No tienes elección. Nunca la tuviste.

Raines giró su pistola hacia ella, pero Jed ya se estaba moviendo. Los dos hombres chocaron en el centro del establo, olvidando sus armas mientras peleaban cuerpo a cuerpo.

Eleanor nunca había visto nada igual. Jed luchaba con la violencia controlada de un hombre que había pasado años persiguiendo asesinos. Pero Raines estaba desesperado, y la desesperación lo hacía peligroso.

Se estrellaron contra un cubículo, astillando los tablones de madera. Raines le rodeó la garganta con las manos, pero Jed le propinó un rodillazo en el estómago y se soltó.

—Deberías habernos dejado en paz —dijo Jed, con una voz mortalmente calmada.

—Jamás —jadeó Raines—. Os mataré a los dos.

Se lanzó a por su pistola caída, pero Jed fue más rápido. Agarró a Raines por la solapa y lo lanzó contra una viga de soporte. El

impacto le sacó el aire de los pulmones y cayó desplomado contra el poste.

Jed recogió su rifle y apuntó a la cabeza de Raines.

—Se acabó —dijo—. Responderás ante la ley. No vas a escapar.

Raines lo miró, con su ropa cara desgarrada y embarrada, y el rostro ensangrentado por la pelea. Pero sus ojos seguían ardiendo de rabia.

—¿La ley? ¿Crees que la ley me tocará? Tengo contactos, influencia. Estaré libre en un mes.

—Esta vez no. Tenemos los libros de contabilidad, ¿recuerdas? Cada crimen que cometiste, cada soborno que pagaste, cada vida que destruiste. Todo está escrito de tu puño y letra.

Por primera vez, Eleanor vio miedo real en los ojos de Victor Raines. Estaba empezando a comprender que su dinero y su influencia podrían no salvarlo esta vez.

—No podéis probar nada —dijo desesperadamente.

—Podemos probarlo todo. Y Eleanor testificará sobre lo que vio en Boston. Cómo mataste a su marido, cómo la amenazaste, cómo la perseguiste por todo el país por tus propios motivos egoístas.

Raines miró a Eleanor y ella vio el momento en que él finalmente lo comprendió. Había perdido. Su obsesión por controlarla lo había destruido.

—Trae algo de cuerda —le dijo Jed a Eleanor—. Vamos a llevarlo al pueblo.

Eleanor encontró un rollo de cuerda colgado en la pared del establo. Observó cómo Jed ataba las manos de Raines a la espalda, asegurándose de que los nudos estuvieran firmes.

—Nunca estaréis a salvo —dijo Raines mientras la cuerda se tensaba—. Aunque me encierren, tengo socios. Vendrán a por vosotros.

—Que vengan —replicó Jed—. Estaremos listos.

Mientras el amanecer despuntaba sobre el rancho, Eleanor observó a Jed subir a Victor Raines a un carromato.

Tom y Bill Morrison cabalgarían con él hasta el pueblo, asegurándose de que llegara a la cárcel sano y salvo.

Eleanor se quedó en el umbral del establo, aún con el rifle en las manos. Tenía los nudillos raspados y ensangrentados por la pelea, pero estaba viva. Más que eso, era libre.

Victor Raines estaba acabado. El hombre que había matado a su marido, que la había perseguido por todo el país, que había amenazado a su hijo nonato, había sido finalmente derrotado.

Jed se acercó a ella, con el rostro serio pero satisfecho.

—Se ha acabado —dijo.

—¿De verdad? ¿Y si dice la verdad sobre sus socios?

—Entonces nos ocuparemos de ellos cuando vengan. Pero por ahora, estás a salvo. Estamos a salvo.

Eleanor se apoyó en él, sintiendo el peso del agotamiento y el alivio. La tormenta estaba pasando y la primera luz del alba teñía el cielo de rosa y oro.

—Pensé que te iba a perder —dijo ella.

—Jamás. Te dije que te protegería, y lo decía en serio.

Eleanor observó el carromato desaparecer por el camino, llevando a Victor Raines hacia la justicia. Se puso la mano en el vientre, sintiendo al bebé moverse. Este niño crecería libre, sin la sombra del miedo que la había perseguido durante tanto tiempo.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó ella.

—Ahora reconstruiremos. Volveremos a ser una familia. Esperaremos a que nazca nuestro hijo y viviremos la vida que elegimos.

Eleanor sonrió, sintiéndose verdaderamente feliz por primera vez en meses. La lucha había terminado y ellos eran los vencedores. Victor Raines se enfrentaría a la justicia por sus crímenes y ella nunca tendría que volver a huir.

Era Eleanor Lassiter, esposa de un ranchero de Wyoming, y por fin estaba en casa.

CAPÍTULO 23



Tres días después de la batalla en el rancho, Jed entró en Cheyenne a caballo con Victor Raines firmemente atado en la parte trasera de un carro. Tom y Bill Morrison lo flanqueaban con sus rifles listos, por si a Raines le quedaba algún aliado esperando en la ciudad.

La capital del territorio era más grande que Winding Rock, con calles anchas y edificios sólidos que hablaban de ley y orden. Jed guio el carro directamente hacia el edificio federal, donde ya había avisado de que iba en camino.

Dan Holcomb estaba esperando en la escalinata, con su placa de marshal brillando bajo el sol de la mañana. Estaba más viejo que la última vez que Jed lo había visto, con las sienes plateadas, pero sus ojos seguían siendo perspicaces y honestos.

—Jed Lassiter —dijo Dan, tendiéndole la mano—. Ha pasado mucho tiempo.

—Dan. Gracias por recibirnos.

Dan miró al hombre atado en el carro. —¿Este es Victor Raines?

—El mismo. Y traigo todo lo necesario para encerrarlo de por vida.

Jed sacó las copias de los libros de contabilidad que Eleanor había hecho, envueltas en tela aceitada para protegerlas de la intemperie. Dan las examinó con cuidado y su expresión se volvió sombría a medida que leía.

—Son cargos graves —dijo finalmente—. Fraude, malversación, soborno. Si todo esto es cierto, se enfrenta a décadas de cárcel.

—Todo es cierto. Mi mujer puede testificar sobre cómo encontró estos documentos y lo que Raines le hizo a su marido.

—¿Tu mujer es Eleanor Bell?

—Ahora es Eleanor Lassiter. Se casó conmigo para escapar de este hombre, pero él la persiguió de todos modos. Casi nos mata a los dos intentando recuperar estos papeles.

Dan asintió. —Me aseguraré de que esté bien custodiado mientras preparamos el caso. Con cargos federales como estos, no irá a ninguna parte.

Trasladaron a Raines a la cárcel federal, donde permanecería recluido hasta el juicio. El hombre que había aterrorizado a Eleanor durante meses estaba por fin entre rejas, con sus amenazas silenciadas por el hierro y la piedra.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Jed.

—Ahora nos pondremos en contacto con las autoridades de Boston. Si estos documentos son auténticos, habrá una investigación completa. Es probable que se pida a tu mujer que testifique, pero estará protegida en todo momento.

Jed sintió que se le quitaba un peso de encima. Eleanor estaría a salvo ahora, libre para vivir su vida sin miedo. Su hijo crecería en un mundo donde Victor Raines nunca más podría amenazarlos.

—Gracias, Dan. Te debo una.

—No me debes nada. Para esto está la ley. Para proteger a personas como tu mujer de gente como él.

El viaje de vuelta al rancho les llevó casi todo el día. Jed estaba cansado, pero era un cansancio de los buenos. El tipo de cansancio que sigue a un trabajo bien hecho, a un deber cumplido.

Cuando llegó al rancho, Eleanor lo estaba esperando en el porche. Tenía mucho mejor aspecto que en las últimas semanas; la tensión constante del miedo se había desvanecido por fin de su rostro.

—¿Se ha terminado? —preguntó ella mientras él desmontaba.

—Se ha terminado. Está en la cárcel y no va a salir.

Eleanor cerró los ojos y respiró hondo. —Casi no me lo puedo creer. Después de todos estos meses huyendo, escondiéndome, teniendo miedo...

—Ya nunca más tendrás que tenerle miedo.

Dos días después, Lorna Hatch llegó al rancho en su traqueteante carro. Se había enterado de la batalla y quería ver cómo estaban Eleanor y el bebé.

—Parece que has pasado por una guerra —dijo, examinando los cortes y moratones de las manos de Eleanor.

—He pasado por una guerra. Pero he ganado.

Lorna sonrió. —Ya lo veo. Eres más fuerte que cuando te conocí. —Examinó a Eleanor con cuidado, comprobando la posición del bebé y escuchando sus latidos—. Todo tiene buena pinta. El bebé está fuerte y sano, saldrá de cuentas en unas pocas semanas.

—¿Habrán hecho daño al bebé las peleas?

—En absoluto. Este pequeño es resistente, igual que su madre.

Después de que Lorna se marchara, Eleanor se sentó en el porche y vio cómo el sol se ponía sobre la pradera. La tierra parecía ahora en paz, como si la violencia de las últimas semanas nunca hubiera ocurrido. Pero sabía que nunca olvidaría lo que había pasado allí, ni lo cerca que había estado de perderlo todo.

Quince días después llegó una carta de Boston. Eleanor reconoció el sello oficial de la fiscalía del estado de Massachusetts.

Le temblaron las manos al abrirla.

La carta era formal pero respetuosa. Las autoridades de Boston habían revisado los documentos que Jed había proporcionado y estaban preparadas para presentar cargos contra Victor Raines por el asesinato de Benjamin Bell y otros numerosos delitos.

Solicitaban el testimonio de Eleanor para completar el caso. Sería llamada como testigo, pero le aseguraron que estaría protegida y que se la trataría con respeto.

Eleanor leyó la carta dos veces y luego se la tendió a Jed.

—Quieren que testifique.

—¿Lo harás?

Eleanor pensó en Benjamin, en la vida que había intentado construir antes de que Victor Raines la destruyera. Pensó en todas las otras personas a las que Raines había hecho daño, en todas las vidas que había arruinado en su búsqueda de riqueza y poder.

—Sí —dijo con firmeza—. Es hora de acabar con esto como es debido.

Dos semanas más tarde, Eleanor y Jed viajaron juntos a Cheyenne. Eleanor vestía su mejor vestido y se comportaba con una dignidad serena. El edificio federal imponía respeto, con sus suelos de mármol y sus funcionarios de rostro serio. Pero Eleanor lo recorrió con la cabeza alta, con la presencia tranquilizadora de Jed a su lado.

El investigador era un hombre de mediana edad llamado Patterson, de ojos amables y modales pacientes. Escuchó atentamente mientras Eleanor contaba su historia, tomando notas y haciendo preguntas con suavidad.

—Señora Lassiter, ¿dice que encontró estos libros de contabilidad en el escritorio de su marido tras su muerte?

—Sí, señor. Estaban escondidos en un compartimento secreto. No creo que Benjamin quisiera que Victor los encontrara.

—¿Y cree usted que Victor Raines mató a su marido para evitar que estos documentos fueran descubiertos?

—Sé que lo hizo. Benjamin estaba sano y fuerte, y de repente murió. Victor tomó el control de todo inmediatamente, como si lo hubiera estado planeando.

Patterson asintió. —Estos documentos muestran un patrón de comportamiento criminal que abarca varios años. Fraude, malversación, soborno. Su testimonio será crucial para demostrar que el señor Raines estaba dispuesto a matar para proteger estos secretos.

Eleanor respondió a cada pregunta con honestidad y detalle. Les habló de la carta de amenaza, del allanamiento de su casa, de la forma en que Victor le había tocado el vientre y proferido amenazas sobre su hijo aún no nacido.

—Ha demostrado un valor extraordinario al conservar estos documentos —dijo Patterson cuando ella terminó—. Sin sus acciones, Victor Raines habría continuado con sus actividades criminales indefinidamente.

—Solo quería proteger a mi hijo —dijo Eleanor—. Quería asegurarme de que nunca pudiera volver a hacer daño a nadie.

—Bueno, lo ha logrado. Con su testimonio y estos documentos, tenemos más que suficiente para condenarlo por múltiples cargos. Pasará el resto de su vida en prisión.

Después de la entrevista, Eleanor y Jed salieron juntos del edificio federal. El sol brillaba y el aire era puro y fresco. Eleanor se sentía más ligera de lo que se había sentido en meses, como si se le hubiera quitado un gran peso de encima.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Jed.

—Libre —dijo Eleanor simplemente—. Por primera vez desde que murió Benjamin, me siento completamente libre.

—Usted no huyó de la justicia —le había dicho Patterson al final de la entrevista—. La trajo consigo.

Eleanor sonrió al recordar aquellas palabras. Había traído la justicia a Wyoming, y ahora Victor Raines se enfrentaría a las consecuencias de sus crímenes.

Se quedaron en Cheyenne esa noche, en un pequeño hotel cerca de la estación de tren. Eleanor estaba junto a la ventana, mirando la concurrida calle de abajo. La gente seguía con sus vidas, trabajando, comprando y riendo, sin saber que un hombre peligroso había sido llevado ante la justicia.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Jed, acercándose a ella junto a la ventana.

—En cuánta gente hizo daño Victor a lo largo de los años. A cuántas vidas destruyó. Y en que por fin se ha acabado.

—¿Estás lista para volver a casa?

Eleanor se giró para mirarlo, a este hombre que había estado a su lado en todo momento. Que había luchado por ella, la había protegido y la había amado a pesar de todos los secretos y mentiras.

—Sí —dijo ella—. Estoy lista para volver a casa.

A la mañana siguiente, iniciaron el viaje de vuelta a Winding Rock. Eleanor observaba cómo el paisaje cambiaba de las bulliciosas calles de Cheyenne a los amplios espacios abiertos de la pradera. Este era su hogar ahora, esta vasta tierra bajo el cielo infinito. Ya no era Eleanor Bell, la viuda asustada que huía de su pasado. Ya no era Eleanor Gray, la mujer con el nombre falso y los papeles falsificados. Era Eleanor Lassiter, esposa de un ranchero de Wyoming, madre de un niño que pronto nacería en libertad.

Cuando llegaron al rancho, Eleanor se detuvo en el porche y contempló la tierra que se había convertido en su santuario. El lugar donde había encontrado el amor, la seguridad y el valor para luchar por lo que era justo.

—Estamos en casa —le dijo a Jed.

—Sí —asintió él—. Estamos en casa. Y estamos a salvo.

Eleanor y Jed regresaron a Winding Rock como marido y mujer, no como fugitivos sino como supervivientes. Sus nombres estaban limpios, sus tierras estaban seguras y su futuro era brillante.

Victor Raines estaba tras las rejas, su reinado de terror había terminado por fin. Eleanor se había enfrentado a sus miedos y había vencido. Ahora podía centrarse en la vida que había construido, en la familia que estaba creando y en el niño que pronto llegaría para completar su felicidad.

El conflicto había terminado, y Eleanor Lassiter era por fin, verdaderamente, libre.

CAPÍTULO 24



La primavera llegó temprano a la pradera de Wyoming, trayendo consigo una sensación de renovación que Eleanor nunca había experimentado. El rancho, que había sido un campo de batalla apenas unos meses antes, era ahora un remanso de paz y de trabajo sosegado.

Jed pasaba los días ampliando la cabaña, añadiendo una segunda habitación donde su hijo pudiera dormir y crecer. Trabajaba con minuciosa precisión, midiendo dos veces y cortando una, asegurándose de que cada tabla estuviera bien encajada y cada clavo bien recto.

Eleanor lo observaba desde el umbral, con la mano apoyada en su abultado vientre. El bebé debía nacer en cualquier momento y sentía una mezcla de emoción y nervios por lo que estaba por venir.

—¿Estás seguro de que es lo bastante grande? —preguntó ella, mirando la nueva estancia.

—Es lo bastante grande por ahora —dijo Jed, dejando el martillo —. Siempre podemos ampliarla más adelante si nos hace falta.

También había estado trabajando en la cuna; la misma que había empezado a tallar meses atrás junto a la chimenea. Lo que comenzó como un simple tablón de madera se había convertido en un hermoso mueble, con curvas suaves y detalles delicados que hablaban de amor y paciencia.

Eleanor también había estado ocupada, cosiendo cortinas para el nuevo cuarto y mantas para el bebé. Eligió colores suaves que le recordaban a la pradera, verdes tenues y amarillos pálidos que lucirían preciosos con la luz de la mañana.

—¿Crees que estamos preparados? —preguntó una noche mientras estaban sentados junto al fuego.

Jed la miró, a esta mujer que había viajado tan lejos y soportado tanto para estar allí con él. —Creo que estamos tan preparados como se puede estar.

Eleanor asintió, pero pudo ver la preocupación en sus ojos. Él estaba pensando en todo lo que podía salir mal, en todas las formas en las que podría fallar al intentar protegerla a ella y al bebé.

—Jed —dijo ella en voz baja—. Necesito que sepas algo.

Él la miró, esperando.

—He estado pensando en el viaje que me trajo hasta aquí. El trayecto en tren desde Boston, las mentiras que dije, el miedo que arrastraba. Y me he dado cuenta de una cosa.

—¿De qué?

—Podrías haberme rechazado cuando supiste la verdad. Podrías haber decidido que mis problemas eran demasiado peligrosos, que yo era demasiada molestia. Pero no lo hiciste.

Jed se quedó callado un momento. —No podía rechazarte. No una vez que supe quién eras de verdad.

—A eso me refiero. Me viste entera, con lo bueno y lo malo, y elegiste quedarte a mi lado a pesar de todo. Eso es algo que nunca esperé encontrar. —Eleanor buscó su mano, sintiendo los callos de años de trabajo honrado—. Pase lo que pase con este bebé, nos

depare lo que nos depare el futuro, quiero que sepas que te estoy agradecida. Por todo.

—Eleanor...

—No he terminado —dijo ella con una sonrisa—. También quiero que sepas que te quiero. No porque me salvaras, ni porque me dieras un lugar seguro donde esconderme. Te quiero por quien eres. Porque eres un hombre bueno que eligió hacer lo correcto incluso cuando resultaba difícil.

Jed le apretó la mano. —Yo también te quiero. Más de lo que jamás creí posible.

Se sentaron juntos en un silencio cómodo, viendo cómo el fuego se consumía. Fuera, el viento era suave y traía el aroma de la hierba nueva y las flores silvestres por la pradera.

Tres días después, Eleanor se despertó en mitad de la noche con un dolor agudo en la espalda. Se quedó quieta un momento, preguntándose si simplemente habría dormido en una postura forzada. Entonces el dolor volvió, más fuerte esta vez.

Supo de inmediato lo que estaba pasando.

—Jed —dijo en voz baja, alargando la mano para tocarle el hombro—. Jed, despierta.

Él se despertó al instante, con los antiguos instintos de marshal aún afilados. —¿Qué pasa?

—El bebé ya viene.

Jed se incorporó, alerta de repente. —¿Estás segura?

Otro dolor la atenazó y Eleanor jadeó. —Estoy segura.

Jed ya se estaba moviendo, encendiendo la lámpara y vistiéndose a toda prisa. —Tengo que ir a por Lorna. ¿Podrás apañártelas tú sola un rato?

—Creo que sí. Pero date prisa.

Eleanor lo vio ensillar su caballo y salir cabalgando en la oscuridad. Nunca lo había visto moverse tan rápido, ni siquiera durante el tiroteo con Victor Raines.

Sola en la cabaña, Eleanor intentó mantener la calma. Se había preparado para este momento, reuniendo toallas limpias y poniendo agua a hervir según le había indicado Lorna. Pero ahora que estaba ocurriendo de verdad, sintió un asomo de pánico.

Los dolores venían cada vez más seguidos, y cada uno era más intenso que el anterior. Eleanor se aferró al poste de la cama y respiró profundamente, intentando recordar todo lo que Lorna le había contado sobre el parto.

Parecieron pasar horas antes de que oyera los cascos acercándose a la cabaña. Jed entró de golpe por la puerta, seguido de Lorna Hatch, que traía su gastado maletín de cuero.

—¿Cómo lo vas llevando? —preguntó Lorna, tomando de inmediato las riendas de la situación.

—Los dolores son cada vez más fuertes —dijo Eleanor, apretando los dientes.

—Eso es bueno. Significa que el bebé está listo para unirse a nosotros.

Lorna examinó a Eleanor rápidamente; sus manos expertas eran suaves pero eficientes. —Lo estás haciendo bien. Ya no falta mucho.

Las siguientes horas transcurrieron en una bruma de dolor y esfuerzo. Eleanor apretó la mano de Jed con tanta fuerza que temió romperle los dedos, pero él nunca se quejó. Permaneció a su lado, susurrándole palabras de aliento y amor.

—Ya veo la cabecita —dijo Lorna—. Un empujón más, Eleanor. Dame todo lo que tengas.

Eleanor pujó con todas sus fuerzas, sintiendo como si se estuviera partiendo en dos. Entonces, de repente, de forma

misericordiosa, el dolor cesó.

El llanto de un bebé llenó la cabaña, fuerte, vigoroso y perfecto.

—Es un niño —anunció Lorna, con el rostro iluminado por una sonrisa—. Un niño precioso y sano.

Eleanor se desplomó contra las almohadas, agotada pero triunfante. Lorna limpió al bebé rápidamente y lo envolvió en una de las colchas que Eleanor había confeccionado. Luego se lo puso en los brazos.

Eleanor bajó la vista hacia su hijo, esa personita que había estado creciendo en su interior durante meses. Tenía el pelo oscuro como su padre y un agarre fuerte que le recordó a la tranquila determinación de Jed.

—Es perfecto —susurró ella.

Jed se arrodilló al lado de la cama, con el rostro lleno de asombro. —Es tan pequeño.

—Ya crecerá —dijo Lorna con una risita—. Siempre lo hacen.

Eleanor miró a su marido y le vio lágrimas en los ojos. —¿Qué nombre le ponemos?

Jed se quedó callado un momento, estudiando la cara del bebé. —Samuel —dijo finalmente—. Samuel Jedediah Lassiter.

—Samuel —repitió Eleanor, probando el nombre—. Me gusta. Tiene fuerza.

Jed alargó la mano para tocar el pecho del bebé, cubriendo con su gran palma el pequeño cuerpo. —Has nacido entre el fuego —dijo en voz baja—. Pero crecerás libre.

Eleanor sonrió, comprendiendo lo que quería decir. Este niño nunca conocería el miedo y la violencia que los habían unido. Crecería en la pradera abierta, con el cielo infinito sobre él y unos padres que lo amaban más que a la vida misma.

—Va a tener una buena vida —dijo ella.

—La mejor vida que podamos darle —asintió Jed.

Lorna recogió sus bártulos y se preparó para marchar. —Volveré en unos días para ver cómo estáis los dos. Por ahora, descansad y disfrutad de este pequeñín.

Después de que Lorna se fuera, Eleanor y Jed se quedaron juntos en la tranquila cabaña, viendo dormir a su hijo. El sol de la mañana entraba por las ventanas, tiñéndolo todo con una luz dorada.

—Sigo pensando en aquel primer día —dijo Eleanor—. Cuando bajé del tren en Winding Rock. Tenía tanto miedo, estaba tan sola... Nunca imaginé que me traería hasta aquí.

—Yo tampoco lo imaginé —dijo Jed—. Pensé que solo estaba ayudando a una mujer que necesitaba empezar de cero. No sabía que me iba a enamorar.

Eleanor acomodó al bebé para que Jed pudiera sostenerlo. Observó a su marido acunar a su hijo, este antiguo marshal que había encontrado la paz en la naturaleza salvaje de Wyoming.

—¿Qué crees que será de mayor? —preguntó ella.

—Lo que él quiera ser —dijo Jed con firmeza—. Ranchero, agente de la ley, tendero, maestro. No me importa lo que sea, mientras sea feliz y honrado.

Eleanor asintió. —Y libre. Sobre todo, libre.

Samuel abrió los ojos y miró a sus padres con la mirada desenfocada de un recién nacido. Eleanor sintió que su corazón se henchía de un amor tan poderoso que casi dolía.

—Hola, pequeñín —susurró—. Bienvenido al mundo.

Fuera, la pradera se extendía infinitamente en todas direcciones, salvaje, hermosa y llena de posibilidades. Esta era la herencia de Samuel, esta vasta tierra bajo el cielo perpetuo. Esta era la libertad por la que sus padres tanto habían luchado para dársela.

Eleanor cerró los ojos y escuchó el sonido del viento entre la hierba, el grito lejano de un halcón y la respiración suave de su marido y su hijo. Por primera vez en su vida, se sintió completamente en paz.

El viaje que había comenzado con miedo y desesperación había terminado con amor y esperanza. Victor Raines estaba en prisión y la amenaza que la había perseguido durante tanto tiempo finalmente se había esfumado. Ahora era Eleanor Lassiter, esposa y madre, y estaba en casa.

Fuesen cuales fuesen los retos que aguardaran, vinieran las tormentas que viniesen, ella y Jed se enfrentarían a ellos juntos. Ya habían sobrevivido a lo peor que la vida les podía arrojar. Ahora podían centrarse en construir algo hermoso, algo duradero, algo por lo que valiera la pena luchar.

El bebé se agitó en brazos de Jed y Eleanor alargó la mano para tocar su manita. Los dedos de Samuel se cerraron alrededor de los suyos, fuertes y seguros a pesar de su pequeño tamaño.

—Va a estar muy bien —dijo ella.

—Sí —asintió Jed, con la voz llena de una serena certeza—. Va a estar muy bien.

En la cuna que Jed había tallado con tanto esmero, Samuel Jedediah Lassiter dormía plácidamente, rodeado del amor de unos padres que se habían encontrado contra todo pronóstico. La cabaña estaba en silencio, salvo por el suave susurro del viento de la pradera y el tenue latido de tres corazones como uno solo.

La tormenta había pasado y el sol brillaba. Eleanor Lassiter estaba, por fin, verdaderamente en casa.

CAPÍTULO 25



Seis meses después del nacimiento de Samuel, el rancho de los Lassiter se había convertido en algo que Eleanor nunca habría podido imaginar cuando bajó del tren en Winding Rock por primera vez. Lo que antaño fuera una propiedad tranquila y solitaria, ahora rebosaba vida y propósito.

La cosecha de otoño ya se había recogido y los vecinos de todo el territorio habían acudido para ayudar con las últimas tareas de la temporada. Los carromatos salpicaban el patio, y el sonido de las risas y la conversación llenaba el aire. Los niños corrían entre los edificios, jugando mientras sus padres trabajaban.

Eleanor estaba en el porche, con el pequeño Samuel en brazos, contemplando aquel caos organizado con satisfacción. Vestía un sencillo vestido de algodón en azul pálido, con el cabello recogido de forma práctica pero suave. La mujer que antaño vistiera las mejores sedas de Boston prefería ahora la comodidad de la ropa de la pradera.

—Se está poniendo muy grande —dijo Lorna Hatch, reuniéndose con Eleanor en el porche—. Y mírale los ojos. Tan astutos como los de su

padre.

—Va a ser un trasto —dijo Eleanor con una sonrisa—. Ya lo veo venir.

—Del mejor tipo de trastos —replicó Lorna—. De los que te mantienen joven.

A SU ALREDEDOR, las otras mujeres de los ranchos vecinos charlaban animadamente mientras preparaban la comida para la cena. A Eleanor le había sorprendido lo rápido que la habían aceptado en su círculo. Aquellas mujeres no la habían acogido como a una forastera del Este, sino como a una de las suyas.

—ELEANOR, esa receta de pan de maíz que compartiste ha sido todo un éxito en mi mesa —dijo Mary Patterson, la esposa de Jake—. Mi marido me la pide todos los domingos.

—Me alegra que os haya gustado —respondió Eleanor—. Jed me enseñó a prepararlo cuando llegué. Se me daba fatal cocinar con harina de maíz.

—A todas nos pasaba al principio —rió Sarah Morrison, la nuera de Bill—. La frontera tiene una manera de enseñarte lo que necesitas saber.

Eleanor asintió, pensando en cuánto había aprendido en los meses transcurridos desde que dejó Boston. No solo sobre cocina y tareas del hogar, sino sobre quién era ella realmente cuando se la despojaba de todo fingimiento.

CERCA DEL ESTABLO, Jed asaba carne de venado sobre un fuego al aire libre, rodeado de los otros hombres. Eleanor le vio reírse de algo que decía Tom, con el rostro relajado y feliz. La tensión silenciosa que antes marcaba cada uno de sus movimientos había desaparecido, sustituida por la serena confianza de un hombre en paz con su vida.

—Es un buen hombre —observó Lorna, siguiendo la mirada de Eleanor—. Siempre lo fue, pero ahora ha encontrado su lugar. Los dos lo habéis hecho.

—A veces no parece real —admitió Eleanor—. Después de todo lo que pasó, después de todo el miedo y las huidas, cuesta creer que estemos a salvo de verdad.

—No solo estás a salvo —dijo Lorna con firmeza—. Estás en casa. Hay una diferencia.

Eleanor miró a su alrededor, a los rostros de sus vecinos, esas personas que se habían mantenido a su lado y al de Jed cuando la amenaza acechaba. Se habían convertido en algo más que amigos. Eran su familia.

—Tienes razón —dijo ella en voz baja—. Estamos en casa.

Cuando el sol empezó a ponerse, tiñendo el cielo con brillantes matices anaranjados y dorados, el trabajo serio del día dio paso a la celebración. Se montaron mesas en el patio, cargadas de comida que representaba lo mejor de lo que cada familia podía ofrecer.

Jed trinchaba el venado con destreza, con movimientos precisos y seguros. Los hombres se reunían a su alrededor, hablando de los precios del ganado y de los patrones meteorológicos, pero había una naturalidad en su conversación que denotaba una amistad sincera.

—Jed se ha convertido en una especie de líder por aquí —le dijo Bill Morrison a su mujer mientras tomaban asiento en una de las mesas —. La gente acude a él en busca de consejo, y él se lo da sin rodeos.

—Tiene buen juicio —coincidió Mary Patterson—. Y no tiene miedo de defender lo que es justo.

Eleanor escuchaba estos comentarios con orgullo. Jed había encontrado su lugar en esta comunidad, no como un antiguo agente de la ley o un hombre con un pasado violento, sino como alguien en quien los demás podían confiar.

Después de comer, mientras se recogían los platos y a los niños les entraba el sueño, alguien sacó un violín. Resultó que el hermano menor de Tom tenía un gran talento para la música. Comenzó con una melodía lenta y dulce que parecía capturar la paz de la tarde.

—Baila conmigo —dijo Jed, apareciendo al lado de Eleanor y tendiéndole la mano.

—¿Y qué hay de Samuel? —preguntó Eleanor, aunque ya estaba pasando al bebé a los brazos expectantes de Lorna.

—Yo lo cuido —dijo Lorna con una sonrisa cómplice—. Vosotros dos tenéis que bailar.

Otras parejas ya habían empezado a mecerse al son de la música, y Eleanor dejó que Jed la guiara hasta la improvisada pista de baile. Se movían juntos despacio, con naturalidad, como si llevaran años bailando el uno con el otro.

—Nunca esperé esto —dijo Jed en voz baja, con un tono dirigido solo a sus oídos.

—¿El qué?

—El amor. Que me llegara tan tarde en la vida. Pensé que ya había terminado con todo eso.

Eleanor sonrió, alzando la vista a sus ojos. —No ha llegado tarde. Ha llegado exactamente cuando tenía que hacerlo.

Bailaron hasta que aparecieron las estrellas sobre sus cabezas, brillantes y nítidas en el cielo de Wyoming. Otras parejas se les unieron, y pronto toda la reunión se movía al ritmo del violín. Los niños que habían estado demasiado cansados para jugar se llenaron de energía de repente, dando vueltas y riendo a la luz de los faroles.

Eleanor sintió una felicidad tan completa que casi dolía. Esto era lo que había estado buscando sin saberlo. No solo estar a salvo de Victor Raines, sino un lugar al que pertenecer, donde se la valorara por quién era y no por lo que representaba.

Cuando la velada fue llegando a su fin y los vecinos empezaron a enganchar sus carromatos para el viaje de vuelta, Eleanor y Jed se encontraron sentados en el porche con Samuel entre los dos. El bebé estaba despierto, mirando las estrellas con la solemne concentración de quien intenta dar sentido al mundo.

—¿En qué crees que estará pensando? —preguntó Eleanor.

—Probablemente se pregunte por qué somos todos tan ruidosos —dijo Jed con una risita—. Está acostumbrado a que aquí haya silencio.

—Me gusta el ruido —dijo Eleanor—. Me gusta tener gente cerca, sentir que formamos parte de algo más grande.

Jed asintió. —A mí también. Pasé tantos años solo que olvidé lo que se sentía al tener una comunidad.

Se sentaron en un cómodo silencio, viendo desaparecer los últimos carromatos por el camino. El rancho volvería a estar tranquilo mañana, pero nunca volvería a sentirse vacío como antes.

—¿Lo echas de menos alguna vez? —preguntó Eleanor de repente —. Tu antigua vida, quiero decir. La emoción, el peligro.

Jed meditó la pregunta con cuidado. —Echo de menos la sensación de estar haciendo algo importante. De marcar la diferencia. Pero he aprendido que hay distintas formas de marcar la diferencia.

—¿Cómo cuáles?

—Como ayudar a un vecino a recoger sus cultivos cuando está enfermo. Como plantar cara a hombres que harían daño a inocentes. Como criar a un hijo que sepa distinguir el bien del mal.

Eleanor se apoyó en su hombro, sintiendo su sólido calor. —Como darle la oportunidad de empezar de cero a una mujer asustada.

—Eso no fue caridad —dijo Jed con firmeza—. Fue lo mejor que he hecho en mi vida. Por los dos.

Samuel emitió un pequeño sonido y Eleanor lo cogió, acomodándolo contra su pecho. El bebé se relajó de inmediato,

cerrando los ojos.

—Va a tener una buena vida —dijo ella.

—La mejor vida que podamos darle —coincidió Jed—. Sin secretos, sin mentiras, sin huir del pasado. Solo trabajo honrado y gente que le quiera.

Eleanor pensó en el viaje que los había llevado hasta allí. El trayecto en tren desde Boston, el miedo y la incertidumbre, las mentiras que había contado y las verdades que había ocultado. Todo aquello parecía ahora de otra vida.

—Antes pensaba que la libertad era poder ir a cualquier parte, hacer cualquier cosa —dijo ella—. Pero la verdadera libertad es tener un lugar al que perteneces, personas que saben quién eres y te quieren de todos modos.

—Y tener el valor de luchar por ello cuando se ve amenazado —añadió Jed.

Se quedaron sentados mientras la noche se cerraba a su alrededor, tres personas que se habían encontrado contra todo pronóstico. Fuera cual fuera el desafío que les esperara, vinieran las tormentas que vinieran, las afrontarían juntos.

Eleanor miró a las estrellas, las mismas estrellas que la habían velado durante sus momentos más oscuros, y susurró una oración de gratitud. Había escapado de las sombras de su pasado y había encontrado su camino hacia la luz.

Ahora era Eleanor Lassiter, esposa y madre, una mujer que se había ganado su lugar en esta tierra inmensa y hermosa. La viuda asustada que huyó de Boston se había marchado, sustituida por alguien más fuerte, más valiente y más segura de su valor.

El rancho estaba tranquilo ahora, salvo por el suave sonido del viento entre la hierba y el reclamo lejano de un ave nocturna.

Samuel dormía plácidamente en sus brazos, seguro, amado y libre.

Traiga lo que traiga el mañana, Eleanor sabía que estaba preparada. Tenía todo lo que siempre había deseado sin saber que lo deseaba. Al fin había encontrado su hogar.

La historia que comenzó con muerte y miedo se había transformado en una de amor y esperanza. Y mientras las estrellas giraban en el firmamento siguiendo sus patrones ancestrales, Eleanor Lassiter abrazó a su familia y sonrió.

Estaban en casa.

EPÍLOGO



La Navidad estaba casi encima, y el viento otoñal y los aires de invierno ya habían despojado a los árboles de sus últimas hojas. Eleanor observaba a los dos hombres de su vida desde la calidez de la cocina. Desde su posición privilegiada frente a la ventana, podía ver a Jed, con Samuel en la cadera, caminando por los campos que bordeaban la propiedad. Detrás de ellos, distinguía claramente a un par de peones del rancho arrastrando un abeto de Douglas de un tamaño impresionante. Samuel no dejaba de mirar por encima del hombro de Jed, contemplando el árbol con una amplia sonrisa.

ELEANOR SALIÓ AL PORCHE. —¡Oh, Jed, es un árbol precioso! —se maravilló cuando estuvieron lo bastante cerca de la casa como para que la oyera.

Fue recompensada con una sonrisa desdentada de Samuel, quien señaló el árbol por encima del hombro de Jed, balbuceando emocionado.

—Nuestro chico es un gran seleccionador de árboles de Navidad de primera —sonrió Jed, balanceando a Samuel en la cadera—. A juzgar por esto, no me cabe duda de que, cuando le llegue el momento, demostrará ser uno de los mejores ganaderos que Wyoming haya visto jamás. Tiene buen ojo.

Jed le guiñó un ojo mientras hablaba y, en respuesta, Samuel agarró las mejillas de Jed con sus manos enguantadas y presionó su nariz, enrojecida por el frío, contra la de su papá.

Eleanor sonrió ante la escena y apresuró a los hombres para que entraran a resguardarse del frío. —Han hecho un trabajo estupendo. ¿Han tenido que ir muy lejos para traerlo?

—No, señora —respondió el mayor de los dos peones—. El joven Samuel ha tenido la amabilidad de elegirlo en la zona baja en vez de en la cima de la colina.

—Hay chocolate caliente listo en cuanto hayan colocado el árbol junto a la chimenea del salón —los animó Eleanor.

Dicho esto, le quitó el bebé a Jed para que él pudiera ayudar a pasar el enorme abeto por la puerta, que era considerablemente más pequeña. Ella y Samuel observaron, impresionados con los tres hombres mientras maniobraban con el árbol y sus ramas desde el exterior hacia el interior de la casa. Cuando las últimas ramas del abeto desaparecieron tras el umbral, llevó a su hijo por la puerta de la cocina, le quitó el abrigo, la bufanda y los guantes, y lo colocó con cuidado en la silla para bebés que Jed le había fabricado.

Removió el chocolate en la leche caliente tras verterlo de la olla en las tazas alineadas sobre la mesa de la cocina. Cuando los hombres aparecieron en la cocina después de colocar el abeto en la habitación de al lado, invitó a cada uno a servirse una taza humeante.

—Gracias, señora —aceptaron los dos peones al unísono.

—¡Y gracias a ustedes, caballeros, por traernos nuestro primer árbol de Navidad! Estoy deseando decorarlo con el espíritu de estas fechas.

Eleanor se dirigió al horno, de donde sacó una bandeja de hombres de jengibre, todavía calientes. Cuando Jed hizo amago de coger uno, ella le dio un juguetón manotazo en la mano extendida.

—¡Estos son para colgarlos en el árbol, Jed!

—Vaya forma de desperdiciar un manjar tan rico —replicó él con una mirada de fingida desesperación.

—En la lata de galletas hay algunos para que los tomen con el chocolate. No han salido del todo bien de la hornada anterior. —Abrió la lata y la puso sobre la mesa para que los hombres se sirvieran.

—¡Vivan los hombres de jengibre que no salen bien! —gritó el peón más joven, arrancando de un bocado la cabeza de la galleta.

El pequeño Samuel se rió mientras chupaba la cabeza del hombre de jengibre que Eleanor le había puesto en su manita.

En cuanto los hombres terminaron su chocolate y salieron de la casa para continuar con sus labores en el rancho, Eleanor cogió la mano de Jed y caminaron juntos hacia el salón para contemplar el árbol de Navidad.

—Es un árbol de Navidad muy apuesto. Una elección magnífica, si se me permite decirlo —sonrió Jed, admirando el abeto.

—Oh, no —corrigió Eleanor—, no es un árbol de Navidad hasta que esté debidamente decorado. Será mejor que nos pongamos a ello. —Le puso en la mano una caja con piñas de abeto.

Juntos colgaron las piñas, las hileras de palomitas de maíz, las frutas y bayas secas, los hombres de jengibre y las cintas de colores en las ramas extendidas. Una vez que todos los adornos estuvieron en el árbol, Eleanor tomó a Samuel en brazos y, de pie junto a Jed, la pequeña familia admiró su primer árbol de Navidad.

—Es precioso —susurró Eleanor emocionada.

—Creo que le falta algo —se aventuró a decir Jed, dando un paso atrás para observar el árbol desde todos los ángulos—. Sí, definitivamente necesita algo más.

—¿Cómo puedes...? —empezó a replicar Eleanor, mirando del árbol a su marido, que ya había salido de casa antes de que ella

pudiera terminar la frase. Miró a Samuel y sacudió la cabeza—. ¡Es precioso! —confirmó, volviendo a mirar el árbol.

Samuel respondió estirando una manita hacia la rama más cercana y haciendo un valiente intento de agarrar el hombre de jengibre que colgaba de ella. Eleanor le puso en la mano una galleta de la lata y él se rindió sin oponer resistencia.

UNA RÁFAGA de aire frío anunció el regreso de Jed a la casa, y apareció a su lado con una pequeña caja de madera en las manos, de la que sacó una talla de una mujer sosteniendo a un bebé.

—¡Oh, Jed! ¿Has hecho tú esto? —preguntó Eleanor mientras Jed la colgaba de una rama.

—Lo he hecho, y hay más. —Jed arqueó las cejas hacia ella y Samuel con una sonrisa mientras volvía a meter la mano en la caja de madera.

—¡Es un ángel de Navidad! —exclamó Eleanor cuando él sostuvo una talla de un ángel con las alas extendidas de par en par.

—Para la copa del árbol —dijo Jed—. ¿Qué te parece? —preguntó después de haberlo colocado en lo más alto y retroceder para verlo.

—¡Es perfecto! ¡Oh, Jed, es perfecto! —gritó Eleanor mientras se lanzaba a sus brazos, con Samuel atrapado entre los dos.

LA PEQUEÑA FAMILIA permaneció ante su primer árbol de Navidad, mirando hacia el ángel que parecía devolverles la mirada con la misma admiración.

—¿TIENES alguna sorpresa más en tu cajita de maravillas? —preguntó Eleanor, mirando a Jed a los ojos con todo el amor que una persona puede sentir por otra.

—No. Eso es todo —dijo Jed, sacudiéndose las manos, satisfecho con los elogios que habían cosechado sus tallas.

—Pues yo tengo una sorpresa de una fuente de maravillas —anunció Eleanor, inclinándose para dejar a su hijo a sus pies, a una distancia segura del árbol.

—¿Ah, sí? —preguntó Jed—. ¿Has conseguido coser una colcha sin que yo te viera?

—He conseguido, con un poco de ayuda de un hombre maravilloso, llevar dentro de mí a un nuevo y pequeño Lassiter.

—Has... —Jed vaciló, dando medio paso hacia atrás—. Estás...

Eleanor no pudo evitar reírse ante la expresión cómica del rostro de Jed mientras la miraba con asombro.

—Sí, amor mío. Feliz Navidad.

—Tú... Nosotros... ¿Cuándo?

—Todavía no estoy muy segura. Puede que tengamos que pedir consejo experto sobre eso, pero según mis cálculos, seremos bendecidos con más de lo que esperábamos para la próxima cosecha de otoño.

Jed levantó a Eleanor en vilo y la hizo girar alegremente en el aire. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, la volvió a dejar con delicadeza en el suelo y se disculpó profusamente.

—Lo siento mucho. ¿Estás bien? ¿Le he hecho daño al bebé?

Eleanor le sonrió con serenidad y le dijo: —Somos más resistentes de lo que crees.

—Oh, no creo que eso sea posible, después de todo lo que he visto de ti. No creo que pueda subestimar jamás tu fortaleza.

Jed envolvió a Eleanor en un abrazo de oso antes de soltarla y tomar a Samuel en sus brazos para incluirlo en un abrazo de los tres.

—Vas a ser hermano mayor, Samuel —anunció Jed.

Samuel respondió con un claro asentimiento de su cabecita y un gorgoteo que sonó sospechosamente a un «sí».

Eleanor y Jed empezaron a reír, y el pequeño Samuel se unió a ellos, mirando de uno a otro como si buscara el motivo de la risa.

Aquella noche, después de cenar, cuando Samuel ya dormía en su cuna, Eleanor cosía junto al fuego y Jed se concentraba en tallar un trozo de madera fresca.

—¿Qué estás haciendo, Jed? —preguntó Eleanor, asomándose a lo que tenía entre las manos.

—Pensaba que al árbol le falta un adorno más —le sonrió Jed.

—¿Y este qué va a ser?

—Tendrás que esperar para verlo —le guiñó un ojo.

La pequeña familia Lassiter despertó la mañana de Navidad para encontrarse con que la tierra, hasta donde alcanzaba la vista por las ventanas, estaba cubierta por un reluciente manto de nieve.

—Qué maravilla —suspiró Eleanor.

—Ni planeándolo habríamos podido desear una Navidad más navideña —sonrió Jed, admirando el paisaje con una mano sobre el hombro de Eleanor.

Samuel señaló la ventana con el dedo y formó una O perfecta con sus labios. —Ooooh —susurró.

—Ooooh, desde luego. —Jed tomó a Samuel de los brazos de Eleanor y se dio la vuelta para dirigirse al árbol.

—Voy a poner el café —dijo Eleanor mientras pasaba junto a ellos.

Sin embargo, Eleanor no llegó más allá del árbol antes de detenerse y exclamar: —¡Oh, Jed! ¿Soy yo?

Jed apareció a su lado con Samuel en brazos y una amplia sonrisa. —Eres tú, sí. —Extendió la mano hacia la rama del árbol y rodeó con ella el nuevo adorno que colgaba.

—Soy yo, embarazada —suspiró Eleanor conmovida.

—Ya tenemos a Samuel inmortalizado en nuestro árbol. Teníamos que tener al nuevo bebé, ya que sabemos que viene.

—Eres increíble. Es increíble —logró decir Eleanor, secándose una lágrima.

—Tú eres la increíble —replicó Jed.

Samuel estiró el brazo y tocó la talla de una mujer que rodeaba su vientre con ambos brazos y susurró: —Mamá.

Eleanor y Jed se miraron sorprendidos.

—¿Ha dicho...? —preguntó Eleanor con incredulidad.

—Creo que sí. Pero es muy pequeño. ¿No es demasiado pequeño?

Samuel miró a Eleanor y luego a Jed, señaló la nariz de su padre con un dedo y susurró: —Pa —como para acallar su incredulidad de una vez por todas.

—¡Lo ha dicho! —chilló Eleanor de alegría.

Ninguna familia en todo el Oeste podría haber deseado una Navidad mejor que la pequeña familia Lassiter. Y el año siguiente traería aún más alegrías y sorpresas imprevistas.

OTROS TÍTULOS DE MAISIE SUMMERFIELD

A Bride Reborn

Elizabeth Monroe ha pasado tres amargos años como viuda, desgastada por las penurias en una fábrica de ropa de Nueva York. Cuando la desesperación la empuja a responder al anuncio de novia por correo de un ranchero de Montana, deja atrás su pasado llevando consigo solo cartas y promesas. Jack Talbot busca algo más que una compañera; anhela una mujer con quien compartir sus sueños y formar una familia en la agreste frontera. Pero cuando Elizabeth llega, se da cuenta de que empezar de nuevo implica enfrentarse tanto a las sombras que dejó atrás como a las posibilidades de un amor en el que teme confiar. ¿Podrá aprovechar esta segunda oportunidad de ser feliz bajo el cielo de Montana?

DESCÁRGALO AHORA